José Ramón Goñi Tirapu

# Mi hijo era DE ETA

El drama de un gobernador civil
que descubre que su hijo era terrorista

Una historia donde la realidad supera la ficción; una historia verdadera y humana; una historia conmovedora y escrita desde el corazón; una historia que no dejará indiferente a nadie.

Esto y mucho más es *Mi hijo era de ETA*, el estremecedor relato de un padre que descubre que su hijo pertenece a la banda terrorista que intentó asesinarle en varias ocasiones y que destruyó a su propia familia. El autor, gobernador civil de Guipúzcoa durante los años más duros de ETA, escribe las contradicciones entre el amor hacia su hijo y su deber en la lucha contra el terrorismo.

José Ramón Goñi Tirapu

# Mi hijo era de ETA

## El drama de un gobernador civil que descubre que su hijo era terrorista

**ePub r1.0**
**Banshee** 11.05.14

Título original: *Mi hijo era de ETA*
José Ramón Goñi Tirapu, 2012
Diseño de portada: más!gráfica

Editor digital: Banshee
ePub base r1.1

A todos mis hijos, y en especial a él.

Recuérdalo tú y recuérdalo a otros.

LUIS
CERNUDA
, «1936»

# 1

## LA HISTORIA SE REPITE

Un día cualquiera de mediados de septiembre de 1988, acudí a una comida en el prestigioso restaurante Arzak de San Sebastián; nada hacía pensar, cuando acudí a la cita, que aquel iba a ser un día crucial para mí. Era entonces gobernador civil de Guipúzcoa, e invité al fiscal jefe de la Audiencia de Guipúzcoa, Luis Navajas. El lugar me lo sugirió el propio Navajas.

Mi secretaria, Marichu, realizó la reserva a nombre de otra persona para evitar sobresaltos. Nos colocamos a la izquierda de la entrada, junto a la ventana. Por cuestiones de seguridad siempre me sentaba mirando a la puerta. Mis escoltas se situaban en una mesa cercana, desde la que dominaban también la nuestra y la zona de acceso. Puedo recordar todos los detalles de aquel escenario.

El propietario, Juan Mari, se acercó a saludarnos —muy simpático— y nos sugirió el menú. Cuando terminábamos de comer el primer plato, unas verduras, vi entrar en el comedor a varios componentes de la Mesa Nacional de HB. Algunos de ellos también me reconocieron, pero obviamente no nos saludamos. Se sentaron en una mesa al fondo. Eran aproximadamente ocho personas. También mis escoltas los vieron, pero todos seguimos a lo nuestro con aparente naturalidad.

Los expertos en seguridad recomendaban que fuera armado. Podía serme útil en momentos de riesgo inminente. Esporádicamente acudía a la galería de tiro del cuartel de la Guardia Civil de Intxaurrondo y tenía buena puntería. Ese día no iba armado. Los escoltas solían llevar sus pistolas en una pequeña

cartera negra con cremallera que dejaban sobre la mesa, al alcance de la mano. En el centro de la cartera se abría un orificio por el que introducir el dedo índice y acceder al gatillo de forma que el tiempo de respuesta ante un peligro era inmediato. Estaban siempre preparados.

El *abertzale* situado de espaldas volvió su cabeza para observarme. Pude notar que hablaban entre ellos sobre mi presencia. Habíamos cruzado nuestras miradas. Había visto su expresión, sonriente y distante, amenazadora pero cobarde y llena de odio. ¡Cuántos sentimientos puede transmitir una cara sin que medie una sola palabra! La recuerdo bien aunque nuestras miradas duraran solo un instante. Centenares de músculos ocultos bajo la piel capaces de modular gestos delatadores de sentimientos, rasgos de pensamientos silenciosos.

Seguí conversando con Navajas —hoy destinado en la fiscalía del Tribunal Supremo— como si tal cosa, aunque no pude evitar pensar que si aquel encuentro se hubiera producido en cualquier calle de la Parte Vieja de San Sebastián, lugar donde se concentraban los simpatizantes del terrorismo, habría sido increpado —o algo peor— con los epítetos propios de su amplio repertorio de eslóganes insultantes.

Claro que aquel era un restaurante famoso, uno de los mejores, no era lugar para organizar un escándalo. Mientras tanto, el local se había llenado. Los de la mesa batasuna se reían, hablaban en voz más alta que el resto de comensales. Antes habían celebrado una reunión, según supe por el periódico *Egin* del día siguiente.

Aquella situación me indignaba: ellos no me tenían miedo, no necesitaban estar atentos a mis movimientos ni a mis gestos. Se sabían seguros. Yo y mis escoltas sí debíamos estar pendientes de ellos. Por supuesto nadie —ni siquiera el dueño del restaurante— sabía que yo iba a comer allí ese día.

Creo que les sorprendió mi presencia. Saludé a un empresario conocido que almorzaba en una mesa cercana. Me asombró ver a personas chantajeadas y obligadas a pagar el llamado «impuesto revolucionario» sentadas al lado de los dirigentes de HB que supuestamente se beneficiaban de él, y que en algunos casos incluso lo recaudaban.

La policía no tenía tiempo de investigar esas menudencias cuando lo más importante era detener a los asesinos que en aquellos días, conocidos como días de plomo, atentaban un día sí y otro también.

El caso es que seguí más o menos atento a nuestra conversación. Recuerdo también muy bien a la camarera que nos servía. Era delgada, algo más joven y más baja que yo, de cara estrecha, gesto serio y ademanes nerviosos. Nos atendió correctamente, pero sin ninguna muestra de amabilidad. Aunque hiciera esfuerzos por disimularlo, resultaba antipática, un rasgo de carácter que quizá apreciaran también el resto de clientes. Por mi parte, necesitaba terminar pronto, me esperaban en el gobierno civil, pero ella parecía no tener prisa. Me impacienté. Se lo advertí. Por fin, pudimos pagar.

Dos escoltas se adelantaron para colocar los coches, el blindado y el de seguimiento, junto a la puerta. El fiscal y yo salimos seguidos por el resto de escoltas. Vi a una pareja charlando al otro lado de la calle y mirando hacia nosotros. En escasos segundos, y rodeados por los policías de paisano, entramos en los coches y nos marchamos. Observé que los jóvenes también lo hicieron, pero no nos siguieron. No pude en ningún momento sospechar que acababa de librarme de sufrir un atentado.

Los dos jóvenes en los que me fijé resultaron ser dos terroristas que esperaban allí para intentar matarme. Esto lo supe a los pocos días. Había vuelto a nacer y lo ignoraba. Un resumen de estos hechos fue publicado por el periódico *ABC* del 30 de septiembre de 1988 al ser desarticulado el «comando Donosti».

Es cierto que tuve la intuición de que aquellos jóvenes podían estar esperándome, pero no lo sabía, y en todo caso los policías que me acompañaban no estaban adiestrados para investigar o detener a terroristas. Únicamente podían defenderme de un ataque, sacarme de un peligro, y nada había ocurrido que indicara un riesgo inminente, aunque luego supe que de haber podido me habrían matado.

El momento de entrar en el coche era el de mayor riesgo, de ahí que siempre lo hiciéramos rápidamente. Pese a estar bien protegido no podía evitar estar pendiente de los movimientos que se

producían a mi alrededor. Instinto de supervivencia supongo. Aquellos terroristas se hacían pasar por una pacífica pareja y con frecuencia iban acompañados de un niño con el que jugueteaban mientras vigilaban a sus víctimas incluso en la playa de la Concha, tomando el sol plácidamente y construyendo castillos en la arena mientras elaboraban siniestros planes para asesinar a su próxima víctima. Hoy aquel niño tendrá treinta años.

Yo era su objetivo prioritario, pero estaba muy bien protegido. El coche blindado con el que me desplazaba había pertenecido al presidente de la República Francesa, según supe. Fue un regalo que el ministro del Interior francés hizo al español. Cuando se adquirieron coches fuertemente blindados para los altos mandos de interior aquel vehículo fue adjudicado al gobernador de Guipúzcoa. Era muy pesado, los cristales eran muy gruesos, una vez bajada la ventanilla los motores elevalunas no podían subirla. Todos los coches utilizados por las patrullas de vigilancia de la Policía y de la Guardia Civil estaban blindados. Con ellos se evitaron muchas muertes.

Recuerdo perfectamente la conversación que mantuve con el fiscal Navajas, pero no viene al caso. Entonces trataba de hacer una vida normal, tarea casi imposible a la que solo me aproximaba cuando abandonaba el País Vasco por algunos días. Hoy, libre de aquellos peligros, deseo contar detalles humanos que no suelen trascender a los medios de comunicación y que creo que pueden ayudar a entender más cabalmente y a ras de tierra algunas verdades acerca de lo ocurrido en aquellos años.

Escribir con el corazón y sin velos tiene sus riesgos, pero es una buena forma de comprender, o tratar de comprender, realidades que solo pueden entenderse y explicarse desde el sentimiento, imprescindible a veces para abarcar la complejidad de la vida allí donde la razón no es capaz de hacerlo.

Cuesta entender cómo es posible que miles de personas estén dispuestas a matar a otro ser humano cualquiera por una idea, la que sea, y es más incomprensible aún que decenas de miles de ciudadanos miren para otro lado y eviten mostrar su solidaridad con las víctimas, su compasión ante tanto dolor injustamente causado.

Soy una de esas víctimas que pueden contarlo. He vivido y sufrido, no desde luego en la misma forma que aquellos que han perdido a seres queridos, los rigores de la pertenencia a esa sociedad enferma. Intento comprender, averiguar cómo empezó todo, cuáles fueron las primeras chispas que prendieron el incendio que asoló a mi tierra, como esos padres desdichados que se dedican a pegar carteles por las calles con las fotografías de sus hijos desaparecidos hace años por si alguien sabe algo de ellos. De la misma manera vagan las víctimas en la memoria de sus familias, sin comprender los porqués de la sinrazón que les quitó la vida, la presencia de esos monstruos de la razón que hacen que algo tan noble como el amor a la tierra donde están enterrados nuestros ancestros degenere en tanto odio escondido en palabras como nacionalismo o *abertzalismo*.

* * *

A las 20 horas y 40 minutos del día 23 de septiembre de 1988 dos policías dan el alto a una pareja de jóvenes que pasean por los soportales de la plaza de Guipúzcoa de San Sebastián. Uno de ellos —Mikel Castresana Razquin— saca una pistola y dispara contra uno de los policías, hiriéndole en el brazo derecho. A esas horas la céntrica y popular plaza donostiarra está llena de gente. Otros policías realizan varios disparos contra el terrorista, que cae muerto. Mientras tanto, la gente sigue paseando con tranquilidad asombrosa. La joven que acompaña a Mikel trata de huir, pero es detenida. Se produce un forcejeo con la policía en el que es desarmada. Ella es Begoña Uzcudun Etxenagusía: se trata de los dos miembros del «comando Donosti», los mismos que aguardaban unos días antes a la salida del restaurante con intención de matarme.

El tiroteo se produce en el centro de San Sebastián, cerca del teatro Victoria Eugenia, donde el gran actor italiano Vittorio Gassman ofrece en esos momentos una rueda de prensa tras ser galardonado con el Premio Donostia, otorgado por el Festival

Internacional de Cine de San Sebastián, que se celebra en esos días. Puede que algunos de los que han contemplado la dramática escena en la calle hayan creído, al oír los disparos y ver caer al suelo a un joven, que asisten al rodaje de una película sin cámaras. Todo parece irreal. No es la primera vez, y no será la última, que la muerte se hace presente en las calles donostiarras, y la gente ha creado sus propias defensas para sobrevivir.

Inmediatamente, las fuerzas de seguridad se dirigen al restaurante en el que yo había comido aquel día y detienen a la camarera Gema Arratibel Ondarra, la misma que unos días antes había servido mi mesa. Al mismo tiempo, otros agentes detienen a Daniel Vidal Magallanes, marido de Gema Arratibel. Los dos miembros del «comando Donosti» estaban viviendo en casa del matrimonio, ubicada a escasos mil metros del restaurante.

Al día siguiente estoy presente en la conversación del comisario con la terrorista Begoña Uzcudun, aunque ella no pueda verme:

COMISARIO.—¿Por qué queréis matarnos a los policías? Nosotros somos unos mandados. ¿Por qué no matáis a los políticos?

BEGOÑA.—Ya hemos intentado matar al gobernador.

COMISARIO.—¿Cuándo?

BEGOÑA.—La semana pasada.

COMISARIO.—Cuéntame.

BEGOÑA.—Nos llamó Gema, la dueña del piso donde estamos viviendo.

COMISARIO.—¿Y qué os dijo?

BEGOÑA.—Que estaba sirviendo la comida al gobernador.

COMISARIO.—¿Y qué más?

BEGOÑA.—Que calculaba que terminaría en media hora. Que le esperáramos fuera, a la salida del restaurante.

COMISARIO.—¿Con quién habló, con Mikel o contigo?

BEGOÑA.—Habló conmigo. Me dijo que estaba comiendo con otra persona.

Solo puedo ver la espalda de la terrorista que describe los

detalles de cómo iba a matarme. Los relata con frialdad, sin inmutarse. Como si estuviera contando algo intrascendente. Escucho sus explicaciones con una sensación de irrealidad, como si no se refirieran a mí. Después me estremezco. En ese instante, yo debiera estar muerto, y sin embargo estoy vivo y escuchando la voz de esa mujer gélida, que habla de mí sin saber que la oigo. Todo se me hace extraño y en cierto modo ajeno, me cuesta asimilarlo.

COMISARIO.—¿Te dijo quién era la otra persona?

BEGOÑA.—No. Me dijo que nos diéramos prisa. Le pregunté si llevaba escolta y me contestó que sí, que había cuatro policías de paisano comiendo en otra mesa.

COMISARIO.—¿Y qué hicisteis?

BEGOÑA.—Mikel llamó a otro *laguntzaile* —colaborador de la banda— para que fuera rápido al restaurante y aparcara a veinte metros. Que nos esperara. Nosotros fuimos andando.

COMISARIO.—¿Cuánto tardasteis en llegar?

BEGOÑA.—Quince minutos. Cuando llegamos vimos aparcado el coche del *laguntzaile* para poder salir huyendo. Le hicimos una señal para que esperara. Nos acercamos al restaurante y aguardamos a que salieran. Si podíamos hacerlo sin arriesgarnos, bien, si no, nos serviría para estudiar las posibilidades de hacerlo otro día.

COMISARIO.—Sigue.

BEGOÑA.—Cuando salieron el gobernador iba rodeado de escoltas y entró rápido en el coche blindado. Los escoltas lo siguieron. No nos dio tiempo de nada. Nosotros nos fuimos.

COMISARIO.—¿Y cómo sabíais quién era el gobernador?

En ese instante Begoña saca de su bolsillo un recorte de periódico con una fotografía mía. Se la entrega al comisario.

Recuerdo también que, en el momento de producirse estos hechos, no reaccioné. Era como si tuviera que pasar varias veces la secuencia de aquella escena grabada en mi memoria para poder reconocerme en ella. Como si al ignorarla desapareciera la sensación de peligro. Pasado algún tiempo, reflexioné sobre la

forma de actuar del comisario. ¿Era necesario que yo fuera testigo de aquella escena? Podría habérmela contado, pero con seguridad prefirió que yo mismo la presenciara, pensé, para impresionarme y lograr así concienciarme a fondo de los riesgos que corría. De esa forma estimulaba mi autoprotección.

Recuerdo también que pensé en dejar todo aquello, en huir de aquel manicomio y disfrutar de la libertad, de la humilde y valiosísima libertad de cada día —que, como la salud, solo se aprecia cuando no se tiene—, la misma de la que, afortunadamente, disfrutaban la mayoría de los españoles en cualquier parte del país.

Y recuerdo igualmente que traté de racionalizar lo ocurrido: si no habían podido asesinarme no había sido por casualidad, sino porque llevaba escolta y me desplazaba en un coche blindado. Aquellos terroristas no eran kamikazes dispuestos a morir matando. Ninguno lo ha sido en los más de cuarenta años de su negra historia.

Una vez conscientes de que sus disparos difícilmente podrían conseguir el objetivo, y de que arriesgaban demasiado, desistieron. Estos razonamientos disiparon el miedo de los primeros días posteriores al fallido atentado. Por esa razón seguí en mi cargo. Aun así, al recordar estos detalles sigo sintiendo el mismo malestar y la misma angustia que sentí entonces.

Durante los días siguientes muchos no se atrevieron a ir a ese restaurante. Poco a poco todos, menos unos pocos, fueron olvidando lo sucedido. Hoy en día sigue siendo un local concurrido.

* * *

*Hijo mío. Qué difícil me resulta escribirte después de tanto tiempo. Lo hago porque necesito contarte detalles de mi vida que no conoces, o que conoces solo por lo que has leído en los periódicos, o por lo que te han contado otras personas de mí sin conocerme, y porque tengo la esperanza de que me leas.*

*Voy a intentar explicarte mi verdad, la que me sale del corazón, y es*

*importante para mí que me creas, aunque sé que piensas de forma distinta a la mía y discreparás de algunas de las cosas que te diga. Ahora no tengo el carné de ningún partido político, lo que otros digan o piensen no me condiciona a la hora de decir o de escribir lo que deseo. Lo que hago lo hago libremente, sin importarme la interpretación que nadie pueda hacer de mis palabras*.

*Soy libre. No puedes imaginarte lo importante que es sentirse libre. Se vive la vida de otra manera cuando uno no debe estar pendiente de lo que otros digan o dejen de decir. Te hago estas reflexiones para que creas en la honestidad de lo que necesito transmitirte. Tampoco voy a reñirte, ya han pasado los años en que lo hacía, aunque sabes que has hecho cosas que me han dolido profundamente, y me siguen doliendo*.

*También escribo para los demás. Creo llegado el momento de ponerle cara a algunas verdades ignoradas durante demasiado tiempo. Existen múltiples formas de entender y de interpretar la realidad y, por tanto, la verdad no es propiedad de nadie, cada uno tiene la suya propia. Nadie debiera imponerla a los demás, aunque todos tengamos derecho a hablar libremente y los demás a escucharnos o a no hacerlo. No pretendo hacerte ningún daño con lo que voy a escribir, todo lo contrario, como podrás comprobar*.

El 25 de agosto de 1968 nació mi hijo. Era un niño precioso, morenito, muy guapo. Todos los padres creemos que nuestro hijo es precioso y guapo; sin embargo, él lo era; lo compruebo una vez más contemplando las fotos de aquellos años. En una de ellas se le ve con sus dos hermanas, nacidas uno y dos años antes que él; las dos le miran asombradas, como si fuera uno de sus muñecos, solo que este llora y ríe de verdad.

Me enternece verle tan chiquito, tan bien hechito, tan indefenso, tan serio. Es un niño despierto, atento a todo, lleno de interés por lo que le rodea, curioso por captar el mundo que se mueve a su alrededor. En poco tiempo, antes de dar los primeros pasos, deberá retener en su memoria innumerables gestos y señales; no sabe nada de la vida, ni de nosotros, sus padres, solo que estamos siempre junto a él, cuidándole, ayudándole aunque a veces no sepamos muy bien cómo hacerlo, solo sabemos que le queremos y nos necesita.

*No sé por qué contemplar las fotografías del niño que fuiste hace que reviva los acontecimientos dolorosos ocurridos años después*.

*Intento reconstruir esa parte de la realidad que suele permanecer oculta, la de los sentimientos profundos sin los cuales la vida no tendría sentido, que no se aprecian en las fotos pero que surgen nada más verlas porque nuestra memoria sí los ha guardado fielmente*.

*Busco también las causas de la desgracia para tratar de aliviar mi angustia, para librarme del sentimiento de culpa que me persigue desde entonces. ¿Por qué me ocurrió a mí? ¿Por qué te ocurrió a ti?*

* * *

En mi juventud nadie de mi familia era *abertzale*. Mi padre había participado en la guerra civil en el bando nacional. Vivía en la calle San Antón de Pamplona cuando estalló la guerra y con diecisiete años, atraído por la propaganda, se alistó sin que lo supieran sus padres en un batallón de carlistas, que reclutaba tropas en la plaza del Castillo, ubicada a escasos quinientos metros de su casa. Mi tío, cuatro años mayor, lo hizo en un batallón de la Falange.

El 26 de enero la 5.ª división carlista a la que pertenecía mi padre, entró en Barcelona entre los vítores de numerosos barceloneses, según narran las crónicas escritas por los vencedores de aquella sangrienta contienda civil. Él contaba que no había realizado ningún disparo, y lo mismo he oído decir a muchos de aquellos contendientes; sin embargo, alguien debió de hacerlo porque la guerra civil dejó innumerables muertos, viudas y huérfanos. Allí, en Barcelona, terminó la guerra para él.

Quizá influyó en su decisión de alistarse como voluntario requeté el que su abuelo materno, Ildefonso Larrea, hubiera luchado en la tercera guerra carlista cuando apenas tenía veinte años, fiel hasta el final a su rey Carlos VII, al que acompañó en su salida hacia la frontera con Francia una vez perdida la guerra en febrero de 1876.

Todavía se recuerda en mi familia la famosa palabra

pronunciada por el pretendiente ante el pequeño grupo de partidarios poco antes de salir de España: «Volveré», que mi bisabuelo no se cansó de repetir —no sé si de creer— hasta su muerte en los primeros años cincuenta: «Dijo que volvería y volverá», afirmaba, tercamente indiferente al hecho de que el rey carlista llevara cuarenta años criando malvas.

*Créeme, nadie fue nacionalista en la familia de mi padre, tu abuelo. Con el tiempo estas cosas se olvidan y parece como si el nacionalismo vasco existiera desde el principio de los tiempos, pero no es así, entre otras cosas porque Sabino Arana diseñó el ideario del que luego se llamaría Partido Nacionalista Vasco precisamente al finalizar esa guerra, y nadie podía imaginar que lo que entonces se conocía como Vascongadas fuera poco a poco tomando la denominación —Euzkadi— y el carácter que las doctrinas de Sabino le imprimieron.*

*Y era desde luego inimaginable que noventa años después surgiera un movimiento terrorista que pretendiera independizar de España aquellas poblaciones, tan españolas en aquella época. Seguramente te gustaría que fuera de otra manera, pero créeme que fue así.*

* * *

Continúo viendo fotos, una detrás de otra, y me asalta una profunda necesidad de cambiar la historia, aunque sé que ninguna historia puede reescribirse. En la vida no existen gomas para borrar aquello que no nos gusta, ni marcha atrás para retroceder y tomar otro camino, y ni siquiera la posibilidad de rodar varias veces la misma escena para seleccionar la más lograda, como en el cine. Únicamente podemos recordar el pasado, y volver a sentir cuando lo hacemos las mismas emociones: igual alegría, el mismo dolor. Rememorar estas escenas hace que vuelva a disfrutar de los días felices, y a sufrir por lo que sé que vendrá.

Sigo pasando las páginas del álbum de fotos como si se tratara de las hojas de un calendario antiguo. En mi trabajo me dedicaba a realizar robots para la industria, pero ni en mis mejores sueños

habría sabido diseñar un prodigio tan perfecto, tan hábil y tan capaz de rectificar y aprender. Cualquier forma de vida es extraordinaria, pero la perfección del ser humano supera todo lo imaginable.

Mi hijo aprendía con rapidez, llevaba grabado en su código genético un libro de instrucciones insuperable en su diseño y en su desarrollo. Yo era un padre orgulloso y asombrado ante el mayor milagro de la vida, un bebé recién nacido, mi hijo.

En cuanto a mi familia materna tampoco nadie luchó ni tuvo simpatías por el bando republicano; y ninguno fue *abertzale* ni nacionalista. Todos mis tíos, al igual que sus primos, hicieron la guerra en el bando nacional. Recuerdo ahora que hace muchos años, investigando en los archivos militares sobre la tercera guerra carlista me topé con un documento en el que el alcalde de un pueblecito cercano a Pamplona comunicaba al gobernador civil de Navarra que el joven Santiago Tirapu, de treinta y un años de edad, había escapado de su casa en 1873 para engrosar las filas del ejército carlista. Santiago era mi bisabuelo materno.

Aquellos legajos habían permanecido empaquetados y cubiertos de polvo más de ciento treinta años sin que ninguna persona los examinara. Al soltar las cuerdas ennegrecidas por el paso del tiempo que los mantenían atados podían apreciarse las marcas dejadas por estas en los papeles, signo evidente de que nadie antes los había abierto y seguramente ni siquiera movido del lugar en el que fueron depositados por primera vez.

Leer aquellos documentos me producía una enorme curiosidad y cierta emoción. Era como estar asistiendo a través de una ventana del tiempo a un acontecimiento que me pertenecía, del que había oído hablar muchas veces en mi familia y sobre el que se había escrito mucho. Solo que a ningún historiador le interesaron los detalles de lo ocurrido a aquel joven de treinta y un años que durante la noche del 26 al 27 de enero de 1873 había desaparecido de su casa.

Los alcaldes estaban obligados a comprobar la presencia en sus hogares de todos los varones menores de treinta y cinco años que residieran en el pueblo. Cada mañana se elaboraba una relación con los desaparecidos de esa noche que el cartero hacía llegar al

gobierno civil en Pamplona. Allí se efectuaba el recuento de todos los desaparecidos en los pueblos, que invariablemente engrosaban las partidas de los carlistas. De esta manera el gobierno conocía las zonas donde se encontraban las unidades rebeldes y el número y nombre de sus integrantes.

Haber estado horas leyendo papeles y encontrarme de pronto con mi bisabuelo en uno de ellos me sorprendió y estimuló, e inicié una búsqueda más meticulosa de los restos dejados por mi antepasado en aquellos escritos. Supe que días después de su huida del pueblo se produjo un sabotaje en las vías del tren a pocos kilómetros de Pamplona y localicé un documento con la ubicación probable de las diversas partidas cercanas a la capital navarra. Parecía claro que los responsables del atentado fueron precisamente el grupo al que pertenecía mi bisabuelo. Supongo que se marchó de casa sin el consentimiento de sus padres, y que aprovechaba la ocasión para independizarse de su familia. Ninguna madre puede permanecer pasiva cuando un hijo corre un grave peligro y en aquella familia la desaparición de Santiago tuvo que generar gran disgusto. Las guerras son siempre crueles en cualquier tiempo, y aquella no lo era menos.

En el Archivo Histórico Provincial de Navarra localicé algunos protocolos notariales de Antonio Tirapu, el padre de Santiago, mi tatarabuelo, con los que pude reconstruir una parte de la vida de aquellos lejanos antepasados míos y las idas y venidas de Santiago, que sabía que tenía que abandonar su casa y buscarse la vida lejos de su pueblo. Alistarse en el ejército sublevado podía proporcionarle algunos ingresos. Posiblemente, fueron estas simples razones las que le indujeron a participar con todo su entusiasmo juvenil en aquella aventura, siguiendo, además, los pasos de su abuelo y su padre, combatientes ambos en la primera y la segunda de las guerras carlistas.

*Estos detalles de lo acaecido a nuestra familia los he sabido después de separarme de ti, razón por la cual tú los desconoces. Me gustaría poder mostrártelos algún día, desempolvar juntos los documentos originales, custodiados en los archivos públicos para que nadie pueda falsificar la historia, que a todos nos pertenece, también a ti y a mí.*

Fue el conocimiento más detallado de las vidas de mis abuelos el que me ayudó no poco a entender mejor mi propia historia, los avatares de lo que sucedía en mi familia ciento treinta años después. Y comprobé asombrado que siguiendo el rastro de los unos acababa dando con los pasos de los otros, que la rueda de la vida repetía con precisión matemática, y en mi misma familia, los hechos del pasado más lejano y los del más reciente. Con los mismos apellidos y con idéntico ADN. El resultado de toda esta comprobación era que mi bisabuelo había interpretado a finales del siglo XIX un papel que, de alguna manera y salvando las distancias, se repetía en las postrimerías del siglo XX con mis hermanos e hijos. Y no dejaba de preguntarme si aquello era o no una simple casualidad. Parecía por fin haber encontrado la fórmula para anticiparme a lo que iba a ocurrir y poder así entender la transformación que estaba a punto de producirse en la sociedad vasca y navarra y en mi propia familia.

*Tampoco conoces estas historias familiares. No tuve oportunidad de relatarte nada acerca de ellas. Ya sé que seguramente las interpretarás con un punto de vista diferente del mío. Hace demasiado tiempo que estamos alejados, y pertenecemos a mundos distintos*.

*El universo de las opiniones es muy diverso, pero los archivos históricos no mienten y están ahí, a disposición de todo aquel que quiera investigar en ellos. No es opinable, por ejemplo, que las guerras carlistas existieran, ni que tú y yo descendamos de aquellos que participaron en ellas, como descienden también Sabino Arana, Arzalluz, Setién y muchísimos otros que prefieren no recordarlo*.

Queda, pues, claro que en mi familia han predominado los antecedentes carlistas, y de ninguna manera los relacionados con el mundo *abertzale* ni nacionalista; sin embargo, con el paso del tiempo, algunos de mis hermanos e hijos sí lo han sido. ¡Cuánto sufrimiento, cuántas rupturas, cuántos odios estaban a punto de producirse en mi familia a causa de ese nacionalismo! ¿Cuál fue la causa de este envenenamiento capaz de romper unas relaciones basadas en los lazos de la sangre, los mismos que nos mantuvieron unidos durante tantos años? ¿Cuáles fueron los primeros síntomas

de la ruptura familiar?

Suele decirse que la ideología nacionalista se transmite a menudo a través de los vínculos familiares; no lo dudo, aunque este no es en absoluto el caso de mi familia. Sin embargo, acababa de descubrir que mis abuelos, durante varias generaciones, sí participaron muy activamente en las sublevaciones de la población navarra y vasca contra la legalidad del poder establecido. ¿Era esto una casualidad o había encontrado alguna explicación, por así decirlo, racional, a lo que estaba ocurriendo en mi familia?

El Gobierno francés facilitó la causa del carlismo permitiendo organizarse y entrenar en su suelo a los batallones que pasarían a España para luchar contra la República, y Francia sirvió de refugio a los huidos cuando perdieron la contienda. Es imposible repasar estos acontecimientos sin que vengan a la cabeza algunas, demasiadas, similitudes con lo ocurrido noventa años después, con el nacimiento del nacionalismo vasco primero y más tarde del terrorismo de ETA.

A los sabotajes se les ha llamado atentados; a las partidas de voluntarios, comandos terroristas; la frontera y el refugio francés han sido fundamentales para unos y otros, y los antecedentes familiares de muchos de los terroristas de ETA han sido carlistas. He aquí un ejemplo: la familia Barandalla, de Echarri-Aranaz, formó una partida de guerrilleros durante la primera guerra carlista. En la segunda y la tercera de las guerras se repitió la misma partida con sus hijos y nietos. Durante la guerra civil, Benedicto Barandalla volvió a formar otra partida que, encuadrada en el bando franquista, luchó encarnizadamente en el frente de Guipúzcoa. Bautista Barandalla, descendiente de esta misma familia, perteneció a ETA y permaneció en la cárcel diecinueve años condenado por terrorismo.

Y no es un caso aislado, la historia se repite en otras muchas familias, también en la mía, de forma inexorable, como si estuviéramos predestinados a leer la misma página una y otra vez, incapaces de hacer nada para evitarlo.

* * *

Las fotografías dan cuenta del paso de los meses, en esta sujeto una vela mientras la madrina sostiene a mi hijo con la cabeza mirando al suelo y el cura acerca el agua fría para derramarla sobre su cogote y bautizarle. No se le ve llorar, pero recuerdo que lo hizo. Con lo fácil que hubiera sido calentar un poco el agua bendita. Todos los que aparecen en la foto miran al mismo lugar, la cabeza de mi hijo, esperando escuchar la habitual llorera de un bebé asustado al sentir ese frío repentino en la nuca. Y en el fotograma siguiente, en el que no se hizo, imagino a todos sonriendo y viendo llorar al niño, que no entiende el porqué de esa sensación desagradable.

Sus lloros nos hacen pasar un mal rato: los padres disfrutamos o padecemos al mismo ritmo en que lo hacen nuestros hijos. En una de las fotos me veo dándole el biberón y no dejo de sorprenderme porque, aunque quedaría mejor afirmando lo contrario, lo cierto es que no es algo que hiciera a menudo, ni eso ni cambiar pañales, en parte porque me pasaba el día trabajando fuera de casa, y en parte porque no eran esas el tipo de actividades que los padres de la época realizábamos con más asiduidad, las cosas como son. Hoy esas tareas están, o deberían estar, mejor y más equitativamente repartidas.

Lo que sí hacía a menudo era jugar con él, llevarlo a la plaza de Cataluña, cercana a nuestro domicilio de la calle Zabaleta, montarlo en los columpios o el pequeño tobogán —allí conocido como *txirristra*— y observarle mientras jugaba con otros pequeños. Era un niño inquieto e incansable que en cuanto aprendió a andar comenzó a correr. Controlándole para evitarle peligros gastaba yo más energía que él corriendo por toda la plaza. En realidad era muy bueno, aunque ese exceso de energía le valió algunas reprimendas de mi parte, no tanto por ser tan movido, sino por agotar mis fuerzas y en ocasiones mi paciencia.

Pero lo que más nos gustaba era bajar a la playa en verano. A solo cien metros de casa teníamos la de Gros, donde los espacios eran más amplios y los peligros menores, solo debía estar atento

cuando se acercaba a la orilla del mar. Hacer castillos de arena era mi especialidad y su juego favorito. Él colaboraba acarreándola en cubos y amontonándola, y me imitaba dando palmaditas a los muros del castillo para endurecerlos. Buscaba palitos en la playa para poner las banderas en lo alto de las almenas, banderas que le gustaba poner a él, si las colocaba yo se enfadaba y hacía pucheros. Me convertía en un niño para jugar con él, porque disfrutaba haciéndolo y seguramente porque a su edad no tuve la posibilidad de divertirme en la orilla del mar. Buscar conchas en la arena, chapotear en la orilla, mojarme tirándome agua a la espalda para que yo sintiera la sensación de frío le hacía disfrutar y reír. Qué fácil era ser feliz.

*Un día, quizá lo recuerdes, te llevé conmigo a Pamplona; tú eras aún pequeño y recorriste conmigo las calles de mi infancia. Te explicaba apasionadamente historias de mi vida conforme las recordaba al pasar por los lugares donde habían ocurrido. Me agradaba que conocieras los avatares de nuestra familia, seguramente porque a mí me hubiera gustado que mi padre lo hubiera hecho conmigo*.

*Para suplir esa ausencia, yo acudía a una tía mía, verdadera enciclopedia familiar, para satisfacer mi curiosidad y conocer detalles de mis abuelos. Las historias de cada familia son un tesoro que solo se hereda en las tertulias de algunas reuniones, narradas siempre por los parientes mayores que se prestan a ello. Cuando llegamos paseando al seminario de Pamplona me asaltaron los recuerdos y te conté detalles de mi estancia en él.*

* * *

Entré en el seminario diocesano de Pamplona en septiembre de 1954, recién cumplidos los doce años. Fui el mayor de nueve hermanos, todos varones. Menos los dos más jóvenes, todos ingresaron a su vez en el colegio de los agustinos de Artieda una vez cumplidos también los doce. Mi madre decía entonces que teníamos vocación para ser sacerdotes, aunque lo cierto es que se equivocó.

Ninguno llegaría a serlo.

Los años pasados en el seminario fueron duros en cuanto a las condiciones de vida y, sin embargo, los recuerdo como años muy gratos e importantes. Madrugábamos mucho, estudiábamos más y la mayor parte del tiempo no podíamos hablar entre nosotros, pero, aun así, las relaciones con los compañeros y con la mayoría de los profesores eran excelentes. Aunque pasábamos mucho frío en invierno, lo cierto es que comer, comíamos bien. Todos los compañeros de aquellos años con los que he vuelto a encontrarme después de medio siglo coinciden en que la educación que allí recibimos fue fundamental para nuestro porvenir. Aún hoy nos sentimos hermanados, probablemente porque convivimos en una etapa esencial para nuestra formación intelectual y social.

Éramos cera virgen en la que quedaron marcados los cimientos sobre los que construiríamos nuestro futuro. Pasamos en pocos años de ser niños a convertirnos en hombres y, al fin y al cabo, la relación que manteníamos entre nosotros era más intensa y prolongada que la que teníamos con nuestras propias familias, que se limitaba a dos meses al año coincidiendo con las vacaciones de Navidad y de verano.

*Como puedes comprobar a mí me pasó con mis padres lo mismo que a ti te ha ocurrido conmigo. El tiempo que compartimos durante tu infancia fue inferior al que le dediqué a mi trabajo. Ese tiempo es ya irrecuperable y no puedo rectificar. Cuánto me gustaría poder hacerlo*.

Se nos ve alegres en las fotografías que se conservan de aquellos años y que nos retratan con el traje talar de seminaristas, y a pesar de las transformaciones que el paso del tiempo ha dejado en nuestros rostros seguimos teniendo una característica esencial que nos identifica.

Todos nos reconocemos en aquellas fotos, tenemos las mismas miradas, parecidas sonrisas. Al vernos, enseguida surgen de la memoria escenas de aquellos años. Uno de nosotros recuerda una anécdota que evoca más y más detalles en los demás, y de ese modo reconstruimos con precisión escenas ocurridas hace cincuenta años y en las que todos participábamos. Esa forma de volver a vivir el

pasado nos retrotrae a placeres casi olvidados de la juventud: son nuestras memorias individuales las que hacen posible la memoria colectiva.

*Espero poder enseñarte algún día la instantánea en la que aparecemos todos los compañeros del curso, y contarte, si quieres, las mil y una historias que me evoca.*

Los seminaristas constituíamos una muestra representativa de la diversidad social de Navarra. Los de la montaña, los que proveníamos de la zona media y de Pamplona y los procedentes de la ribera convivíamos con naturalidad. Aunque había una tendencia natural a agruparse por afinidades, todos congeniábamos con todos. Tampoco en el seminario encontré a ningún *abertzale* ni nacionalista, aunque hubiera compañeros que hablaran mejor el vascuence que el español.

*Voy a contarte ahora una anécdota que no conoces, algo que me ocurrió en el seminario y que en realidad impidió que me ordenara sacerdote.*

Un profesor nos había explicado en una de sus clases las propiedades del mineral de galena. Contaba que podía servir para escuchar la radio. Entonces los aparatos de radio eran muy voluminosos y caros, y no existían los transistores. Aquella propiedad del mineral despertó mi curiosidad y me interesó sobremanera. Durante las vacaciones de verano adquirí los elementos necesarios para construir una radio de galena, y efectivamente comprobé que podía escucharla sin necesidad de corriente eléctrica. La cuestión era que el aparato seguía siendo demasiado grande, así que me puse manos a la obra e inicie una investigación para tratar de simplificarlo: eliminé la bobina y sustituí la piedra galena por un diodo de germanio; pero para que aquello pudiera funcionar debía aumentar el tamaño de la antena. Se me ocurrió entonces utilizar una masa como el somier metálico o el tubo de plomo del desagüe de un lavabo y el invento funcionó. Soldé el diodo a los bornes del auricular y saqué un cable para enroscarlo al somier. Solamente podía escuchar una emisora: Radio

Requeté de Pamplona. Durante las vacaciones ponía el auricular entre la almohada y mi oído y así oía las noticias. Era un privilegiado.

Pero se terminó el verano y tuve que regresar al seminario, en el que incluso estaba prohibido recibir o leer el periódico. En realidad vivíamos aislados de lo que ocurría fuera de las paredes del centro, aunque los fines de semana recibíamos visitas de nuestras familias, que nos contaban las noticias más importantes. El caso es que entre las prohibiciones no se mencionaban los aparatos de radio, con toda probabilidad porque ni el más sofisticado de los censores imaginaba que se pudiera escuchar una emisora con un aparato más pequeño que los actuales transistores y, además, sin pilas.

Así que me arriesgué y metí la diminuta radio galena modificada en mi maleta. Pasaron varios días de dudas hasta que por fin me armé de valor y me puse a oírla. En los días que siguieron ese fue mi inconfesable secreto: Radio Requeté. En vista de que nada ocurría poco a poco fui relajando las precauciones iniciales y escuchaba la radio todas las noches. Mis temores habían desaparecido. Llevado, sin duda, de esa imprudente relajación cometí un día el error de comentar durante el recreo una noticia importante a mi mejor amigo. Me preguntó: «¿Cómo lo sabes?». Le hice jurar que no se lo diría a nadie y emocionado le mostré el preciado tesoro: mi mini radio galena.

A partir de ese momento mi amigo no dejó de insistir para que se la dejara y yo, en el colmo de la ingenuidad y por aquello de la amistad inquebrantable, se la presté. Un secreto deja de serlo cuando lo conocen dos personas; esa es una lección que entonces no sabía y que solo el tiempo y los sucesivos errores han corregido. Inevitablemente, mi amigo cometió el mismo desliz al comentar otro día una noticia del mundo exterior con otro compañero y, como no hay dos sin tres, este quiso también tener su propia galena.

El 9 de octubre de 1958 fallecía a los ochenta y dos años el papa Pío XII después de veinte años de papado y tras cuatro días de dura agonía, y naturalmente los que disfrutábamos de galena lo supimos esa misma noche. Un compañero mío, que pertenecía al grupo de privilegiados que la escuchaba, no pudo resistir las ganas de anunciar *urbi et orbi* la importante noticia.

Durante el primer recreo del día siguiente se acercó al prefecto que nos cuidaba y, ni corto ni perezoso y sin pensar en las consecuencias, se explayó con él:

COMPAÑERO.—Estoy apenado por la muerte del papa.

PREFECTO.—¿Y cómo sabes que el papa ha muerto?

Mi compañero se pone rojo. No sabe cómo disimular. Se da cuenta de que ha metido la pata.

PREFECTO.—Dime, ¿cómo te has enterado?

COMPAÑERO.—Pues…

PREFECTO.—¿Quién te lo ha dicho?

COMPAÑERO.—Lo he oído…

El seminarista trata de ganar tiempo para inventarse alguna explicación, pero el prefecto, inflexible, insiste una y otra vez sin dejarle pensar.

PREFECTO.—Me voy a poner serio. Dímelo de una vez. ¿Dónde lo has oído?

COMPAÑERO.—En la radio.

PREFECTO.—¿En qué radio?

COMPAÑERO.—En la radio galena.

PREFECTO.—¿Tienes una radio galena?

COMPAÑERO.—Sí.

PREFECTO.—¿Dónde la tienes?

COMPAÑERO.—En mi cuarto.

PREFECTO.—¿Alguien más tiene radio?

COMPAÑERO.—Sí.

PREFECTO.—Tranquilízate. Cuéntame todo lo que sabes y no te pasará nada.

COMPAÑERO.—Pues…

Mi compañero, atemorizado, cantó y nos delató a todos. Contó con pelos y señales al prefecto los orígenes de la radio galena, quiénes la escuchaban y desde cuándo. Lo relató todo y con todo lujo de detalles. El escándalo adquirió considerables proporciones y alteró por unos días la sagrada paz del recinto. Hoy siguen comentándose, ahora entre risas, claro, aquellos hechos en las

reuniones anuales de los exseminaristas de ese curso. A mí por supuesto me echaron del seminario, por instigador y por curioso.

Ciertamente, una anécdota como la anterior resulta en la actualidad inconcebible, pero en la época de la que hablo la falta de libertades —grandes y pequeñas— era considerada algo normal, y el tipo de disciplina que se utilizaba, esencial para mantener el orden entre los más de un millar de seminaristas de todos los cursos que convivíamos en la institución. Lo que no estaba expresamente permitido podía considerarse prohibido dependiendo de las circunstancias.

* * *

Hasta mediados de los sesenta, transcurridos más de veinticinco años tras el final de la guerra civil, no se produce el auge del nacionalismo, tanto en Navarra como en el País Vasco. El 78 fue un año importante en el que ocurrieron varios hechos que, aun siendo de signos completamente opuestos, influyeron de una u otra manera en la sociedad vasco-navarra: el nacimiento de ETA y la apertura de la Iglesia con motivo del Concilio Vaticano II.

*Al escribir estas líneas caigo en la cuenta de que quizá debiera haberte hablado de estos acontecimientos antes, pero no lo hice, eras demasiado pequeño y no lo habrías entendido*.

*Pasados los años tampoco te hice partícipe de estas consideraciones, tan importantes para entender lo que nos ha sucedido: ya no se presentó la ocasión. Tengo la impresión de que siempre ha sido escaso el tiempo que he tenido para hablar contigo de lo que realmente es importante en la vida. Y ahora no estoy seguro de si te interesarán mis opiniones ni mis relatos*.

Los sacerdotes de la diócesis de Pamplona reivindicaron entonces la rápida aplicación de las directrices del Vaticano II, que aconsejaba oficiar los servicios religiosos utilizando las lenguas vernáculas en lugar del latín. Aquella apertura suponía que en el

País Vasco y Navarra se pudieran decir las misas en euskera, lo que originó inicialmente algunas tensiones con los feligreses que no entendían la lengua vasca.

El arzobispo de Pamplona no tenía prisa y las misas siguieron diciéndose en latín hasta que la presión del clero navarro forzó la sustitución del prelado. También en el seminario de Pamplona se iniciaba una nueva etapa, aunque menos convulsa que la sufrida por el de San Sebastián, considerado por algunos, creo que exageradamente, como vivero de ETA.

* * *

Con tres años está precioso, sentado sobre una cómoda y mirando hacia atrás para verse en el espejo redondo colgado de la pared. Su mirada sonriente irradia felicidad cuando me observa; es un niño feliz, se siente querido y mimado. Viste una camisita blanca de manga muy corta que deja ver sus brazos ligeramente morenos de piel perfecta, como recién hecha, al igual que sus piernas con rodillas aún sin marcas de las que dejan las caídas y los pequeños golpes a lo largo de la infancia.

A los cinco años iba al colegio con uniforme; vivíamos ya en Oyarzun y seguíamos visitando a mi madre y mis hermanos en su casa de Martutene, y pasando las fiestas más señaladas en familia. Aquí se le ve jugando con los regalos que los Reyes han dejado para él en casa de su abuela.

Por su indumentaria se nota que estamos en invierno, lleva pantalón largo y jersey, ya es un hombrecito pero aún cree en los Reyes Magos y está a salvo, protegido de las contrariedades y ajeno a los obstáculos que la vida pondrá en su camino. En la relación con mis hijos he tratado siempre de tener presente una idea que escuché una vez y que me pareció tan sabia como acertada: un padre puede tener varios hijos, pero un hijo tiene un solo padre. Y es muy cierto que, si bien se quiere a todos los hijos por igual, cada uno nos necesita de distinta manera, y con cada uno nos entendemos en un

lenguaje propio y diferente.

* * *

Siendo gobernador tuve ocasión de conversar con algunos de los terroristas detenidos sin que ellos supieran que hablaban conmigo. Me interesaba indagar en las razones de su sinrazón. Deseaba conocer, o intentar conocer, cuál es el mecanismo que transforma a un ser humano, aparentemente normal, en un individuo capaz de asesinar a un semejante sin sentir piedad alguna. Fueron diálogos intensos en los que percibí cómo en ocasiones era una juventud atormentada la que parecía estar detrás de esa falta total de remordimientos; algunos de ellos manifestaban, sin embargo, inquietud por el bienestar de sus mascotas.

En una de esas conversaciones pregunté al terrorista si habría sido capaz, de habérselo ordenado sus jefes en la banda, de asesinar a su padre en el supuesto de que este fuera un Guardia Civil. La respuesta fue sin dudarlo que sí. Aquella frialdad, aquel helado fanatismo, me impactaron enormemente. Siempre he creído que los parricidios solo se cometen en momentos de enajenación producidos por una ira incontrolada y/o una grave alteración mental. Pero asesinar premeditadamente a alguien cercano sobrepasaba cualquier crueldad imaginable.

Aquel sujeto me dio verdadero miedo, el mismo que sentí al pensar hasta qué punto le habían lavado el cerebro con odio nacionalista, y en el daño irreparable que esto había causado. También pensé que, llegado el momento, ese terrorista se hubiera echado atrás y habría sido incapaz de hacer algo tan horrible, sin descartar que pretendiera impresionar a su interlocutor, es decir, a mí, presentándose como el más duro entre los duros.

* * *

El día de su primera comunión se convirtió en el protagonista de todas las miradas y afectos, sin competencia con sus hermanos. En estas fotos se le ve más serio que en otras, pero sigue sonriendo. La verdad es que está muy guapo, muy atento a su traje, a sus zapatos relucientes, a su molesta corbata, pero sobre todo a los regalos: era el rey por un día. Viéndome junto a él en la foto siento la nostalgia de un futuro entonces aún sin escribir, una especie de tristeza retrospectiva que me lleva a preguntarme si podría haber obrado de otro modo para modificar el rumbo de su vida, para evitar lo que luego le ocurrió. Es esta una pregunta que me he hecho a menudo, y a la que hasta hoy no he dejado de buscar respuesta.

* * *

Estudiando detenidamente documentos, revisando decenas de carpetas, algunas de ellas inéditas, dedicando muchas horas a seleccionar datos de mis abuelos y encajándolos en el contexto histórico en el que vivieron creí haber encontrado, por fin, una explicación a lo que estaba ocurriendo en mi casa y advertí también que, impotente para poder modificar los hechos más cercanos, los que constituyen la historia de los últimos años de mi familia, estaba a punto de ser testigo de momentos muy dolorosos que amenazaban con destruir los fuertes e invisibles lazos que unen a quienes comparten la misma sangre.

Paradójicamente, algo así puede entenderse cuando les ocurre a los demás: cuando le sucede a uno mismo la razón no es capaz de aceptar ninguna explicación. Vi cómo mi familia se desmoronaba por momentos desoyendo las leyes inexorables de supervivencia, según las cuales los padres, hijos y hermanos de un mismo clan están obligados a ayudarse ante cualquier peligro externo que aceche a alguno de sus miembros.

Comprendí hasta qué punto la vida es una imparable y gigantesca noria que repite una y otra vez, incansablemente, las mismas alegrías y sufrimientos, los mismos aciertos y errores,

iguales recuerdos y olvidos, idénticos odios y amores. Necesitado como estaba de aplacar aquel intenso dolor que me corroía por dentro, había logrado reconstruir una parte de mi historia para poder entenderla, predecir el futuro cercano y aferrarme a la esperanza porque sabía, lo estaba viendo en el pasado, que la esperanza también forma parte de las escenas que la noria reproduce.

# 2

## GUIPÚZCOA, VIVERO DE ETA

*No conoces, hijo mío, los detalles de lo vivido durante mis primeros años en San Sebastián, ni sabes que uno de mis amigos de entonces estuvo en los años sesenta entre los primeros integrantes de ETA. He visto crecer ante mis ojos al monstruo que nos separó sin que yo pudiera evitarlo. Cuántas veces me digo que, de haber sabido lo que se nos venía encima, no habrías nacido en Guipúzcoa, que hubiera hecho lo imposible por alejarte de aquel ambiente envenenado*.

Uno de mis primeros trabajos en la capital donostiarra —que compatibilicé con mis estudios— fue el de Radio San Sebastián. Allí conocí a un joven —como yo—, Iñaki Gabilondo, que iniciaba su exitosa carrera en la radio una vez finalizados los estudios de Periodismo en Pamplona. Él se mantuvo fiel a los micrófonos y a la Cadena SER durante su vida profesional; por mi parte dejé la emisora al cabo de unos años para dedicarme a la automatización en una ingeniería de Irún.

Pero aprendí mucho en la radio, que era una atalaya privilegiada —más aún para un recién llegado como yo— desde la que observar y conocer mejor a la sociedad donostiarra de los primeros años sesenta. Fue en la radio donde me relacioné por primera vez con un nacionalista, que además de locutor ejercía como ATS —entonces se les denominaba practicantes— en su tiempo libre; tenía una buena voz y un carácter irascible.

Hice amigos, y me incorporé a una de las cuadrillas de jóvenes donostiarras más numerosas, de las que recorrían las calles, y los

bares, de la Parte Vieja las tardes de los sábados. Éramos diecisiete, aunque no siempre coincidíamos todos, y cada uno debía pagar una ronda de vinos. Dos de ellos eran manifiestamente nacionalistas: Pedro, que acabó siendo sacerdote, y Mikel, que se convertiría en economista.

* * *

Aquel sábado caminamos por el paseo de la Concha hasta llegar a los hermosos jardines de Alderdi Eder, frente al Ayuntamiento. Caía una lluvia fina, el famoso sirimiri, mientras una considerable multitud se agolpaba a los dos lados de la calzada para ver pasar al general Franco. El entonces jefe del Estado acudía todos los veranos sin falta a San Sebastián, donde disfrutaba de la pesca en el *Azor*, su yate, desde el que presenciaba puntualmente las regatas. También, y para que nada faltara, se celebraba todos los veranos un Consejo de Ministros en el palacio de Ayete, que servía como residencia veraniega del dictador y su familia. Aquella tarde una embarcación rápida le acercó desde el centro de la bahía de la Concha, donde solía permanecer anclado su barco, hasta la escalerilla que emergiendo del mar subía hasta el Club Náutico. Desde allí se dirigió hasta el alto de Ayete en un coche blindado, atravesando las calles donostiarras abarrotadas de gente moviendo banderitas españolas de papel, aplaudiendo en señal de adhesión o llevada hasta allí por la curiosidad.

San Sebastián era una fiesta cuando venía Franco. Le vimos pasar distanciados de la multitud, junto a los tamarindos y protegiéndonos de la lluvia con impermeables o plásticos. Entre el público se escondían infinidad de policías vestidos de paisano, atentos a cualquier eventualidad y velando por la seguridad del caudillo. Mikel estaba junto a mí. Al pasar bajo un tamarindo lo moví para que desprendiera goterones de agua y así mojar a mi amigo. Era una de las bromas que solíamos hacernos.

MIKEL.—No me hace ninguna gracia.

JOSÉ RAMÓN.—Ja, ja, ja.

MIKEL.—¿No ves que me has mojado?

JOSÉ RAMÓN.—Si llevaras impermeable no te mojarías.

MIKEL.—Cuando he salido de casa brillaba el sol.

JOSÉ RAMÓN.—¿No sueles llevar el plástico recogido en el bolsillo?

Mikel se me acerca con cara seria y me dice al oído.

MIKEL.—Esto está lleno de polis.

JOSÉ RAMÓN.—¿Y qué?

MIKEL.—¿No te das cuenta de que «plástico» es un explosivo?

Inmediatamente, Mikel desaparece entre el gentío sin llamar la atención. Pocas semanas después dejaría de salir a tomar vinos con nosotros. Más tarde supe que la policía le había detenido acusándole de pertenecer a ETA. Aquella noticia me impresionó, y me cogió tan de sorpresa que sigo recordando minuciosamente lo sucedido. Teníamos un amigo que al parecer pertenecía a la banda, y ninguno de la cuadrilla lo imaginábamos ni remotamente. En realidad, no teníamos ni idea de lo que aquello significaba, del alcance que podía tener, y menos aún de sus consecuencias.

*A menudo habrás escuchado decir que los terroristas lucharon contra la dictadura de Franco: no te lo creas porque no es verdad. De haber sido así, la banda habría desaparecido con la llegada de la democracia a España, como hicieron los «polimilis». ETA ha sembrado el terror y el dolor en este país para conseguir la independencia del País Vasco y la anexión de Navarra a Euskadi, sin importarle que en España hubiera dictadura o democracia.*

*He sido testigo directo de muchos de los acontecimientos que se han producido desde su nacimiento hasta nuestros días. Nadie puede engañarme, créeme. Han pasado casi cincuenta años y dos generaciones, y la banda terrorista no se ha disuelto todavía. Tú lo sabes bien*.

La organización, recién fundada en el inicio de los sesenta, no había asesinado aún a nadie, aunque, según se decía, no descartaba hacerlo «para defenderse». Algunos de sus integrantes portaban armas. Y ciertamente no tardarían en usarlas; pronto empezarían a sucederse los crímenes y la pacífica sociedad donostiarra, en la que

tan a gusto vivía, sufriría una decisiva y brutal transformación. Como espectador asistí en primera fila a esa metamorfosis.

Muchos creímos entonces que ETA actuaba contra Franco y los que sustentaban su dictadura; sería al llegar la democracia, cuando ya era tarde y el veneno del odio se había extendido, cuando comprendimos que surgió en realidad para enfrentarse a los españoles y a todo aquello que representara o recordara a España, independientemente del régimen político del momento.

La democracia y la libertad llegaron tras relativamente pocos años de transición al resto de España, pero no así al País Vasco ni en parte a Navarra. Mientras en el País Vasco sufríamos un terror idéntico e incluso mayor que el padecido durante la dictadura, los madrileños, los andaluces, los castellanos, celebraban exultantes la fiesta de la libertad. Y si bien es desgraciadamente verdad que ETA ha dejado regueros de sangre por prácticamente toda la geografía española no es menos cierto que en tierra vasca ha destruido, además, el tejido social, dividiendo y enfrentando a la sociedad, haciendo añicos la convivencia de centenares de familias como la mía, emponzoñando a sus miembros y haciendo imposible, en algunos casos, cualquier atisbo de reconciliación. Con cuánto dolor escribo estas líneas. Con cuánta impotencia observo a las víctimas de tanta sinrazón sobrellevar su duelo, sin consuelo y sabiendo que el pasado es inamovible.

Aquel día en el Alderdi Eder comenzaría para mí una larga y dura travesía que aún hoy no ha terminado. Esa tarde perdí a un amigo al que tardaría años en volver a ver, y supe por primera vez de la presencia oculta de ETA en mi entorno, ignorante entonces del verdadero significado de aquella organización desconocida. Aprendí también, y desde aquel momento, a hablar muy bajito al oído de interlocutores de confianza, temeroso de que alguien ajeno a nosotros pudiera escucharnos.

La extraordinaria belleza de los paisajes guipuzcoanos se diluyó lentamente, como si una densa niebla me impidiera contemplarlos, y surgieron en su lugar las sombras de una ETA encarnada en personas cercanas y no menos temibles que los policías vestidos de paisano dedicados a proteger a Franco. Nadie advirtió en aquellos días este relevo, ni intuyó que los nuevos «guardianes» terminarían

dedicándose a matar a los no adictos a su miserable causa, ni que el número de chivatos se convertiría en una plaga, ni que las muy escasas libertades consentidas durante la dictadura quedarían derogadas por los nuevos dictadores. Y nadie podía imaginar, tampoco, en aquellos días que nuestra particular bestia, la misma que durante cien años había enfrentado a los españoles en cuatro guerras fratricidas —las tres guerras carlistas y la guerra civil de 1936— despertaría en forma de terrorismo tras mantenerse treinta años dormida.

*Quiero decirte que el nacionalismo ha intentado apropiarse de todos los signos culturales vascos, como si los que no somos nacionalistas no amáramos a nuestra tierra. Ha inventado una cultura basada en arcaísmos inexistentes y ha falsificado frecuentemente nuestras tradiciones.*

*Ha incurrido en discriminaciones clamorosas al intentar imponer el idioma vasco a toda la población, incluso a la que nunca lo ha hablado, como es nuestro caso, cuando nunca tuvimos ningún problema para entendernos con todos con naturalidad, que es para lo que debiera servir cualquier idioma.*

*Lo que es peor, el nacionalismo demoniza a todo el que piense diferente a ellos, como yo, y esa es la peor de las dictaduras. A mí jamás se me ocurriría recriminar a un vecino mío que ame la cultura rumana, o la alemana, o la británica, porque han nacido en esos países. Ten presente que en mi querida tierra se ha asesinado hasta hace pocos meses a quien se sentía español. ¿Tú crees que algún día podremos vivir en libertad permitiendo a todos pensar y sentir como cada uno quiera?*

* * *

En aquellos años pertenecí al Oargui, una organización juvenil cristiana que tenía su sede cerca de la iglesia de Santa María; allí desarrollábamos actividades culturales, hacíamos excursiones a la sierra de Aralar o a las montañas cercanas de Jaizkibel, Gorbea, Larhun, a las cuevas de Landarbaso y a otros lugares próximos. Allí

conocí e hice amistad con algunas chicas de la Parte Vieja. Era la primera vez que me relacionaba con chavalas de mi edad. Tenía un tocadiscos y muchos discos que utilizábamos para hacer guateques, en los que por cierto no se tomaba nada de alcohol. Aquellos fueron mis primeros bailes «agarraos» —es un decir—, con las hormonas de la juventud a flor de piel. Qué cortos me parecían aquellos bailes lentos.

En el Oargui conocí a Valentín, un cura muy dinámico. Pasado algún tiempo supe que había colgado la sotana y que simpatizaba con el entorno terrorista. Cada vez con mayor frecuencia tenía noticia de personas cercanas que se habían pasado al mundo del nacionalismo radical o que habían sido detenidas por la policía con acusaciones de pertenencia a ETA.

A todo esto, amplios sectores de la Iglesia vasca mostraban públicamente su afinidad con el nacionalismo, incluso con el más radical, utilizando sus mismos argumentos para explicar la situación del país desde los púlpitos, dejando de lado a los feligreses no nacionalistas y contribuyendo a aumentar la división social entre nacionalistas y los que no lo éramos. Hubo incluso en aquella época algunos casos de sacerdotes implicados con el terrorismo, curas que no tuvieron empacho alguno en auxiliar a etarras. Nada tenían que ver aquellos con los que yo había conocido en el seminario de Pamplona. Se acercaba el tiempo en que ETA daría el primer zarpazo en mi familia.

*También habrás oído hablar, seguramente, de uno de los casos más sonados, que tuvo lugar en Irún; algunos curas colaboraron con ETA escondiendo a los terroristas que huían de la justicia en sus casas o en las iglesias, y que por esa razón fueron condenados a prisión por los tribunales*.

*Te he contado ya que, mientras permanecí en el seminario de Pamplona, conocí a numerosos sacerdotes y seminaristas navarros y que ninguno era por entonces nacionalista ni* abertzale. *Sin embargo, en el seminario de San Sebastián sí se dieron casos, e incluso se utilizaron sus instalaciones para que los etarras de aquella época pudieran preparar algún atentado, como afirma el propio arzobispo José María Cirarda en sus memorias*.

*Voy a contarte ahora un episodio que viví al ser designado gobernador y que creo que no conoces. Nada más ser nombrado, pedí audiencia al obispo de San Sebastián, Monseñor Setién, para presentarle mis respetos. Él me recibió muy educadamente y charlamos de mi procedencia navarra, de mis estudios en el seminario y de la situación en el País Vasco. Le dije que desde mi nueva responsabilidad me esforzaría por contribuir a impedir la sangría que se estaba produciendo en aquellos días —casi un asesinato diario— y solicité su colaboración, siempre desde el ámbito eclesial, claro está, para lograrlo.*

*De nuevo muy educadamente el señor obispo se distanció de mi análisis, y por supuesto de mi propuesta, utilizando los argumentos nacionalistas de la época y proponiéndome el diálogo con ETA para resolver el conflicto vasco, es decir, para hablar de la independencia. Pero nada dijo de terminar con aquel infierno de atentados —se produjeron más de cuatrocientos en los años que fui gobernador—.*

*Era inútil seguir pero, aun así, no pude dejar de recordarle lo que otros sacerdotes como él me habían enseñado en el seminario: que asesinar es un pecado muy grave tipificado en uno los diez mandamientos, el quinto, que dice «No matarás» y le recordé también que la Iglesia católica obliga al pecador a confesarse, arrepentirse, enmendarse y cumplir la penitencia. Que la legislación civil se ocupaba de imponer y hacer cumplir una condena justa, y que era su deber recordarlo desde los púlpitos de su diócesis, Guipúzcoa.*

*Desde luego, el pretendido dialogo terminó muy educadamente. Siempre he creído que, para poder entenderse, lo primero es hablar con claridad, aunque la experiencia me dice que a veces las palabras sirven más para ocultar intereses que para propiciar un verdadero entendimiento.*

* * *

Vivía en San Sebastián y había formado mi propio hogar. Pronto nacería mi hijo. Con él llegaron los momentos de alegrías y de risas; las visitas al entonces novedoso parque de atracciones del monte

Igueldo; los helados que se derretían en sus cucuruchos antes de que él pudiera terminarlos; los castillos construidos entre los dos en la arena de la playa de la Concha, aprovechando la gran explanada que dejaba la marea al retirarse, y que se desmoronaban cuando subía arrinconando a los bañistas junto al paseo; aquel coche con mando a distancia que los Reyes Magos le habían dejado en casa de mi madre, inmortalizado en una de las muchas fotografías de aquellos años que conservo.

Cuando quise darme cuenta el niño ya iba al colegio. Vivíamos entonces en una casa con unas vistas preciosas próxima a las peñas de Arcale, en Oyarzun. Desde sus ventanas se divisaba todo el estuario del río Bidasoa: Irún, Fuenterrabía, el mar, y, en los días diáfanos, siguiendo la línea de la costa, podía verse también Biarritz.

* * *

*Eras muy pequeño todavía, pero posiblemente recordarás el asesinato de nuestro vecino el taxista. Tenía hijos de tu edad y alguna vez jugabas con ellos. Él y su familia residían en el inicio de la carretera que subía a nuestra villa. Esos chicos se quedaron huérfanos; ETA les arrebató a su padre para siempre. Recuerdo que la hija mayor tendría unos doce años, sus hermanos eran menores; tú tenías seis o siete. Me produce mucha tristeza ahondar en estos recuerdos*.

Un día recibí la terrible noticia de que nuestro vecino había sido asesinado. Se trataba de un taxista que vivía también en una villa del barrio de Gurutxe, un hombre jovial y muy conocido en la zona. Dejó una viuda joven y varios hijos pequeños. ETA y sus cómplices excusaban su vileza calumniando a la víctima; esta vez dijeron que era un chivato de la policía. Lo cierto es que el verdadero chivato, el que cobardemente y oculto en el anonimato instigó a los pistoleros para que lo asesinaran quiso librarse de él porque le hacía competencia profesional.

Cuánta miseria se escondía detrás de aquellas proclamas de

independencia y libertad para Euskadi. Cuánto asco me causaban aquellos «algo habrá hecho», después de cada asesinato. Cuánto dolor en aquella familia destruida por una bala egoísta y envidiosa. La viuda sufriría a partir de entonces el rechazo de algunos vecinos —no de todos— afectados por un virus muy contagioso, el del miedo.

En ese caldo de cultivo tan propicio comenzaron a aflorar los peores instintos de la condición humana, las bajas pasiones que bloqueaban cualquier sentimiento de piedad hacia las víctimas. Las normas de convivencia de aquella sociedad, muchas de ellas no escritas, basadas en el respeto a los sentimientos y a las ideas de los otros, se sustituyeron rápidamente por las consignas lanzadas por los asesinos y el grupo que las coreaba. La pertenencia a ese grupo era por el contrario una garantía de seguridad y de ausencia de miedo; estas poderosas «razones» explican, en parte, el rápido crecimiento del número de simpatizantes proetarras.

Si ETA decía que el asesinado era un chivato, nadie del clan lo cuestionaba. Cuantos más crímenes, más miedo entre los ajenos a la secta y mayor cohesión interna de sus miembros. Para completar aquel cuerpo doctrinal era necesario crear un enemigo al que culpar de todos los males sociales, España, contraponiéndolo al mito de un idílico País Vasco independiente.

Esto no fue difícil al principio; todos o casi todos estábamos de acuerdo en considerar a la dictadura franquista como enemiga de las libertades, y en los países democráticos de nuestro entorno se explicó la existencia de la organización como una muestra más de oposición antifranquista. Por las mismas razones, las incipientes estructuras de los partidos de izquierda españoles tampoco hicieron demasiados ascos a ETA en un principio, lo que se evidenció con el asesinato de Carrero Blanco. El propio Santiago Carrillo, y por extensión el Partido Comunista, se refería entonces a la banda como «el Eta» —como si se tratara de un partido político más—, lo que da una idea del desconcierto inicial con que fue recibida la irrupción en el escenario del grupo armado, y del total desconocimiento acerca de sus intenciones y su verdadero carácter (Gregorio Morán, *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España, 1939-1985*, Planeta, 1986, págs. 446-447).

Sí es cierto que fue la definitiva llegada de la democracia la que posibilitó —de manera generosa pero inevitable y hasta necesaria en aquel momento— que una parte importante de la organización, los más «políticos», es decir, los «polimilis», se fueran distanciando del resto, los milis, hasta disolverse e integrarse en la sociedad en el año 1982.

ETA militar, como se llamó entonces, siguió tratando de desestabilizar a la frágil democracia española llegando a asesinar a doscientos ciudadanos en un año y a diecisiete generales del Ejército español, hecho insólito en la historia de cualquier país en ausencia de guerra, lo que tuvo no poca influencia en el intento de golpe de Estado del 23 de febrero de 1981.

* * *

*ETA asesinó a otro vecino nuestro en Oyarzun, al que también recordarás, apellidado Echeverría, el mismo que nos denunció recién llegados a la nueva casa. Cuando el juez acudió a nuestra vivienda para comprobar la denuncia, te vio correteando por los alrededores, tú te quedaste mirándole extrañado. Estabas vestido con una bata y llevabas algún juguete en las manos. Te estoy viendo. El magistrado iba acompañado del secretario del juzgado y de los dos abogados. Te preguntó algo, no recuerdo qué, pero sé que hablaste con él y que al juez le hicieron gracia tus respuestas. Tendrías unos siete años. En las próximas líneas te daré más datos que te ayudarán a recordarlo*.

Pero sigamos adelante con los detalles de las huellas que ETA fue dejando en mi entorno. En aquella época compré dos mil metros cuadrados de terreno a un casero de Oyarzun, pagué a un arquitecto que realizó los planos de mi futura casa y obtuve permiso del Ayuntamiento para construir. Luego contraté a tres albañiles para que levantaran la estructura de la vivienda y el resto lo hice poco a poco yo mismo. El banco me había concedido un pequeño crédito que sirvió para pagar a todos. Con algo de dinero y con mucho esfuerzo acondicioné una casa de trescientos metros cuadrados, sin

lujos, pero en un lugar precioso y con magníficas panorámicas.

Sin embargo, nada es tan fácil como parece a primera vista. El propietario de una finca colindante con el camino a mi casa me denunció alegando que había invadido medio metro de su terreno a lo largo de la carretera arreglada para acceder a nuestra vivienda. Para resolver el asunto sin necesidad de acudir a los tribunales el individuo en cuestión me exigía una cantidad de dinero mayor de lo que me había costado edificarla. Echeverría era propietario de una importante inmobiliaria situada en la plaza de Guipúzcoa de San Sebastián y había recibido aquel terreno hacía poco tiempo como fruto de una herencia. Él era una persona influyente y yo un joven de treinta y pocos años, sin dinero y abrumado por aquella adversidad. Contraté a un abogado, encontré en los archivos planos con las medidas exactas del camino y fuimos a juicio al cabo de varios meses angustiosos. Gané el pleito a aquel hombre poderoso, ambicioso y sin escrúpulos.

De la vida y andanzas de mi denunciante supe que Echeverría había cortejado a la soltera más rica de Oyarzun, cuarenta años mayor que él y gravemente enferma. Un día se presentó en casa de esta señora con un ramo de flores en la mano y acompañado por el cura del pueblo para preguntarle si quería casarse con él. Pese a que sus dolencias le impedían incluso levantarse de la cama el cura afirmó haber oído a la moribunda contestar que sí, con lo que dio por válido el insólito matrimonio. Pocos días después fallecía la recién casada y Echeverría heredaba toda su fortuna, incluyendo, por supuesto, la finca lindante con la carretera de mi casa.

De nada sirvió que los sobrinos de la difunta pleitearan con el desconsolado viudo, que utilizó a su favor el testimonio del sacerdote avalando aquel matrimonio celebrado en el lecho de muerte y que, nunca mejor dicho, fue a misa. Al año de intentar chantajearme fue nombrado a dedo alcalde de Oyarzun. Poco después, la empresa francesa de distribución de alimentos Mamut llegó a un acuerdo con Echeverría para construir en Oyarzun el centro comercial más importante de la época en las proximidades de San Sebastián. Cuando la construcción estaba muy avanzada el alcalde paró las obras con el pretexto de unas supuestas irregularidades. Al parecer, el edil exigió entonces una participación

en la empresa a cambio del reinicio de las obras, aunque lo cierto es que estas permanecieron paradas durante varios meses.

Un día Echeverría apareció muerto junto a la puerta de su casa con un disparo en la cabeza. Su madre, ya mayor, salió a la calle al oír los disparos y encontró a su hijo agonizando, tendido en el suelo junto a un charco de sangre. ETA lo había asesinado. Al poco tiempo se reiniciaron las obras del hipermercado Mamut. Aquello me impresionó y me asqueó profundamente. Nadie lloró esa muerte fuera de las paredes de su casa. La mayoría guardó silencio y algunos justificaron el asesinato. El miedo se había apoderado ya de los guipuzcoanos, obligados a convivir con la dictadura de las pistolas.

Hace unos años me acerqué por allí para observar la que había sido mi casa y me asaltó el recuerdo de mis dos vecinos asesinados. Porque, pese a todas las esperanzas que tengamos puestas en el presente, es importante no olvidar, no permitir que nadie trate ahora de falsear unas verdades de las que muchos hemos sido testigos.

* * *

*Quise mucho a mi padre. Lo supe cuando murió. Tú naciste dos años después de su muerte y desgraciadamente no llegaste a conocerle. Le hubiera gustado hacerte carantoñas, como se las hizo a tu hermana. Era un hombre muy tierno, aunque a mí me reprendía mucho, era el mayor, y, por tanto, responsable de las trastadas de mis hermanos. En aquellos tiempos la educación consistía en reñir, y algunas veces la reprimenda estaba acompañada de un cachete o de un castigo sin salir o sin la paga del domingo.*

*Me gustaría contarte cosas suyas, si quieres y si por fin llega el momento. Aún sigo preguntándome por qué tardé tanto en demostrarle mi afecto, y por qué lo perdí sin haber podido disfrutar más tiempo de él. Ahora solo puedo lamentarlo.*

Un mal día de 1966 recibí la llamada de mi madre desde

Pamplona, comunicándome la muerte de mi padre. Un desdichado accidente de circulación le arrebató la vida siendo aún joven, cuando estaba a punto de cumplir cuarenta y siete años. El impacto fue tremendo, quería mucho a mi padre y necesité largos años para recuperarme de aquella pérdida. Todos los dolores son distintos, aquel fue lento. Lo recordaba constantemente y constantemente sentía la necesidad de estar junto a él, de aprender de él, de volver a admirarle cuando cogía el violín —interpretaba el *Zapateado*, de Sarasate—, la flauta, el piano, la guitarra o el txistu, instrumentos todos que mi padre tocaba de oído gracias a un notable talento natural para la música, que le apasionaba, sobre todo la clásica.

Lógicamente no poseía una gran técnica, pero para mí era el mejor; apreciaba su esfuerzo por aprender en el escaso tiempo que podía dedicar a sus aficiones cuando el duro trabajo de sacar adelante a una familia tan numerosa se lo permitía. Sabía apreciar la belleza y él mismo tenía una buena planta, rubio y con los ojos azules como su padre y sus hermanos. Conservo sus libros y un retrato suyo que pinté varios años después de su muerte, supongo que tratando devolverle a la vida con mis voluntariosos pinceles.

Al morir mi padre, mi madre y todos mis hermanos se trasladaron a San Sebastián desde Pamplona. Se instalaron en un último piso de la avenida de Sancho el Sabio, en Amara, que contaba con una amplísima terraza asomada a una agradable plaza. Esos serían los últimos años felices en familia, cuando todavía hablábamos y reíamos juntos en aquellas tertulias interminables que invariablemente se producían después de alguna celebración familiar. Todavía entonces la ventura o desventura de uno se convertía en el contento o descontento de los demás. Mi hijo, pequeño aún, era el juguete de todos siempre que visitábamos a mi madre. Aprendí a valorar, y a añorar, aquella armonía tiempo más tarde, cuando todo cambió y el infortunio de una de las partes provocaba la alegría de algunos de mis hermanos.

No andábamos escasos de imaginación, así que a uno de nosotros se le ocurrió la —peregrina— idea de construir una embarcación. Entusiasmados con la ocurrencia nos pusimos de inmediato manos a la obra, sin arredrarnos ante los problemas que surgían a cada paso y que resolvíamos conforme se presentaban:

convertir la terraza de un noveno piso distante más de mil metros del mar en un improvisado astillero puede parecerle una temeridad a cualquiera; a nosotros, no. De modo que nos pusimos en marcha.

Cada uno dedicaba al proyecto el tiempo y la energía que buenamente podía. Uno consiguió los recortes de madera sobrantes de una carpintería; otro, la cola; otro dibujó los bocetos, y cada uno aportó las herramientas que tenía en casa. En el puerto comprobamos las medidas de algunos modelos de embarcaciones y decidimos que la nuestra tendría seis metros de largo por un metro y veinte centímetros de ancho y setenta centímetros de altura. Calculamos también que podrían navegar en ella varias personas con un peso máximo de doscientos kilos, con el que la nave se hundiría en el agua menos de diez centímetros.

Empezamos construyendo el esqueleto con los listones más gruesos; luego, lo fuimos cubriendo con tablas más finas y flexibles: medíamos, hacíamos marcas en la madera, cortábamos, encolábamos o clavábamos. Así hasta terminar. Calafateamos el interior y pintamos el exterior. En dos meses la flamante barca estaba lista. Tenía un aspecto un tanto peculiar, y desde luego se parecía bastante poco a cualquiera de las embarcaciones que veíamos en el puerto, pero eso era para nosotros lo de menos.

Y llegó el momento más complicado, y surrealista, del asunto: bajarla hasta la calle desde el último piso del edificio. Utilizamos para ello dos cuerdas, una gruesa para soportar el peso durante el descenso y otra fina para alejarla de la pared del edificio. A las doce de la noche dos hermanos estaban en la calle y el resto sujetábamos la cuerda que lentamente hacía descender la embarcación, apoyada y enroscada en la barandilla de la terraza. Por increíble que parezca, todo salió bien. Montamos la barca en un carro especial y esa misma noche estaba en el Cantábrico, amarrada junto a las demás embarcaciones del puerto donostiarra.

A la mañana siguiente mi madre se encontró en la calle con una vecina que le comentó asombrada: «No sé qué me ha pasado pero esta noche he soñado que veía una barca pasar por delante de mi ventana. Era tan real que me he incorporado en la cama y, restregándome los ojos, he vuelto a mirar por si no se trataba de un sueño; luego la visión ha desaparecido y he seguido durmiendo.

Cuando ceno fuerte suelo soñar, y por lo visto ayer me pasé». Mi madre la escuchó aparentando sorpresa y, aunque podría haber interpretado ese «sueño» con mayor realismo, prudentemente se calló. Sabía que la realidad hubiera sido más difícil de explicar y de creer que la pesadilla de su amable vecina.

Ese verano la familia dispuso de una embarcación muy especial con la que ir de excursión a la isla o a navegar por la bahía de la Concha.

Yo fui varias veces con mi hijo, que era todavía muy pequeño. El chiquillo disfrutaba mirando y saludando con su manita a los tripulantes de las otras embarcaciones que pasaban a nuestro lado y se quedaban boquiabiertos ante las especiales características de aquella embarcación de la que nosotros estábamos, sin embargo, muy orgullosos, sabedores de que ninguno de aquellos mirones habría siquiera intentado construir nada parecido.

Pero, en fin, como ingenieros navales no éramos, ocurrió que un día se formó una vía de agua que obligó a calafatearla de nuevo con estopa y brea para tapar la inoportuna grieta y, con el verano a punto ya de finalizar, la vía se reprodujo cuando cuatro de mis hermanos, sin tener en cuenta el exceso de peso, regresaban remando desde la isla de Santa Clara al puerto. Ante la imposibilidad de contener o achicar la entrada de agua aceleraron la marcha, de modo que al embocar la bocana del puerto tuvieron que ponerse en pie sobre la anegada embarcación. Los que lo vieron desde el muelle no salían de su asombro al contemplar a unos jóvenes que entraban en el puerto caminando prodigiosamente sobre las aguas, como si se tratara del lago Tiberíades. Solo que esta vez el milagro tenía su explicación, oculta bajo la superficie del mar.

Me parece estar viendo a mi hijo disfrutar de aquellos paseos por el ancho mar. Era muy pequeño, tenía solo cuatro años, y es posible que él no los recuerde. La bahía de la Concha parecía mucho más grande vista desde aquella embarcación que desde el paseo marítimo que la rodea.

Algunas veces entraba en la barca algo de agua, y cuando yo remaba, él se encargaba de sacarla con un cubo de playa, o hacía como que la sacaba. Los dos vestíamos traje de baño y los dos

tomábamos el sol en nuestros pequeños trayectos por aquellas aguas quietas, poniéndonos primero rojos y luego morenos. Como todavía no sabía nadar —aprendió después— llevaba un flotador de plástico sujeto en la cintura. Todo aquello era una novedad, supongo que por eso le gustaba, por eso y porque venía solo, sin sus hermanos, con lo que disfrutaba del privilegio de mis atenciones. Aunque también le regañaba si se acercaba a un peligro o si no me hacía caso, reprimendas disuasorias que terminaban en cuanto se alejaba del riesgo. En una ocasión, siendo ya algo mayor, le reprendí levantándole la voz: lloró mucho y no le consolé. He olvidado el motivo de esa reprimenda, pero sí recuerdo que al cabo del tiempo pensé que quizá me guardaría rencor.

* * *

La noche del 17 de mayo de 1980 un estruendo en la puerta de la casa despertó a mi madre y a mis hermanos pequeños. Mi madre, asustada, se puso la bata y se dirigió a la entrada: «¡Abran, es la Guardia Civil!». Al abrir la puerta varios guardias con cascos y metralletas se distribuyeron rápidamente por toda la vivienda. Mi hermano Josu saltó enseguida por el balcón a una huerta colindante y desapareció en la oscuridad. A mi hermano Vicente no le dio tiempo de huir. Lo detuvieron mientras lo intentaba. Los hermanos más pequeños estaban aturdidos y mi madre lloraba mientras preguntaba a los guardias por qué se llevaban a Vicente.

Estuvieron varias horas registrándolo todo sin encontrar nada de lo que por lo visto buscaban. Cuando se fueron, mi madre corrió al teléfono para llamarme. Yo no entendía nada, estaba medio dormido, no podía creerlo: ¿Mis dos hermanos eran de ETA? Acudí rápido a su domicilio. Hacía diez años que ella y mis hermanos residían en una vivienda con jardín del barrio de Martutene de San Sebastián. Una vez allí les tranquilicé lo mejor que pude y me puse a la tarea de averiguar dónde se encontraba detenido mi hermano.

Los guardias habían preguntado a mi madre por el paradero de

mi otro hermano, que había huido durante la detención, y le confirmaron la acusación de pertenencia a ETA. Yo era entonces diputado de la Diputación Foral de Guipúzcoa. Poco podía hacer, pero lo intenté. En la comandancia de la Guardia Civil de Intxaurrondo se me informó de que no sabían nada. O eso me dijeron. Pregunté en la comisaría de Policía: esa noche no habían efectuado ninguna detención. No podía entender lo que estaba ocurriendo.

Volví a casa de mi madre. Nadie pudo dormir esa noche, la pasamos haciendo cábalas y pensando qué debíamos hacer cuando amaneciera. En ese momento no tenía tiempo para pararme a reflexionar sobre cómo era posible que dos de mis hermanos pertenecieran a una organización terrorista. Me sentía confuso, incrédulo, perplejo, sin saber exactamente qué pensar. Pasaron varios días hasta que se nos informó de que Vicente se encontraba incomunicado en el cuartel de la Guardia Civil de Pamplona y nos pidieron que le lleváramos ropa limpia porque iba a ser trasladado a la Audiencia Nacional.

*Tenías doce años y vivíamos en el paseo de Colón de Irún. La detención de mi hermano tuvo que impactarte. Tu madre y yo estábamos a punto de separarnos y supongo que por aquella época serías testigo de momentos de tensión en nuestra familia. La detención de Vicente fue un golpe muy duro para mí. Tenía una relación muy especial con él, siempre me consideró como el sustituto del padre que perdió siendo muy joven; por esa razón los sucesos que relato a continuación me afectaron profundamente, aturdido como estaba al saber que pertenecía a ETA, la de los «polimilis».*

Entonces empezamos a vislumbrar lo que estaba ocurriendo. La ropa interior que nos devolvieron en una bolsa de plástico negra estaba ensangrentada y los pantalones tenían también manchas de sangre. Entre la ropa encontramos restos de cabellos. Todo hacía suponer que había sido maltratado, teníamos las evidencias en nuestras manos. Me indigné, todos lo estábamos. Mi madre estaba triste y preocupada. Aunque no sabíamos nada con certeza, sufríamos imaginándonos lo peor y tampoco sabíamos de qué se le

acusaba.

¿Habría participado en algún asesinato? No era posible, Vicente no podría hacer algo así. Cuando desconoces qué está pasando y dejas a la imaginación libre para anticiparse a los acontecimientos se te ocurren las peores atrocidades. Pero estaba claro que los guardias que tenían detenido a mi hermano estaban obligados a garantizar su integridad, como las leyes de un Estado de derecho exigían, y que en ningún caso, salvo el de legítima defensa, debían realizar actos que los equipararan de ninguna manera con el modo de actuar de aquellos a los que legítimamente combatían.

Me dije que debía hacer algo y envié una nota a los medios de comunicación en la que censuraba al delegado del Gobierno de Navarra por las presuntas torturas sufridas por mi hermano, Vicente Goñi Tirapu, en el cuartel de Pamplona y le comunicaba que acudiríamos a los tribunales. Esta vez las denuncias no provenían, como era usual, de proetarras interesados en aparecer como víctimas ante cualquier detención. Yo no era ni simpatizante de la llamada, mal llamada, izquierda *abertzale*, ni nacionalista. Pero estaba horrorizado ante la sospecha de que miembros de la Guardia Civil pudieran cometer delitos para acabar con los delitos de ETA.

Aquella denuncia pública tuvo una obligada respuesta, poco convincente, y sin duda sirvió para evitar que siguieran maltratando a mi hermano. Esto no impidió que, cuando al fin pude visitarle en la cárcel, le reprendiera por su insensatez. Reconoció su pertenencia a ETA político militar y me aseguró que nunca había participado en asesinatos ni en colocación de bombas, y que las únicas acciones en las que tomó parte fueron un intento de atraco a una sucursal bancaria de Villabona y la difusión de un comunicado por la megafonía del campo de fútbol del Osasuna mientras se celebraba un partido.

En el atraco frustrado de Villabona no obtuvieron ningún botín porque los «milis» habían atracado la misma sucursal bancaria una hora antes y no habían dejado ni una sola peseta en la caja; una situación más digna de una escena de Berlanga que de otra cosa. Luego comprobé que esa sufrida sucursal tenía el récord de atracos debido a la falta de medidas de seguridad adecuadas.

En cuanto a la cinta reivindicativa que se escuchó en el campo

de fútbol se pedía en ella el voto favorable en el referéndum de la Constitución, algo insólito por cuanto los partidos nacionalistas recomendaban la abstención y HB el voto en contra. Me contó que le aplicaron la tortura del quirófano, consistente en atar a la víctima a una camilla golpeándole en los genitales. El dolor era tan insoportable que acabó diciendo lo que aquellos guardias convertidos en verdugos querían escuchar; además, recibió golpes por todo el cuerpo y le arrancaron mechones de pelo de la barba y de la cabeza, produciéndole calvas que yo mismo pude contemplar, y que se mantenían varias semanas después.

No podía afirmarlo, pero sospeché que la prolongación del tiempo de incomunicación en las detenciones de presuntos terroristas sirvió en algunos casos para que las huellas dejadas por las torturas desaparecieran y desde luego sentí, y siento, parecido rechazo ante la tortura que ante cualquier acto terrorista.

Ciertamente, los métodos de investigación que entonces se utilizaban eran manifiestamente mejorables: cuando en alguna localidad se producía un atentado las fuerzas de seguridad solían practicar detenciones más o menos indiscriminadas que solo lograban alentar el victimismo y atraer más simpatizantes a la organización terrorista. Algunos policías, sin duda muy mal dirigidos, parecían incapaces de investigar los crímenes y atentados sin recurrir a atajos delictivos que alimentaban lo que los proetarras denominaron acción-reacción-acción. Similares consecuencias se produjeron con la aparición de grupos terroristas como el Batallón Vasco Español, los Guerrilleros de Cristo Rey, la Triple A o el Gal, todos ellos con iguales procedencias e idénticos y deplorables métodos.

Una de las medidas con las que se evitaron las torturas en mi época como gobernador fue obligar a los mandos policiales a presentarme las pruebas de que disponían antes de proceder a cualquier detención. Si los indicios no parecían suficientes para que el juez pudiera condenar al detenido, debían seguir investigando hasta lograrlos. De esa forma las pruebas se obtenían antes de la detención, no después.

Ricardo Magallón, José Antonio Gurruchaga, Vicente Goñi y José María Zabaleta, todos presuntos miembros de ETA político

militar, detenidos a los pocos días del asesinato de dos guardias civiles en Goizueta, Navarra, por un comando de ETA militar, y que, por tanto, nada tuvieron que ver con estos crímenes, presentaron en el Juzgado de Instrucción Central Número 1 de Madrid, así como en el juzgado de Pamplona, denuncias contra los servicios de la Guardia Civil por supuestos malos tratos durante su estancia en la 521 comandancia de la Guardia Civil de Pamplona.

Las denuncias se entregaron igualmente ante las comisiones de derechos humanos del Congreso, Parlamentos vasco y navarro, así como en el Consejo de Europa. Celebrado el juicio el fiscal solicitó para los guardias civiles una pena de seis meses de arresto mayor y seis meses de suspensión de empleo. En diciembre de 1986 la Audiencia Provincial de Pamplona los absolvió. La sentencia reconoce, sin embargo, que «no se escapa a la sala la existencia de malos tratos o torturas que no dejan huella por lo que genera serias dificultades para probar estos delitos». Lo que cuenta para esta historia es que no se pudieron probar judicialmente las torturas denunciadas por mi hermano y sus compañeros, por lo que la verdad jurídica es la que vale. Como suele decirse en estos casos, se acata la sentencia aunque no se comparte.

Mi otro hermano, Josu, que había huido saltando del balcón a la huerta, permaneció escondido durante veinte días en las ruinas del fuerte de San Marcos, en Rentería. Logró cruzar a Francia, desde donde voló a Venezuela, y pasó dos años recorriendo diversos países de América del Sur mientras los «polimilis» negociaban con el Gobierno de la UCD su disolución, la entrega de las armas y la salida de sus presos de las cárceles. Tampoco Josu tenía delitos de sangre.

* * *

¿Pero por qué mis dos hermanos se habían integrado en una organización terrorista? Tenían trece y quince años cuando la familia entera se trasladó a vivir a San Sebastián, eran demasiado

jóvenes para estar ya contaminados. Tras hablar con ellos llegué a la conclusión de que fue el envenenado ambiente social imperante en el barrio de Martutene y en los municipios cercanos, donde crecieron e hicieron sus amistades, lo que determinó su reclutamiento por la banda terrorista. No podemos olvidar que ha sido precisamente Guipúzcoa la provincia en la que el *abertzalismo* radical ha tenido una mayor presencia, y consiguientemente constituyó también la mayor «cantera» de la banda. La hermosa Guipúzcoa se había convertido en vivero de ETA.

*Date cuenta, hijo, de lo que supusieron para mí aquellos acontecimientos. Qué difícil fue aceptar lo que estaba ocurriendo en la familia. Mis hermanos eran ya mayores, tenían veintiséis y veintiocho años, eran responsables de sus actos, sabían lo que hacían. Pertenecer a ETA no era una aventura más, significaba entrar en un túnel oscuro y de final desconocido, un túnel del ya no era posible salir sino para ir a la cárcel.*

*Afortunadamente, mis hermanos no habían matado, pero estaban cerca de los que lo hacían. Matar la primera vez debe ser muy difícil, pero una vez dado el macabro paso desaparecen los temores del principio y termina convirtiéndose en un oficio. Lo comprobé siendo gobernador, cuando observé de cerca la deshumanización de los asesinos, que justificaban sus crímenes con frases huecas y sin sentido. Les había sido extirpada la piedad.*

*Eran incapaces de reconocer el mal causado sencillamente porque, a imitación de los nazis, no reconocían la humanidad de las víctimas. Y, por otro lado, no puedes imaginarte lo duro que fue también conocer de cerca el significado de la palabra tortura. Esos vínculos de los que te he hablado hicieron acto de presencia y el impulso de ayudar a Vicente fue para mí superior a cualquier otra consideración.*

Veía cómo mi familia comenzaba a resquebrajarse. Los que nada teníamos que ver con las proclamas nacionalistas, y mucho menos con aquel delirio generador de terror, nos veíamos abocados a convivir con los que participaban o simpatizaban con él, o al menos no lo rechazaban. Pese a todo, nuestros lazos eran aún más fuertes que cualquier desacuerdo y siguieron uniéndonos en la adversidad.

Las probables torturas a uno de los nuestros fueron un motivo de cohesión. Algunos de nosotros sufríamos por los asesinatos de los dos guardias civiles de Goizueta y simultáneamente nos angustiaban las probables torturas a nuestro hermano, supuestamente producidas precisamente por los compañeros de los guardias asesinados. Los sentimientos provocados por aquellos dos acontecimientos contradictorios no eran racionales, ninguna emoción lo es y, sin embargo, debíamos conciliarlos.

El dolor producido por una catástrofe natural, un accidente o una guerra se sufre, claro está, por los directamente afectados, pero se comparte con todos aquellos que se solidarizan con ellos. Esa socialización del dolor ayuda a mitigar los efectos destructores de cada trauma individual: hablando y siendo escuchado, compartiendo afecto, identificando el sufrimiento propio con el ajeno, ayudando y siendo ayudado en los pequeños detalles. Pero cuando, además de atormentado estás, o te sientes, solo, el desconsuelo tiene efectos perversos; parte de nuestra familia pertenecía ya al colectivo de las víctimas solitarias.

No éramos considerados socialmente entre los que se rebelaban contra ETA, porque al fin y al cabo teníamos hermanos en la organización terrorista. Tampoco éramos aceptados, ni lo deseábamos, por quienes se dedicaban a denunciar torturas y callaban ante los crímenes o jaleaban a los asesinos.

* * *

En esta fotografía aparecemos los dos solos. Tengo un cigarro en la mano, recuerdo de los pocos años en los que fumé. Al dorso puede leerse la fecha de su cumpleaños: ya era mayor de edad. Los dos estamos sonrientes, relajados, ignorantes del poco tiempo que nos quedaba para compartir cercanía; se nos nota tranquilos, sin prisas.

Está guapo, lleva una camisa de cuadros azules, luce un pelo abundante, dientes perfectos y una incipiente perilla que le imprime un aspecto moderno y juvenil. La vida está hecha de instantes como

el reflejado en esta instantánea, momentos que agrupados unos con otros nos recuerdan un pasado que ya solo existe en nuestra memoria. Es por eso por lo que esta foto sigue llena de vida, de afecto mutuo y de alegría compartida. Pero de inmediato la mente me traiciona evocando los momentos amargos que estaban a punto de producirse. Y no puedo evitar que, al mirarla una y otra vez, se me empañen los ojos.

* * *

Tras la muerte de Franco y el fin de su interminable dictadura sentí la necesidad de arrimar el hombro en la transformación del país. Era difícil no entusiasmarse con un futuro que parecía esperanzador, y yo lo hice; me afilié al partido con el que me sentía más identificado, el Partido Socialista de Euskadi.

Representando a ese partido fui concejal del Ayuntamiento de Irún; la primera corporación democrática de España tras la estampida de la anterior —franquista—, que nos pasó el testigo tras sufrir varios de sus miembros el zarpazo de la banda terrorista, que asesinó a alguno de ellos. Esa era la bárbara manera con la que ETA pretendía propiciar la transición. Esto no constituyó, sin embargo, ningún problema para algunos alcaldes, que pasaron sin solución de continuidad, y sin ningún reproche social, de serlo de la dictadura a desempeñar sus cargos como los más convencidos nacionalistas del PNV e incluso de Batasuna. Con la mayor desvergüenza y sin rubor alguno. Pero las hemerotecas no mienten, y muchos de ellos quedaron inmortalizados en el archivo fotográfico del diario *La Voz de España*, que gestioné más tarde, mientras saludaban brazo en alto al caudillo cuando este visitaba San Sebastián.

En las primeras elecciones municipales, las celebradas en marzo del 79, fui elegido concejal de Irún y diputado provincial de la Diputación Foral de Guipúzcoa. El gobierno de Felipe González me nombró luego director general de la Tercera Edad del Inserso —ahora Imserso—; director general de Bienestar Social de la

Comunidad de Madrid, y, por último, gobernador civil de Guipúzcoa.

* * *

Creo que fue la intensa dedicación a la política uno de los factores determinantes en el deterioro de mi primer matrimonio, aunque puede también que fuera precisamente el desamor el responsable de que me volcara, por así decirlo, más en los de fuera que en los de dentro. Lo cierto es que no puedo —ni creo que se pueda— poner fecha al primer día en que noté los síntomas iniciales de aquel desgaste: cada instante fue muy parecido al anterior, mis rechazos o aceptaciones evolucionaron lenta pero inevitablemente y el amor de los primeros tiempos se desvaneció para siempre.

Y quedó lo único que permanece tras el naufragio, el amor a los hijos, que no depende de la abundancia de hormonas ni de factores externos. Un amor y un apego grabados en el código genético de todas las especies animales, garantía de la supervivencia de los seres vivos y arraigado como ningún otro afecto. Cuando uno de los padres abandona a su hijo traiciona esa ley universal, y podría afirmarse que merece el castigo que la vida le exija por ello. El no dejar de convivir junto a los hijos suele ser uno de los motivos aducidos por quienes prefieren «aguantar» un matrimonio sin amor, precisamente la misma razón que hace que otros se separen para impedir que los hijos queden marcados por las desavenencias de los padres; en nuestro caso optamos por lo segundo.

Aunque en estas cosas nunca se sabe, y hay tantas excepciones a estos razonamientos y tantas explicaciones diferentes, e incluso contradictorias, a los problemas de la convivencia, que desde la invención de la escritura siguen narrándose miles de historias distintas de amores y desamores, y todas ellas contienen algo de verdad.

Decidimos separarnos. Las tensiones propias de la ruptura dejaron seguramente en mi hijo, que iniciaba entonces su etapa

adolescente, traumas duraderos. No resultó fácil pasar página y olvidar aquel proceso, pero lo hice, y no he vuelto a desempolvar recuerdos de lo sucedido hace más de treinta años, ni a reabrir heridas hace largo tiempo cicatrizadas.

No sé a ciencia cierta en qué medida afectó a mi hijo aquella separación, pero sí sentí que esa circunstancia le separó algo de mí.

*Seguro que recordarás, seguramente mejor que yo mismo, cómo fue nuestra separación, o al menos lo harás desde otra perspectiva. Nos separamos una vez constatado que aquello no tenía arreglo, que la convivencia se había roto para siempre y que tratar de seguir con ella hubiera sido contraproducente.*

*Sé que te afectó. Muchas veces he pensado que esa ruptura influyó en lo que te ocurrió después, y ese pensamiento se adueña de mí y me hace sentirme culpable. He llegado incluso a creer que deseabas hacerme sufrir, darme donde más podía dolerme para compensar la balanza de tu sufrimiento.*

*Durante mucho tiempo trabajé fuera, y solo volvía a casa el fin de semana, en consecuencia apenas nos veíamos. Cuando me dediqué a la política pasábamos más tiempo juntos, pero eso duró poco. Vino la separación, y el divorcio posterior, y pasamos a vernos un día a la semana, quince días en verano y algunos más en Navidad.*

*Aprendimos a convivir de una manera distinta, creo que más relajada, aunque realmente no sé cómo te sentías tú. Venías con todos tus hermanos y, por tanto, nos relacionábamos en grupo y pasábamos poco tiempo a solas. Pero yo estaba más relajado, y tuviste que notarlo.*

Liberarse de un pasado infeliz alivia. Empecé a vivir de nuevo y a gozar de una agradable sensación de libertad, si bien hube de aprender a desprenderme del incómodo sentimiento de culpa, y a persuadirme de que, aun conociendo mis responsabilidades, no podía ser el culpable de todos los acontecimientos no deseados que se producían en mi entorno. Podía regresar a mi nueva casa después de dar un paseo sin tener que justificarme, estar con mis hijos todos los fines de semana en un ambiente relajado, contemplar un paisaje y disfrutar del silencio. Resumiendo, aprendí a ser más feliz.

Poco a poco, la política fue absorbiendo mi tiempo de ocio para

acabar invadiendo el de mi trabajo que, como ya he relatado, consistía en diseñar instalaciones automáticas complejas para la industria de la zona. Por entonces tenía una pequeña empresa de ingeniería, y organizaba mi tiempo lo mejor que podía de acuerdo con los compromisos con los clientes y las obligaciones políticas, hasta que sin darme cuenta terminé entregado en cuerpo y alma al apasionante mundo de lo público en aquellos momentos irrepetibles.

Asistía al nacimiento de nuestra recién estrenada democracia, frágil y necesitada de grandes esfuerzos individuales y colectivos para lograr asentarla. Estaba todo por hacer en una sociedad deseosa de participar en la renovación de las instituciones y las normas con el concurso de todos. La mayoría de nosotros éramos autodidactas en la práctica de la política, demonizada durante cuarenta años de dictadura, de modo que carecíamos de experiencia en la administración de lo público, carencia que suplíamos con nuestra ilusión y una entrega incondicional.

La mayoría de los que habían colaborado con el régimen en el País Vasco desaparecieron sin dejar rastro, con la excepción ya mencionada de los que no tuvieron ninguna vergüenza en cambiarse de chaqueta en el cortísimo espacio del entreacto, entre la escena en la que se representaban las adhesiones públicas e inquebrantables al caudillo y la escena siguiente, en la que esos mismos individuos aparecían entremezclados con multitud de nuevos actores que aplaudían entusiastas la llegada de la tan esperada democracia.

El público que asistió en directo a aquella representación histórica apenas cayó en la cuenta de la impostura, absorto como estaba por las emociones del momento y confundido por la magistral actuación de los desvergonzados. Uno de los más extraordinarios actores de aquella comedia fue un señor apellidado Elcoro, que en ambas escenas representó el papel de alcalde de Vergara.

Ya en el primer acto de la obra lo bordó: en las sucesivas visitas de Franco a San Sebastián se colocaba entre sus más enfervorizados partidarios, hasta que el generalísimo se fijó en él y preguntó: «¿Quién es ese?». Era ni más ni menos que descendiente directo de

aquellos bravos carlistas que le ayudaron a ganar la «gloriosa cruzada». Elcoro se sintió en el cielo. Al menos así lo parece en las fotografías que inmortalizan al joven alcalde de Vergara mientras disfruta de esos sublimes momentos.

En el entreacto tuvo que darse mucha prisa para hacer la metamorfosis y deshacerse de aquellos impolutos uniformes con los que hacía los honores al antiguo régimen, así que modificó rápidamente su aspecto dándole un sabor más euskaldún y «jatorra», cambió a la velocidad del rayo los nombres de algunas calles, adquirió varias ikurriñas —la de la fachada del Ayuntamiento, la de su despacho, la del salón de plenos y la que colgaría del balcón de su casa en los momentos más significativos— y se apresuró a hacer desaparecer las banderas españolas sustituidas.

Tuvo, eso sí, que adquirir ropa distinta, más acorde con los nuevos tiempos: camisas a cuadros con los colores de la ikurriña, pantalones vaqueros, enormes *txapelas*, amplios chaquetones azul oscuro, jerséis de punto grueso, etc.; pero no importaba, cualquier sacrificio merecía la pena por la causa, y en cualquier caso se quedaba pequeño ante la feliz perspectiva de la recompensa que con seguridad iba a obtener. Y aunque pueda parecer que aquel trasiego le llevaría mucho tiempo, la verdad es que lo hizo muy rápido, no podía llegar tarde al segundo acto.

Los pocos espectadores que percibieron el asombroso cambio no se atrevieron a reprochárselo. Siempre le habían temido, y más que iban a temerle en los nuevos tiempos que se avecinaban si consideramos que, por arte de birlibirloque, nos encontrábamos ya ante uno de los más importantes dirigentes de HB de la época. Y el de Elcoro es solo un ejemplo.

* * *

*Solía llevaros a comer a Fuenterrabía; luego, si el tiempo era bueno, paseábamos por la playa mientras charlábamos. Os preguntaba por los*

*pequeños detalles del día a día, por vuestros estudios, por el resultado de tus partidos de fútbol —eras un buen delantero—.*

*Recordarás también los días de verano en las frescas llanuras de la sierra de Urbasa, corriendo detrás de los caballos salvajes que a veces se dejaban acariciar las crines marrones, casi rojizas, o visitando la cueva de Larraona, aquellas salas de techos altísimos sostenidos por espectaculares columnas de estalactitas y estalagmitas.*

*Caminábamos despacio y cogidos de la mano para no resbalar mientras iluminábamos con linternas aquellos espacios imponentes. Quedamos impresionados cuando, al enfocar con la linterna hacia el suelo que descendía formando un valle bastante profundo, observamos, gracias a una gota caída del techo, que estábamos ante una extensión de agua cristalina, tan transparente que no habíamos sido capaces de distinguir la superficie cuando se encontraba en reposo.*

Aquellas rápidas trasformaciones sociales sirvieron también para resaltar y poner en valor la cultura autóctona, rescatando del olvido tradiciones antiguas y creando algunas inéditas con cierto sabor añejo. La *txalaparta* es un buen ejemplo en lo musical de estas innovaciones, como si los sonidos producidos por el instrumento, resultado de golpear diversas maderas entre sí, le dieran un sabor arcaico por más que su invención sea reciente.

Este afán de exaltación del puro y simple aldeanismo contraponiéndolo a lo urbano y moderno introdujo en las relaciones sociales más cotidianas algunos elementos ciertamente inquietantes. Repentinamente, hablar con dificultad la lengua española pasó de ser motivo de chanza en el pasado reciente a considerarse un signo de distinción, y el desprecio y la aversión paleta por todo lo español un signo de patriotismo irredento. Por supuesto, la obediencia a las normas no escritas del *abertzalismo* aconsejaba evitar cualquier crítica al discurso ultranacionalista, que tanto nos recordaba, con solo cambiar el sujeto, al mantenido por el régimen anterior.

En las conversaciones se hablaba forzosamente mal de la Policía, de los controles de aquel día en la carretera, de las metralletas que llevaban o de cómo a fulano le habían registrado. Y a mayor beligerancia en el odio a lo español mayores posibilidades de convertirse en líder indiscutible del grupo o círculo del que se

formara parte, círculos que se han mantenido, y creo que aún se mantienen, cerrados a cualquier influencia externa que no participe del ideario *abertzale*, lo que hace muy difícil su evolución.

*Me imagino que estas consideraciones te parecerán desacertadas y me temo que, por más que lo intentáramos, no nos pondríamos nunca de acuerdo. Pero por encima de todo ello, de las enormes diferencias que nos separan, está mi deseo de volver a verte y de estar contigo, y eso quiere decir que te necesito mucho más de lo que imaginas. Los hijos necesitáis de los padres en la misma medida en que los padres necesitamos de los hijos; es ley de vida, y así será siempre*.

Algo similar les ocurrió a mis dos hermanos, que fueron aleccionados a partir de su círculo de amigos y acabaron enrolados en ETA político militar, aunque, una vez disuelta esta, ambos se reintegraron a la vida civil. Imagino que mi hijo, al ir creciendo, pudo seguir un camino parecido.

*¿Recuerdas las Navidades del 83, las que pasaste conmigo en Madrid? Era entonces director de la Tercera Edad del Inserso y vivía en una modesta vivienda de alquiler en la calle Villaamil. Nos fabricamos una especie de dentaduras utilizando cáscaras de naranjas y nos reímos mucho con aquello*.

*Creo que os contaría anécdotas de mis viajes, pero no lo recuerdo. Tenías quince años. Visitamos el Parque de Atracciones, el Retiro, la Casa de Campo, y os llevé a mi despacho, desde el que se veía el estadio del Real Madrid. Cuántas ganas teníais de mí, y yo de vosotros*.

Con la llegada de la democracia, los «polimilis» abrieron un debate interno acerca de su disolución e iniciaron negociaciones con el Gobierno de Adolfo Suárez para sondear las condiciones de su rendición. Fueron alternándose periodos de tregua en las acciones terroristas con otros de violentos atentados con los que pretendían forzar las condiciones de salida de sus presos de las cárceles.

Mi hermano Vicente fue detenido durante una de esas treguas, delatado precisamente por un miembro de la ETA antagonista, la de los «milis». Permaneció en prisión preventiva cinco meses mientras

sus jefes seguían negociando con el Gobierno, y salió de la cárcel en octubre de 1980, sin que se celebrara juicio alguno y después de pasar por las prisiones de Carabanchel y Logroño.

A finales de marzo de ese año, la policía había desarticulado la mayor parte de la infraestructura con la que contaban en España y detenido a dieciséis miembros de los distintos comandos, entre los que se encontraban Arnaldo Otegui y el resto del grupo responsable del secuestro del dirigente de UCD Javier Rupérez, quien sería puesto en libertad en noviembre de 1979, aparentemente sin ninguna contrapartida.

Veinte años más tarde el teniente general Sáenz de Santamaría reconocería que Rupérez fue liberado a cambio ni más ni menos que de doscientos millones de pesetas de la época, dinero que se pagó con fondos gubernamentales. Los dos últimos asesinatos cometidos por los «polimilis» fueron los de los dirigentes vascos de UCD José Ignacio Ustáran y Juan de Dios Doval, lo que contribuyó aún más a aterrorizar y a mermar las filas de los muy desprotegidos y muy sufridos militantes del partido del Gobierno en el País Vasco.

Jaime Mayor Oreja, que coincidió conmigo como diputado provincial en la Diputación de Guipúzcoa, declaró: «Nos están cazando como a conejos», y llevaba toda la razón. Como dato adicional, en enero de 1981 había en las cárceles españolas setenta presos y veinte terroristas más en activo, todos pertenecientes a los «polimilis».

Durante ese año, ETA pm realizaría varios secuestros destinados a obtener fondos antes de su disolución, como el de Luis Suñer, una de la grandes fortunas españolas y de los mayores contribuyentes al fisco, y los cónsules de Austria y El Salvador en Bilbao. El 29 de febrero los cónsules fueron liberados y ETA pm declaró un alto el fuego sin condiciones.

Seis días antes se había producido el intento de golpe de Estado. Parece que los dirigentes de los «polimilis» fueron conscientes del peligro real de involución en la joven democracia española. Como resultado de todo el proceso el 30 de septiembre de 1982 fue anunciada ante los medios de comunicación, esta vez sin capuchas, el final de ETA político militar y la consiguiente reinserción de sus miembros, reciclados luego políticamente en Euskadiko Ezkerra,

formación que se integraría posteriormente en el Partido Socialista. Algunos de ellos, entre los que se encontraba Arnaldo Otegui, decidieron seguir en ETA.

Mi hermano Vicente me contó un día que, pasado un tiempo tras la disolución, se encontró con un antiguo jefe suyo de ETA en la Parte Vieja de San Sebastián.

VICENTE.—¿Cómo te va?

JEFE.—No me puedo quejar. ¿Y a ti?

VICENTE.—Pues yo sí.

JEFE.—¿Qué te pasa?

VICENTE.—¿Que qué me pasa? Que estoy harto de vosotros.

JEFE.—¿Por qué?

VICENTE.—Porque habéis dejado tirada a montón de gente.

JEFE.—Habla claro.

VICENTE.—Entre unos pocos os habéis repartido un montón de millones mientras hay muchos que no tienen qué llevarse a la boca. ¿O crees que es fácil encontrar trabajo? Todo el mundo sabe que hemos sido de ETA.

JEFE.—Estas diciendo chorradas. Aquí nadie se ha llevado un duro.

Vicente fue encendiéndose cada vez más y comenzó a levantar la voz.

VICENTE.—¿Pero tú crees que somos tontos? ¿Cuántos millones vale montar una cafetería o hacer una película?

JEFE.—Me estas jodiendo, chaval.

VICENTE.—¿Qué te has creído, que puedes hablarme como si no nos conociéramos? Aquí nos conocemos todos. Mientras tú estabas tan tranquilo en Francia, nosotros nos escondíamos pasando miserias, o éramos torturados en las comisarías. ¿Dónde están los millones de los últimos secuestros?

Su antiguo jefe etarra se dio media vuelta y dejó a Vicente con la palabra en la boca. Nunca más volvieron a verse. Al año siguiente, mi hermano Josu regresó de Sudamérica y se reinsertó en la sociedad. Ninguno de los dos volvió a pertenecer a ningún partido nacionalista ni *abertzale*.

*Creo que habrás reconocido al dirigente «polimili» al que me refiero en la anécdota anterior, que fue muy comentada en casa de mi madre. Se trataba de Mario Onaindía. Recordarás también que se dedicó a la política como dirigente de Euskadiko Ezkerra y más tarde del Partido Socialista de Euskadi. Al igual que mis dos hermanos, la mayoría de los «expolimilis» abandonaron poco a poco el ideario nacionalista y se reinsertaron felizmente en la sociedad vasca. Desgraciadamente, tanto Onaindía como Vicente fallecieron sin haber tenido la oportunidad de resolver sus rencillas*.

ETA militar ha ido endureciendo progresivamente el control de sus militantes. Los encarcelados estaban, y están, sometidos a la autoridad del responsable de *makos* —cárceles—. Hasta ahora todos los sucesivos Gobiernos españoles se han mostrado más o menos indulgentes con aquellos terroristas que desearan reinsertarse, siempre que firmaran un documento en el que mostraran su arrepentimiento y pidieran perdón a las víctimas. Los documentos firmados, que se mantienen en secreto y sirven para obtener beneficios penitenciarios y abandonar la prisión en un plazo de tiempo más o menos rápido en función de la condena, son muy escasos debido a la prohibición expresa de la banda. Los pocos que se atreven a salir del redil desobedeciendo esas órdenes son expulsados de ETA y se enfrentan al rechazo social.

Lo mismo ocurre con los terroristas que, residiendo fuera de España, desean regresar. Son estos métodos mafiosos los que mantienen cohesionado al colectivo de presos y a la mayoría de sus familiares, que constituyen un grupo compacto y numeroso de agitación *abertzale*. En cuanto a los terroristas desperdigados y escondidos por distintos países, puede decirse que han constituido una reserva muy importante para la organización que, en caso de necesidad, podía reemplazar estructuras o comandos detenidos. No debemos olvidar lo sucedido a María Dolores González Catarain, Yoyes, asesinada hace veinticinco años por desobedecer a ETA y regresar a España sin su autorización. Es muy posible que el recuerdo de ese crimen ayude aún hoy a mantener cohesionada esta férrea estructura. Esperemos que el anunciado, y hasta ahora cumplido, cese definitivo de toda actividad terrorista disuelva

también todo este entramado de miedos y de intereses entremezclados.

El entorno en el que vivimos forma parte esencial de nuestra existencia, es ese entorno en el que nos desenvolvemos el que nos otorga un lugar en el mundo. Nuestro pueblo, nuestro barrio, la calle en la que residimos, los vecinos o el grupo de amigos nos pertenecen tanto como les pertenecemos; incluso la soledad exige su propio espacio. Cuando por cualquier circunstancia cambiamos de ciudad nuestro primer impulso es el de lanzarnos a las nuevas calles, pasear por ellas, charlar con nuestros conciudadanos e ir poco a poco seleccionando y conociendo a los que irán formando nuestro círculo más cercano; buscamos en definitiva un medio ambiente favorable en el que nos sintamos aceptados. No es este un impulso extraño, está en la propia naturaleza de las cosas, en los átomos que se unen para formar una molécula y en las moléculas que se adhieren para formar el ADN. Necesitamos de los demás para existir, sin la referencia del otro no sabríamos quiénes somos.

*Lo que voy a contarte ahora sucedió hace poco tiempo en una localidad del País Vasco, y quien me lo relató reside en esa localidad. Un preso de ETA decidió, después de largos años de cárcel, acogerse a las medidas de reinserción y, tras cumplir con todas las exigencias establecidas, salió de prisión y retornó a su pueblo para vivir en casa de sus padres.*

*Era consciente de que esta decisión le causaría problemas debidos a la oposición del llamado colectivo de presos etarras a que ninguno de ellos se acoja a este sistema para salir en libertad. Tú sabes que esto es así, todo el mundo lo sabe. Pese a todo, el reinsertado lleva mucho tiempo entre rejas y cree que merece la pena arriesgarse teniendo en cuenta que ETA se ha comprometido públicamente a no cometer ningún atentado más.*

*Al llegar a su pueblo se cruza con gente conocida que pasa a su lado sin siquiera mirarle. Uno de ellos se le acerca y en voz baja le dice: «Ten cuidado». Nadie le saluda por la calle. A sus padres y hermanos también les han retirado el saludo. Estos no pueden entenderlo, hasta hace solo unos días estaban muy bien considerados precisamente por tener un hijo en la cárcel.*

*Ahora, los mismos que les aplaudían van creando un ambiente opresivo e irrespirable alrededor de ellos, como si fueran apestados. Y lo cierto es que están en tierra de nadie: los no* abertzales *siguen considerándoles terroristas y, por tanto, rehúyen su presencia, y los que hasta ese momento eran los suyos les rechazan tachándoles de traidores*.

*El resultado es que, los unos por los otros, los vecinos de este pueblo excluyen de la convivencia a toda esa familia. La relegación a la que les someten sus antiguos correligionarios no es una marginación pasiva sino muy activa. Malas miradas, amenazas constantes, dedos apuntándoles, pintadas ofensivas en las paredes, incluso en las tiendas no pueden comprar porque «se han acabado los productos» para ellos*.

*Todos se han convertido en gendarmes que les vigilan y acechan. Ninguna de esas formas de rechazo es delictiva y, sin embargo, el efecto que producen es más dañino que muchos delitos. No tienen aire para respirar. Como te decía antes, sin la aceptación de la sociedad que nos rodea es imposible vivir. Al final se verán obligados a abandonar el pueblo y a trasladarse a una ciudad en la que creen que será más fácil pasar desapercibidos*.

*Por lo visto, confían en que, conforme el miedo vaya diluyéndose por la falta de atentados, la presión disminuirá y será más difícil amedrentar a los que desobedecen o piensan diferente. ¿No crees tú también que será así?*

# 3

## LOS AÑOS BÁRBAROS

Uno de mis hermanos, Alfredo, funcionario de Correos y perteneciente al sindicato *abertzale* LAB, tenía abierto un expediente laboral. Acompañado de otros cuatro hermanos —yo era entonces gobernador civil de Guipúzcoa— me denunció e insultó en una rueda de prensa en la que se vertieron falsedades que el juez naturalmente archivó, aunque el daño ya estaba hecho. La familia se rompió en pedazos. El odio que albergaban contra mí resultó ser mayor que los vínculos familiares que nos unían. Posteriormente, este hermano cometió un delito en Correos por el que fue condenado y expulsado de la Administración.

El juez de la Audiencia Nacional, Ismael Moreno, afirma en el auto de ingreso en prisión que el etarra Julen Etxaniz fue captado para la banda terrorista por mi hermano, Alfredo Goñi Tirapu, a principios de 2006. Etxaniz fue condenado por pasar información a ETA, entre otros, sobre el empresario Ignacio Uría, asesinado por los terroristas en 2008. Alfredo huyó a Francia, donde creo que aún sigue, perseguido por la Policía bajo la acusación de pertenencia a ETA. Todos estos datos son de dominio público. La banda terrorista volvía nuevamente a anidar en mi familia, y esta vez para destruirla de forma definitiva.

La mía no era la única familia rota en el País Vasco a causa de ese mismo odio, pero sí una de aquellas cuya destrucción alcanzó más repercusión en los medios de comunicación. Al desgarro familiar se le añadió la vergüenza de que este fuera de dominio público.

Es la primera vez que expongo a la luz del día este dolor y esta ignominia, pero lo creo necesario para evidenciar hasta qué punto la sociedad vasca estaba, y en buena medida continúa estándolo, enferma. No trato de extrapolar mi caso particular; es un hecho que en muchas familias se han sufrido, no sé si con la misma intensidad pero se han sufrido dramas parecidos. Lo que creo que hace mi caso singular es precisamente su visibilidad pública.

*Una de las razones de mi tristeza en aquellos momentos fue no sentir tu apoyo. No podía entender que parte de mis hermanos me hicieran tanto daño; pero que tú, mi hijo, no te acercaras a mí a darme un abrazo ni hicieras un gesto con el que pudiera sentir tu afecto me dolió enormemente*.

*Nunca te lo dije. Pero sí vi claro que te habías alejado de mí y acercado a lo que ellos representaban, incluso en aquellos crueles momentos. Intuí que te había perdido, aunque no estaba dispuesto a aceptarlo. No me resignaba a romper con lo que consideraba y considero más sagrado de mi existencia, el amor por un hijo*.

*Cómo era posible que una maldita idea política pudiera ser más importante que el amor fraternal. Nunca podré entenderlo. Había oído contar que, en la guerra civil, miembros de una misma familia pertenecientes a bandos distintos se ayudaban unos a otros para salvarse del peligro. Y me preguntaba una y otra vez por qué eso no había sido así en la mía. ¿Por qué? Oh, Dios. ¿Por qué?*

Saber que el pasado familiar —el de las reuniones de todos para compartir alegrías o tristezas, el de las bodas o nacimientos, el de los cumpleaños, el de las celebraciones navideñas— no volverá me produce ahora, pasados más de veinte años, una tristeza resignada. La expulsión del grupo familiar íntimo se sufre como una caída en el abismo, como una pérdida de referencias esenciales para vivir; provoca una gran tristeza, parecida a la que se siente por el fallecimiento de un ser querido. Es más dolorosa aún cuando se sabe que la causa de esa ruptura es el odio de personas de tu misma estirpe, lo que en el día a día implica que estas pérdidas sean tan irreversibles como la propia muerte.

Aunque la ruptura familiar definitiva se produjo como

consecuencia de la rueda de prensa, el distanciamiento entre los hermanos afloró lentamente y con anterioridad a ese momento. En las escasas reuniones familiares a las que por esa época asistíamos todos se evitaba hablar de política, para no provocar roces o discusiones desagradables; debo añadir que eso mismo ha venido sucediendo, y quien lo probó lo sabe, en numerosas familias vascas.

Las repercusiones públicas de aquella rueda de prensa fueron muy variadas. Me sorprendió no poco la reacción, más bien la falta de reacción, de algunos líderes de organizaciones próximas a ETA que no realizaron ninguna alusión pública a la denuncia, supongo que porque hasta ellos entendieron que sería demasiado cruel ahondar en aquella profunda herida familiar.

Mis hermanos Vicente y Josu que, como he relatado, habían pertenecido a ETA pm, supieron que se iba a convocar la rueda de prensa un día antes de que tuviera lugar. Ambos mantuvieron un fuerte enfrentamiento con el grupo de convocantes, e intentaron por todos los medios hacerles desistir; hubo palabras gruesas, e incluso llegaron a las manos. No sirvió de nada. En la sombra, algunos abogados del sindicato LAB y del entorno de ETA les animaban y apoyaban encantados, al fin y al cabo no era su familia la que estaba a punto de ser demolida. ¡Qué miserables! ¡Hasta qué punto el odio cegó a mis hermanos! ¡Cuánto daño me hicieron!

Sabía que todo sería distinto a partir de ese momento. El pasado sería revisado con la tijera de la destrucción, del rencor, de la vergüenza, del odio sin límite. Fue entonces cuando comprendí que aquel terrorista que había afirmado delante de mí que no le importaría matar a su propio padre si este fuera guardia civil decía la verdad, que lo que yo me había resistido a creer era dolorosamente cierto: eran capaces de todo. Su sueño de la razón —su delirio más bien—, su fanatismo, había producido ese enorme monstruo.

Nadie en mi entorno entendía que pudiera ocurrir algo parecido. Nadie. Una vez superada la estupefacción inicial —parecía imposible que se pudiera llegar tan lejos—, mis amigos y la parte, por así decirlo, no contaminada de mi familia me apoyaron, un apoyo que nunca agradeceré bastante, y trataron de arroparme lo mejor que pudieron; también ellos padecieron el mismo dolor y la

misma impotencia. Todos conocíamos ejemplos de familias compuestas por nacionalistas y no nacionalistas que pese a todo seguían unidas, familias conscientes de que existen límites que no se pueden traspasar.

Cuando supe lo que estos hermanos pretendían hacer hablé con mi madre para que intentara detener aquella locura. Trató de convencerles pero tampoco ella pudo hacer nada. La mala suerte estaba echada. *Alea jacta est.*

Por mi parte, me negué a ponerme a su mismo nivel y no realicé ninguna declaración pública sobre el asunto; no hacía falta, creo que la mayoría captó perfectamente la sinrazón y la crueldad de las palabras pronunciadas en la maldita rueda de prensa mucho mejor de lo que yo pudiera haber dicho o escrito. A ellos les salió gratis destruir a la familia y ofenderme a mí y al resto de mis hermanos.

A nosotros nos costó recuperarnos de aquella maldad. Rememorar ahora, pasados tantos años, aquellos sucesos, me ayuda a expulsar la espina enquistada desde entonces y, sobre todo, a calibrar, no de arriba abajo, sino de abajo arriba, la magnitud del daño social causado, que desde mi punto de vista permanece en la sociedad vasca pese al cese de la violencia etarra.

* * *

Pero no todo eran glorias ni triunfos en las acciones de la banda, como se puede apreciar en la siguiente anécdota. En 1989 la Policía detecta a un presunto terrorista en San Sebastián, apodado Santi, y solicita permiso al juez para pinchar su teléfono porque sospecha que está a punto de realizar un atentado. Tras una semana de conversaciones rutinarias, Santi mantiene una muy llamativa con un tal Joseba, si bien pone cuidado en lo que dice, se supone que por miedo a que el teléfono estuviera controlado. A pesar de ello, gracias a los detalles que facilita y a los que, tirando del hilo, logra reunir la Policía, ambos terroristas terminarán siendo detenidos. Pero vayamos a la conversación, tan absurda que parece sacada del

guion de una película de Santiago Segura: el caso es que ha desaparecido una bolsa repleta de armas y municiones que Santi le había entregado a Joseba.

JOSEBA.—¿Santi?

SANTI.—Sí.

JOSEBA.—Soy Joseba.

SANTI.—Sí.

JOSEBA.—¿Qué tal?

SANTI.—Bien, ¿y tú?

JOSEBA.—Tú, Santi, una cosa: lo que tú me diste… bueno, la bolsa… me la han quitado.

SANTI.—No me jodas. ¿Te la han quitado?

JOSEBA.—Del coche la han quitado. Lo dejé todo atrás y me lo han quitado todo, la bolsa.

SANTI.—¿Quién te lo ha quitado?

JOSEBA.—No sé. Se han metido en el coche y me lo han quitado.

SANTI.—¡Uy! ¡Qué cabritos!

JOSEBA.—O sea que…

SANTI.—¡Joder! Del coche, ¿no?

JOSEBA.—Sí, sí. Se han metido y… bueno, serían algunos chorizos. O sea que… ¡Jo!

SANTI.—Bueno, bueno. Es así. Qué se le va a hacer.

JOSEBA.—¿Así es?

SANTI.—Sí.

JOSEBA.—Bueno, si la encuentro… Me voy a dar una vuelta por ahí, por si la veo.

SANTI.—No.

JOSEBA.—Espero no… voy a dar una vuelta a ver si aparece. Si no… ya está hecho.

SANTI.—Bueno. Es así.

JOSEBA.—¿Eh? ¿Es así?

SANTI.—Sí. Es así.

JOSEBA.—¡Aúpa la Blanca! (debe referirse a la Virgen Blanca, patrona de Vitoria). ¿Qué tal, por lo demás? ¿Bien?

SANTI.—Sí. Lo demás, bien. Bien, bien. Adiós, chaval.

JOSEBA.—Bueno, bueno, hasta luego.

La casualidad quiso que unos vulgares chorizos desarmaran, ellos solitos y sin encomendarse a Dios ni al diablo, a un peligroso comando etarra. Aunque en realidad la detención de los dos interlocutores no se debió tan solo a esa casualidad, sino al magistral diálogo entre ellos, que fueron tan torpes que su conversación, en lugar de disimular el desaguisado, lo puso tan de manifiesto que facilitó a la Policía la pista que necesitaba.

En cuanto a los chorizos, se quedaron lívidos cuando, al ser detenidos, supieron que habían robado armas a la mismísima ETA. Tanto es así que, nada más ser puestos en libertad, huyeron de San Sebastián tan raudos como si corrieran en un encierro de San Fermín y sin reclamar ni un céntimo por su extraordinaria colaboración policial; los «pobres» no tuvieron ni tiempo ni ganas.

En lo que atañe a Joseba y a Santi, tampoco consta que presentaran denuncia alguna por el robo sufrido, pero es seguro que durante su larga estancia en la cárcel se hartaron de darle vueltas y más vueltas al porqué de su detención. No podían entender cómo aquellos «cabritos» no solo les hubieran robado las armas, sino que, además, les amargaran la vida durante los cinco años siguientes. Por supuesto que, en el obligado informe que todos los terroristas tienen que redactar tras su detención y que han de hacer llegar a la banda para su análisis, se cuidaron mucho de explicar las verdaderas razones de su caída para evitar añadir a la humillación la carcajada de los suyos.

* * *

*Querido hijo, te he comentado antes las torturas denunciadas por mi hermano Vicente, acerca de las cuales declaré como testigo en el juicio que se celebró en Pamplona. A pesar de todo, quizá te sorprenda la sinceridad con la que te voy a exponer mi postura sobre esta cuestión.*

*Que han existido ha quedado probado por sentencias de los tribunales. No sé si sabes que, mientras fui gobernador, hice todo lo que*

*estuvo en mi mano para que no se produjeran; ello se tradujo en que no hubiera ni una condena por torturas que hubieran sido denunciadas durante mi mandato.*

*Si la Policía investigaba científicamente y encontraba pruebas suficientes para que el juez pudiera condenar a los terroristas, como hace ante cualquier otro delito previamente a la detención del presunto delincuente, todo recurso ilegal resultaba, además de inmoral y delictivo, innecesario. Nadie niega, y yo tampoco, que durante la dictadura se torturara; eran los métodos de una Policía que actuaba de acuerdo con la impunidad propia del régimen político que sufríamos; al llegar la democracia algunos de esos policías demostraron ser excelentes profesionales, aunque naturalmente hubiera excepciones a esa regla.*

*Hoy está comúnmente aceptado que el recurso a cualquier forma de maltrato es inaceptable en cualquier circunstancia, incluso en las más sangrantes, de las que, por otra parte, no faltan ejemplos. Sí me parece cierto que, de no haberse producido torturas en aquellos años, algunas simpatías obtenidas por la banda habrían sido menores.*

*¿Cuántos jóvenes se alistaron en la banda terrorista después de los juicios sumarísimos y las ejecuciones de terroristas durante la dictadura? Soy consciente, hijo mío, de que el espectacular crecimiento de ETA y las adhesiones al nacionalismo radical de muchos vascos se produjeron precisamente como rechazo a los métodos empleados entonces. Sin embargo, no deduzcas de mis palabras que con estas reflexiones justifico lo sucedido.*

*Pero también sabrás que las familias de los asesinados por el terrorismo sufren durante toda su vida el dolor por la ausencia del ser querido, una tortura eterna, y sabrás, asimismo, que, mientras en una sociedad democrática se condenan igualmente los malos tratos y los crímenes, ETA ha condenado tan solo las torturas de los suyos, incluso las inexistentes. ¿Crees que está llegando el momento de que condene cualquier delito?*

Ser el mayor de nueve hermanos que han perdido prematuramente a su padre marca bastante. En el caso de mi hermano no fui un padre sustituto, pero sí un referente importante; hubiera deseado pasar más tiempo a su lado, pero residíamos en ciudades distintas y no era fácil. Poco antes de dejar de ser

gobernador recibí una llamada de su mujer contándome que mi hermano padecía una grave enfermedad; me pidió que fuera a Pamplona para decírselo y acompañarle en esos momentos. Su médico, que también era su amigo, acudió conmigo a visitarle en su casa de la calle Mayor de Pamplona. Jamás olvidaré aquellas escenas, que conservo intactas en esa caja fuerte cerebral en la que todos almacenamos los acontecimientos que han marcado nuestra vida.

*Hijo, Vicente era muy importante para mí, lo mismo que yo lo era para él. Quisiera que guardaras estos recuerdos con un cariño especial. Tu tío militó en ETA y lo dejó, mientras otros siguieron; vivió libremente y con intensidad, sin ataduras, que no le gustaban nada, y se enamoró de una mujer inteligente, tierna y con gran fortaleza y, como casi todos, fue feliz a ratos. Y también se enfrentó con entereza a quienes trataron de arrebatarle su libertad.*

Subimos las estrechas escaleras de su casa de uno en uno, primero el médico, luego yo. Sabía por su mujer que llegábamos, pero no la verdadera razón de nuestra visita; ella había preparado el momento con delicadeza, con mucho amor. Nos abrió la puerta y vinieron los saludos, los besos, las frases cortas preguntando por la familia. Él estaba al fondo del pasillo, en una habitación grande y cálida con un balcón que miraba a la calle Mayor. Nos abrazamos e intuí que sospechaba malas noticias; preguntó por el verdadero motivo de mi presencia allí. El médico le cogió las manos y mirándole a los ojos se lo dijo:

MÉDICO.—Tienes cáncer.

VICENTE.—¿Es grave?

MÉDICO.—Sí.

VICENTE.—¿Cuánto tiempo me queda?

MÉDICO.—Nadie lo sabe. Puedes vivir un año o diez años.

VICENTE.—¿Qué se puede hacer?

MÉDICO.—Primero te tiene que ver un oncólogo. El mejor oncólogo de Pamplona es conocido mío. Te espera mañana en el hospital.

VICENTE.—Confío en ti, dime la verdad, ¿de qué depende el

tiempo que me queda?

MÉDICO.—De que reacciones bien a los fármacos. Hoy la medicina ha avanzado mucho en el tratamiento del cáncer.

Le cogí la cara con las manos para mostrarle todo mi cariño y le dije palabras de ánimo. Prolongamos la visita largo tiempo en tanto iba asimilando la noticia. Vicente, muy en su estilo, terminaría por animarnos a nosotros gracias a comentarios en los que se reía de sí mismo y de sus problemas. Trataba de aliviar nuestra preocupación. La escena fue paradójica; nosotros estábamos allí preocupados y pendientes de él y él hacía lo mismo con nosotros; mi hermano fue siempre un seductor atento a los demás.

La proximidad de la muerte pone la vida patas arriba: las prioridades son otras, la relación con los demás se hace más selectiva, las decisiones más reflexivas; el momento presente es lo que importa. Preparar el viaje final no consiste en meter cosas en la maleta, sino en sacarlas.

En aquellos días un navegante navarro llamado Ugarte consiguió dar la vuelta al mundo en solitario y sin escalas en una embarcación de vela, la *Vendée Globe*; tenía entonces sesenta y cinco años. Vicente, que había navegado junto a nuestro hermano Josu, siguió apasionada y diariamente los avatares de aquel lobo solitario, así que su mujer quiso darle una sorpresa: se puso en contacto con los patrocinadores y reservó dos plazas para asistir a la llegada del navarro a puerto una vez culminada su hazaña.

Y allí estuvieron, entre las quinientas personas, autoridades vascas y navarras en su mayoría, llegadas de España al puerto francés de Les Sables d'Olonne para recibirle, participar en los actos de bienvenida y poder saludarle. Conservó siempre la fotografía dedicada de Ugarte.

En su despedida de la vida, Vicente unió a todos los hermanos, menos a uno, en torno a su cama. Poco antes de morir, y aunque no era creyente, apuntó con el dedo índice hacia el cielo insinuando, supongo que para tranquilizar a mi madre, que iría allí. Nadie pudo evitar una sonrisa. Fue una muerte dulce, la recuerdo con ternura. Si hay cielo estará en él leyendo lo que escribo con gesto risueño. Por un momento pareció que aquella situación volvería a unirnos,

pero no fue así.

*Tú conociste bien a tu tío Vicente, y te acordarás de él. Le ayudé siempre que pude hacerlo, como lo haría contigo si me lo pidieras. En esta quiebra final de la familia en dos partes, tu abuela se mantuvo equidistante por algún tiempo, pero poco a poco fue decantándose, o eso me pareció a mí, del lado de ellos y distanciándose de mí. Más tarde volveré sobre ello*.

Mi hermano Eduardo escribió una reseña en el *Diario Vasco* con motivo de la maldita rueda de prensa. El diputado Juan María Bandrés envió una carta al director en la que no se mostraba precisamente comprensivo con lo que estábamos sufriendo. Eduardo no se calló, y le respondió reprochándole que tratara de sacar un miligramo de rentabilidad política de aquella situación. Para alegría de todos, Bandrés —recientemente fallecido— se disculpó públicamente, lo que le honra. Las disculpas son muy poco frecuentes en política.

Todavía hoy mi familia permanece rota. No es por supuesto la única familia en la que, por unas u otras razones, las más de las veces relacionadas con cuestiones económicas y hereditarias, parte de sus miembros no se dirigen la palabra. Como ya he dicho, en el País Vasco, sin embargo, los motivos suelen ser distintos, en no pocas ocasiones relacionados con la división política del país entre nacionalistas y españolistas o constitucionalistas, y ha existido aún otra fractura social más grave entre los que condenan el terrorismo y los que lo han apoyado.

En este último grupo pueden distinguirse las familias que ocultan sus diferencias y aquellas, muy escasas, que las hacen públicas, como es nuestro caso. Desde la rueda de prensa, es decir, desde 1989, todos saben que el nuestro es un caso extremo. He leído a lo largo de estos años muchos artículos en los que nos ponen como ejemplo de divergencia: un exgobernador muy combativo contra ETA y algunos de sus familiares etarras o proetarras, de modo que no he descubierto nada nuevo recordándolo. Lo he hecho para poner precisamente de relieve, y para que no olvidemos, la enorme división de la sociedad vasca.

La familia es el núcleo social más pequeño, pero no es el único. En cualquier agrupación de vecinos podremos apreciar, si enfocamos bien, divisiones parecidas. Sociedades gastronómicas, culturales, religiosas, escolares, universitarias, etc. Solo se salvan aquellas en las que no se admiten discrepancias, generalmente las de tendencia *abertzale*, que hasta ahora no han aceptado ninguna evolución.

Ahora nos encontramos ante un hecho nuevo que puede modificar esta situación: la posible disolución de la banda tras su alto el fuego definitivo. Y pienso que estamos todavía, y no deja de ser comprensible, demasiado pendientes de si ETA volverá o no a matar y no somos aún conscientes de que ese ya no es el problema. Los verdaderos conflictos a los que nos enfrentamos son los derivados de la devastación social creada por casi cincuenta años de terrorismo, que se traducen en el dolor irreparable de las víctimas, las rupturas familiares y la cuestión de la integración en la sociedad de aquellos terroristas que quieran hacerlo.

No es desde luego mi intención analizar aquí cuestiones tan complejas, pero sí me gustaría aportar mi experiencia y mi granito de arena en el intento, que a todos nos concierne, de sacar adelante esta tarea, que será tan larga y difícil como necesaria si queremos pasar definitivamente esta página.

*Voy a darte las razones por las que creo que ETA no volverá a matar. Desconozco lo que piensas tú sobre el final de ETA. Sostener la estructura de una organización terrorista resulta enormemente costoso. Conozco algunos cálculos que se hicieron en mi época acerca de la cantidad de dinero recaudado por el mal llamado «impuesto revolucionario», y las cantidades eran muy importantes.*

*Las estructuras políticas y sociales que ETA y sus simpatizantes mantenían en el País Vasco eran sostenidas con los sueldos de los cargos públicos y las subvenciones de las distintas administraciones en las que tenían influencia. Al impedir los tribunales que las siglas afines a ETA se presentaran a las elecciones estos cuantiosos ingresos desaparecieron.*

*Posteriormente, la Policía desbarató la red utilizada para recaudar el producto de la extorsión, lo que dejó a la banda, y a todos sus apéndices, en una situación económica muy precaria. De modo que*

*puede decirse que se les abrió el cielo cuando el Tribunal Constitucional autorizó, por razones que desconozco, que Amaiur se presentara a las últimas elecciones locales y generales.*

*Al mismo tiempo, la cúpula de ETA, el colectivo de presos terroristas y todas las estructuras políticas de Batasuna iniciaron un camino irreversible hacia el final de la «lucha armada». Y obtuvieron una sustanciosa recompensa en forma de votos, que se tradujo en las mayorías obtenidas en varios Ayuntamientos, sobre todo en el de San Sebastián y, lo que en muchos aspectos es aún más importante, la poderosa Diputación Foral de Guipúzcoa.*

*La conozco bien; fui, como recordarás, diputado foral en la primera legislatura de la democracia y sé de los cuantiosos fondos económicos que gestiona. Ahora, las decisiones de gasto en la Diputación de Guipúzcoa las toman los representantes de Amaiur. Y tan legal es gastarlos en infraestructuras como en subvenciones a asociaciones afines. ¿Te imaginas, hijo mío, cómo han cambiado las finanzas en las estructuras cercanas a la organización? Menudo alivio para ellos.*

*Y no es eso solo. Los sueldos que cobran los que ahora mandan son muy importantes; eso por no hablar del coche oficial, de la tarjeta Visa y de los gastos pagados. ¿Crees que los que realmente influyen ahora en ETA, que además gobiernan importantes instituciones del País Vasco, van a permitir que un chaval obsesionado con la causa arruine sus estupendas vidas cometiendo un atentado? Porque las instituciones democráticas tienen sus reglas, y una de ellas, la más obvia, es la de no matar para obtener cualquier propósito, el que sea. Hijo, he tratado de hacerte una descripción muy realista de la situación. Ignoro si estarás o no de acuerdo, pero es lo que pienso. Es más que probable que estas «soluciones» no sean compartidas en su totalidad por las familias de las víctimas, pero la política se elabora en la cocina del día a día, y esa suele ser eminentemente pragmática y para salir del paso, por así decirlo.*

* * *

No está resultando fácil para mí afrontar la escritura de este libro, no tanto por la dificultad del empeño en sí, sino por la exigencia moral que la acompaña. Ni yo mismo sabría decir de qué manera estoy siendo capaz de poner sobre el papel sentimientos hasta ahora tan bien guardados; es algo semejante a extirpar dolencias antiguas, tan antiguas que uno ni siquiera es consciente del escozor que han venido causando, al que uno ha terminado por acostumbrarse, hasta que se libra de ellas.

Ponerlas sobre la mesa está siendo en ese sentido un alivio, pero, aun así, aparece de vez en cuando mi otro yo, ese que se resiste a desclasificar secretos que ni yo mismo recordaba ya. Cuando eso ocurre soy incapaz de escribir un solo párrafo, como si los archivos de mi memoria hubieran establecido un mecanismo de defensa que impidiera la salida de las palabras exactas con las que expresar lo que deseo decir.

Y es ahora, cuando me dispongo a recordar a las víctimas, cuando más paralizado me siento, precisamente por el sufrimiento que su recuerdo me provoca. Pero no podía olvidarlas para no sufrir, algo que por otra parte suele ser frecuente. Algunos son incluso capaces de negar la misma existencia de las víctimas, y si no ahí están los negacionistas del holocausto para demostrarlo. De modo que me he visto obligado a realizar una nueva catarsis desde la propia catarsis en la que estoy viviendo estos días. Como consecuencia de ello he podido tirar del hilo de lo soñado esta noche pasada.

Me encontraba en mitad de una planicie llena de tumbas. No se trataba de extensiones similares a las que contemplamos en los documentales, repletas de cruces blancas perfectamente alineadas que recuerdan a los soldados que se dejaron la vida en los campos de batalla y que fueron enterrados con el mismo uniforme. No. La explanada de mi sueño estaba llena de tumbas distintas unas de otras y, no sé por qué, presentí que ninguno de los que las poblaban podrían descansar en paz mientras sus asesinos no les pidieran, uno por uno, perdón.

Cada una de las víctimas tenía su propia historia, su vida brutalmente interrumpida. Todos habían sido diferentes, pero todos tenían en común lo más importante, precisamente aquello que los

asesinos no reconocían en ellos, la pertenencia a la raza humana. Y fue y será la justicia la encargada de enfrentarles con la dura realidad, habían asesinado a personas; no eran *txakurras* —perros—, como ellos —los asesinos— acostumbraban a llamarles.

Es por esto que pedir perdón debe resultarles tan difícil, porque les obligaría a reconocer que su causa no fue noble, sino repugnante, que la supuesta heroicidad que les atribuían sus incondicionales nunca fue tal, que la historia, libre de los prejuicios y las visiones sesgadas del día a día, los juzgará con la máxima severidad. Que, en definitiva, y como tan certeramente afirmó Sebastián Castellio en su diatriba contra Calvino por haber ordenado la muerte en la hoguera de Miguel Servet, «matar a un hombre no es defender una idea, es matar a un hombre». Las palabras de Castellio son un alegato moral: no todo vale, ni todas las ideas ni todas las opiniones son igualmente respetables.

Decidí visitar aquel peculiar cementerio y me pareció que sus habitantes volvían por un momento a la vida: me paré frente a una madre que llevaba en brazos a su niño, al que le habían faltado solo unos días para nacer; había muerto en el vientre materno sin llegar a ver un solo amanecer. La madre, María Contreras, estaba muy bella pero triste, miraba a su niño y acariciaba sus manitas y sus ojitos cerrados. Pensé que su asesino no podría contemplar aquella imagen sin derrumbarse, era imposible.

Muy cerca de allí se encontraban varias mujeres con sus maridos, charlaban entre ellas de sus casos; Julia Ríos paseaba junto a su esposo, Emilio Gómez, cuando un coche bomba los mató a los dos el 19 de febrero de 1992, en Santander. Me fijé en ellos porque fueron importantes para mí; ella era panadera y él trabajaba en un hospital. En mi sueño les dirigí un gesto de saludo.

Con ellos se encontraba Hortensia González, novia del guardia civil Antonio Ramírez; eran muy jóvenes y estaban a punto de casarse. Los terroristas eligieron el día de Reyes del año 79 para asesinarles en Vergara; recuerdo haber asistido a su funeral. Éramos muy pocos los que acudíamos entonces a los funerales de las víctimas de ETA; todo era enormemente triste, también la escasa respuesta de la sociedad vasca, atenazada por un miedo que tardaría largo tiempo en comenzar a superarse.

El 11 de diciembre de 1987, doce personas fueron asesinadas en el atentado contra la casa cuartel de la Guardia Civil en Zaragoza; a todas ellas pude verlas en mi sueño: al guardia Emilio Capilla, a su esposa, Dolores, y a su hija, Rocío; a José Pino, a su esposa, María del Carmen, y a su hija, Silvia; a José Ballarín y a su hija, Silvia. Reconocí, por último, a la familia Alcaraz, al guardia Ángel Alcaraz Martos y a sus sobrinas, Miriam y Esther.

De un solo zarpazo familias enteras fueron asesinadas. Los terroristas, que ahora se niegan a pedir perdón y mostrar un mínimo de piedad por el daño producido, siguen sin atreverse a mirar a los ojos de sus víctimas. Hay que ser muy valiente para hacerlo: ellos nunca lo han sido.

Vi a un numeroso grupo de militares asesinados; destacaba entre todos ellos la familia del general Rafael Garrido, gobernador militar de Guipúzcoa, asesinado junto a su mujer, Daniela, y su hijo adolescente, Daniel, el 25 de octubre de 1986. Llama la atención el número de generales del Ejército asesinados, ni más ni menos que diecisiete, seguidos de los coroneles y tenientes coroneles, con quince cada uno, cuarenta y ocho oficiales y cuatro soldados. En total, casi cien militares asesinados.

La intención que albergaban estos crímenes era clara, provocar un golpe como el del 23 de febrero y destruir la democracia. ETA prefería un régimen dictatorial que sirviera de coartada para justificar su crueldad, necesitaron a Franco y, después de su muerte, pretendían otra nueva dictadura para disimular su verdadera naturaleza.

Seguían después los más de doscientos guardias civiles, los ciento cincuenta policías, catorce *ertzainas* y veinticuatro policías municipales asesinados por la banda. Conocí a algunos de ellos, y asistí a sus despedidas ocupando los primeros asientos de la iglesia, sencillamente porque no había más gente que ocupara más bancos. Una de las pocas autoridades de la época que no faltaba a ningún funeral era el diputado general de Guipúzcoa, el peneuvista Xabier Aizarna, ya fallecido. Vaya para él mi reconocimiento desde estas líneas; fue un hombre bueno. Sin el esfuerzo y el sacrificio de tantos guardias y policías viviríamos todavía inmersos en la zozobra de aquellos días oscuros.

Resulta asombroso comprobar hasta qué punto la actividad criminal de ETA ha afectado a prácticamente todos los estamentos sociales, representados en la larguísima lista de sus víctimas. Abogados, administrativos, albañiles, alcaldes, anticuarios, directivos de empresa, camareros, cocineros, conserjes, economistas, empresarios, funcionarios de prisiones y funcionarios del Estado, gendarmes, profesores, periodistas, jueces, jubilados, así hasta completar un total de doscientas catorce profesiones, engrosan su historial criminal.

En los años setenta, la banda terrorista asesinó también a cargos procedentes del franquismo, como el ya mencionado alcalde de Oyarzun o el presidente de la diputación guipuzcoana; aunque con quien se ha ensañado la banda es con los políticos elegidos en democracia: concejales, acompañados en el caso de Alberto Jiménez Becerril de su esposa, Ascensión; un exgobernador civil, sucesor mío en el cargo, y un exministro, además de cuarenta y un cargos orgánicos y militantes de partidos políticos democráticos.

¿De dónde sacan estos malditos la idea de que son «valientes gudaris» dignos de recibir el aplauso de los suyos al salir de las cárceles? Que se fijen bien en la interminable lista de personas de toda clase y condición social y económica asesinadas y si después de ello siguen sin ser conscientes de la monstruosidad de sus crímenes, no estarán capacitados para reinsertarse en la sociedad.

Tengo bastantes amigos entre los asesinados, más de los que uno puede soportar sin sumergirse en el dolor. No haré por eso mención especial a ninguno de ellos, aunque a todos los llevo siempre en la memoria y en el corazón.

Desde que ETA asesinó al guardia civil José Pardines, el primero oficialmente reconocido por la banda, el 7 de junio de 1968, hasta el 20 de octubre de 2011 en que anunció el final de su actividad terrorista, han transcurrido quince mil ochocientos cuarenta y un días en los que la organización terrorista ha asesinado a casi mil personas. Cada diecisiete días, de media, se ha cometido un nuevo crimen, y esto durante cuarenta y cuatro largos años.

ETA ha matado en Guipúzcoa mucho más que en cualquier otro lugar y significativamente tres veces más que en Madrid, razón por la que, si tenemos en cuenta la diferencia en el número de

habitantes, el terror producido por la banda ha sido diez veces mayor en esta provincia.

Otro dato sorprendente y contradictorio con el discurso irredentista. ¿No era acaso la bota de Madrid la causante de todos los males? Estos números hablan por sí solos, y explican en buena parte la magnitud del daño causado a la sociedad guipuzcoana. Un crimen se paga con años de cárcel. ¿Cuál sería la pena por envenenar y atemorizar a toda una comunidad durante dos generaciones?

*Imagino que puede ser duro para ti leer estas páginas. Si fuera así estarías en el inicio de un camino que puede conducirte a algo nuevo, algo que te ayudaría a evolucionar. Necesito creer que no te han lavado el cerebro y arrancado las glándulas en las que se generan los sentimientos.*

*Pero ignoro cuál es tu realidad. El adoctrinamiento es el peor enemigo de la evolución. La libertad es la mejor garantía del progreso del hombre. Me gustaría que miraras de reojo a alguna de estas víctimas y reconocieras en ella a un ser humano. Solo por eso habría tenido sentido escribir este libro.*

* * *

El 19 de noviembre de 1987 el comandante de la Guardia Civil de Intxaurrondo me hace llegar una cinta magnetofónica en la que se recoge con una conversación telefónica entre un tal Ramón, presunto terrorista, y otra persona desconocida. Ramón ha detectado que está siendo seguido por la Guardia civil y pide a su interlocutor que le ayude a pasar a Francia.

DESCONOCIDO.—¿Qué tal, Ramón?
RAMÓN.—Bien, ¿y tú?
DESCONOCIDO.—¿Cómo va eso?
RAMÓN.—Oye, que me tienes que buscar algo (*nervioso*).
DESCONOCIDO.—¿De qué?

RAMÓN.—Me cago en D…, me cago en la V…, me cago en la H… ¿Quieres que vaya al cemento? (*la cárcel*).

DESCONOCIDO.—¿Pero estás seguro?

RAMÓN.—Están detrás. Segurísimo.

DESCONOCIDO.—Algún amigo tendrás.

RAMÓN.—He llamado a algunos y nada.

DESCONOCIDO.—No me digas que no tienes a nadie.

RAMÓN.—Me cago en D…, me cago en la V…, me cago en la H…, todos que sí, que sí, y luego nada. Mucho esto, mucho lo otro y al final me dejan más tirado que a una colilla. Ya les digo que para llevar la pancarta en las manos todos se apuntan, pero cuando hay que dar la cara de verdad, te dejan solo.

DESCONOCIDO.—Insísteles. Haz algo tú también.

RAMÓN.—Tienes que ayudarme a pasar al otro lado (*Francia*), si no me voy al cemento.

La voz de Ramón se altera por momentos. Trata de disimular su angustia.

DESCONOCIDO.—Espera un poco. Yo te busco algo.

RAMÓN.—Me cago en D… ¡Que mi mujer es puta! No te jode (*frase sin sentido dicha para disimular*).

DESCONOCIDO.—Yo te busco a alguien.

RAMÓN.—¿Cuándo?

DESCONOCIDO.—El miércoles a la una yo te llamo a este teléfono.

RAMÓN.—Por lo demás, ¿cómo va todo?

DESCONOCIDO.—Bien, bien. Bueno, chaval, *agur*.

RAMÓN.—*Agur, agur*. Te espero.

Las escuchas telefónicas autorizadas por el juez han sido una fuente muy importante de información para el desarrollo de la investigación antiterrorista. Los policías que oyen las grabaciones son grandes profesionales que detectan con rapidez cuándo una conversación contiene información valiosa: como si los terroristas, al tratar de disimular, les activaran un sexto sentido.

En esos años los gobernadores estábamos al tanto de las investigaciones importantes, tanto de la Policía como de la Guardia Civil. Esto servía para coordinar a los dos cuerpos policiales y evitar

duplicidades e interferencias entre ellos. Pero la investigación de cada cuerpo de seguridad era sagrada y secreta, de ello dependían los éxitos o fracasos de cada uno. Aun así, en ocasiones se producían situaciones especiales en las que se hacía preciso modificar esta pauta. Y aquella lo era.

El grupo de información de la Policía de San Sebastián, que pese a sus escasos medios realizó una gran labor, investigó durante varios meses a un *laguntzaile* del terrorista José Antonio López Ruiz, conocido como Kubati. También tenían controlado su teléfono. Gracias a esta intervención supe que la persona, desconocida para la Guardia Civil, que actuaba como interlocutor en aquella conversación era ni más ni menos que Kubati, terrorista muy peligroso al que se le achacaba el asesinato hacía solo quince días de un guardia civil en Villafranca de Ordizia, localidad de residencia de Ramón.

Como resultado de aquellas brillantes investigaciones, la Policía estaba a punto de detener a Kubati; conocía el lugar y el momento exacto de su encuentro con otro de los *laguntzailes*, una cita para la que solo restaban diez días.

Pero acababa de saber que Kubati iba a telefonear a Ramón a la una del mediodía del siguiente miércoles. Sabía también que Kubati llamaba siempre desde una cabina telefónica. En las cintas grabadas por la Policía que había escuchado podía distinguirse el ruido de las monedas al introducirse en el aparato, una característica de las cabinas de la época. Es decir, sabíamos que siete días más tarde, a las 13 horas, Kubati estaría en una cabina de Guipúzcoa llamando a Ramón.

Pregunté al comisario de Policía sobre las probabilidades que tenía de detener a Kubati. Me respondió con honradez que muchas, pero que lógicamente no podía estar seguro al cien por cien. El terrorista podía no acudir a la cita o podía incluso eludir el cerco policial aprovechando que el encuentro iba a tener lugar en un sitio muy concurrido; era uno de los miembros de ETA más peligrosos y más buscados y se había mostrado siempre muy escurridizo.

No dejaba de darle vueltas a la situación planteada: si teníamos no una, sino dos posibilidades de detener al etarra, ¿por qué dejar pasar una de ellas? Cierto es que la vía para intentar hacerlo en la

primera era tan inédita como insólita; nunca hasta entonces se había planteado una operación en la que fuera necesario controlar simultáneamente cientos de cabinas telefónicas para detener a alguien que se encontrara en una de ellas en un momento concreto.

Pero el Estado tenía capacidad para hacerlo, disponía de medios y personas suficientes y no podíamos dejar de intentarlo. Inmediatamente solicité, y se me facilitó, el listado con la ubicación de las seiscientas cincuenta y tres cabinas telefónicas instaladas en Guipúzcoa.

Al fin y al cabo, si la Guardia Civil no detenía al terrorista durante su cita telefónica siempre cabía la posibilidad de que fuera la Policía quien lo hiciera tres días más tarde. No era una decisión fácil, considerando el esfuerzo de investigación realizado por la Policía, una labor brillante que quizá no obtuviera su justa recompensa si era la Guardia Civil quien se adjudicaba aquel importante éxito. Pero por encima de todas estas valoraciones había que centrarse en lo prioritario, y esto era detener y poner a disposición judicial a aquel delincuente.

El asunto estaba claro: había que controlar todas las cabinas y debíamos ponernos manos a la obra lo antes posible. Llamé a Madrid. Estaban de acuerdo. A continuación le comenté al comisario la decisión, que obviamente no le gustó, aunque hizo gala de su gran profesionalidad y entendió que valía la pena intentarlo. Llamé al comandante de la Guardia Civil y le expliqué que la voz del desconocido interlocutor de Ramón era la de Kubati; así lo certificaban tanto las cintas de la Policía como su costumbre de telefonear siempre desde cabina. Puse a su disposición el listado con la ubicación de cada una de ellas y le pregunté si podría preparar el trabajo en los siete días de que disponíamos. Respondió que reuniría al grupo de información para analizar los detalles y me mantendría informado.

El grupo de análisis estaba formado por especialistas de gran experiencia y de probada solvencia; se encontraban, sin duda, entre los mejores expertos en lucha contra el terrorismo de Europa. En el curso del debate, algunos consideraron la estrategia de la detención demasiado arriesgada. Si algo fallaba —y bien podría ocurrir, tratándose de una operación tan compleja— supondría un fracaso

para ellos, a lo que se añadía la posibilidad, no demasiado agradable dada la permanente rivalidad entre cuerpos, de que este fuera enmendado por la Policía pocos días más tarde.

Pese a estas incertidumbres, que por otra parte el que más y el que menos albergaba, pusieron en marcha el operativo, al que bautizaron como Akaitz, nombre del hijo de cinco años de María Dolores González Catarain, Yoyes, que contempló el asesinato de su madre a manos de su antiguo correligionario, el terrorista al que la Guardia Civil se disponía a detener.

El director de la Guardia Civil y el secretario de Estado para la Seguridad llegaron al día siguiente a San Sebastián. Nos tranquilizábamos pensando que no se podía fallar, habíamos comprado todos los números de la lotería. Se revisaron una vez más todos los detalles de la operación; cada uno de los mil seiscientos guardias civiles que participaron en ella sabían con precisión lo que tenían que hacer. Todos se habían entrenado a fondo, e incluso los no expertos en tareas de información tenían asignado un papel en la operación Akaitz.

El miércoles 25 de noviembre de 1987 amaneció con niebla en algunas zonas de Guipúzcoa. Era el día perfecto para vigilar las cabinas sin despertar sospechas, incluso para los guardias menos entrenados en aquellas labores. Se acercaba la hora. La Guardia Civil había dividido la provincia en varias zonas en función de la mayor o menor probabilidad de que el terrorista efectuara su llamada desde una de ellas; las cabinas de la zona A, las de mayor riesgo, estaban vigiladas por los profesionales más expertos y preparados para efectuar la detención.

A la hora indicada, la una de la tarde, cualquier persona que estuviera hablando por teléfono desde una cabina de la zona A, excluyendo a mujeres, niños y ancianos, sería retenida hasta comprobar su identidad. La consigna en caso de que se identificara y detuviera a Kubati en una de ellas, que debía enviarse por radio inmediatamente, era «Cabaña blanca».

En la zona de menor riesgo, zona B, la orden consistía en seguir a la persona una vez abandonada la cabina y tomar nota de la matrícula del coche o seguirla hasta el lugar al que se dirigiera. Había aún una zona C, en la que se descartaban las cabinas por

encontrarse en el interior de cuarteles o similares.

Llegado el momento todo estaba a punto. Todas las cabinas estaban controladas. Todas. A la una del mediodía eran tres los hombres que hablaban desde una cabina en Guipúzcoa; al interrogarle sobre su identidad uno de ellos afirmó: «Yo no soy». Naturalmente era él, que llamaba desde una cabina de Tolosa. El individuo, que por supuesto iba armado, forcejeó e intentó arrebatarle la pistola a uno de los guardias de paisano que intentaba detenerle. Al mismo tiempo comenzó a dar gritos de «Gora Euskadi askatuta» —Viva Euskadi libre—. Desafortunadamente para él, ningún patriota acudió en su ayuda. A duras penas lograron introducirle en el vehículo camuflado utilizado por los agentes. Por la radio de todos los implicados en la operación se escuchó el mensaje: «Cabaña blanca». La operación Akaitz había concluido en su primera fase con éxito. Kubati estaba detenido.

Lo habitual era que las detenciones se realizaran por la noche; era más fácil sorprender a los terroristas y evitar así enfrentamientos. Excepcionalmente, y debido a los condicionantes ya relatados, la operación Akaitz se inició a plena luz del día, lo que dificultó el trabajo de la Guardia Civil. Los medios de comunicación afines a HB alertaron de inmediato a los suyos, proporcionando toda la información disponible conforme se producía. Eso facilitó la huida de algunos terroristas.

Pese a todo, el trabajo previo realizado por la Policía y la Guardia Civil dio sus frutos: se procedió a la detención de diez personas, dos de las cuales fueron puestas más tarde en libertad por el juez, que por lo visto no consideró suficientes las pruebas aportadas por las fuerzas de seguridad. En esta ocasión, cada uno de los cuerpos de seguridad detuvo a los colaboradores del «comando Goyerri-Costa» que previamente tenía localizados tras meses de paciente investigación. Pero a Kubati, uno de los pistoleros más sanguinarios de la banda, lo detuvo la Guardia Civil ayudada por la información facilitada por la Policía.

Aquella actuación no me granjeó demasiados amigos entre el Cuerpo Nacional de Policía, que me hizo responsable de no haberse podido adjudicar el éxito de la detención de López Ruiz. Ello no afectó, sin embargo, a mi relación con el responsable de la

comisaría de Guipúzcoa, con quien mantuve un excelente trato que se prolongó tras mi salida del cargo. Vaya desde aquí el merecido homenaje a los profesionales de la Policía que, luego de haber pasado largos meses investigando y de haber perdido muchas noches de sueño, se quedaron sin el reconocimiento y la recompensa que su actuación merecía. Ellos saben que su trabajo fue fundamental para lograr que Kubati finalizara su carrera criminal.

* * *

Al hilo de este episodio se produjeron también algunas anécdotas dignas de reseñar. La primera se refiere al involuntario papel jugado por Jacinto, pacífico jubilado y veterano militante socialista de Tolosa que, apoyado en su bastón, daba ese día su habitual paseo por el pueblo. Un andarín con cachaba.

Pocos días después de la operación de Tolosa coincidí casualmente con él en San Sebastián en el transcurso de un acto público. Corrió a contarme que había visto durante su paseo de ese día cómo un joven esposado gritaba «Gora Euskadi askatuta», mientras dos personas de paisano trataban de introducirlo en un coche. Jacinto sospechó enseguida de qué iba aquello y observó que el individuo abría las piernas para evitar ser introducido en el vehículo, así que el intrépido jubilado decidió tomar cartas en el asunto y levantó la cachaba con intención de descargarla sobre las partes del sujeto, que quedaban expuestas, nunca mejor dicho, a huevo. Mano de santo: ver la cachaba levantada y cerrar las piernas fue todo uno.

De ese modo lograron los dos guardias civiles meter a toda prisa en el coche al detenido, no sin haber dedicado antes, supongo, una sonrisa de agradecimiento a aquel ciudadano tan bien dispuesto. Cuando terminó de relatarme su hazaña le conminé, más que nada por su seguridad personal, a no contarla a nadie, y nada le dije acerca de la verdadera identidad del individuo al que había estado

a punto de «desgraciar». Jacinto se fue de este mundo sin saber que había colaborado en la detención de uno de los terroristas etarras más sanguinarios.

Por su parte Ramón, el del cemento, escuchó en vivo y en directo la detención de su jefe desde el otro lado del hilo telefónico. Para colmo de males, uno de los guardias participantes en ella agarró el auricular que Kubati había dejado colgando y, muy hábilmente y con muy mala idea, se lo llevó al oído y, en voz bien alta para que el detenido pudiera escucharlo, pronunció las siguientes palabras: «Ramón, todo ha salido bien», y colgó. Al escuchar aquello, un miedo irracional se apoderó de Ramón que, en su atolondramiento, no se paró a pensar que difícilmente podría él haber adivinado la cabina desde la que su jefe en la banda iba a ponerse en contacto con él; ni el mejor futurólogo lo hubiera hecho. Por si acaso puso pies en polvorosa, probablemente más por miedo a ser tachado de traidor por sus conmilitones que por la amenaza de detención.

Paradojas de la vida, había sido Ramón quien, angustiado ante el seguimiento policial que sospechaba, acudió a Kubati en busca de ayuda, y fue precisamente esa llamada la que desencadenó la detención del propio Kubati y la que de paso facilitó su huida.

Dos hombres hablaban tranquilamente desde una cabina telefónica de la zona A a las 13 horas de ese día, uno en Zarauz y el otro en Hernani. Ambos se llevaron un buen susto al ser retenidos por dos guardias de paisano; tras escuchar a través de la radio la contraseña, los agentes los dejaron marchar, no sin antes disculparse educadamente, devolverles el dinero de la llamada perdida e incluso, según me contaron, invitarles a comer, cosa esta última que los dos rechazaron amablemente; se ve que los pobres habían perdido el apetito, y no era para menos.

La prensa *abertzale* se encargó al día siguiente de destacar estas incidencias como si con ellas se volviera a los estados de excepción del franquismo; nada nuevo bajo el sol. Eso sí, estuvieron muy olvidadizos a la hora de enumerar los asesinatos cometidos por el *gudari* detenido.

El gabinete de prensa del gobierno civil no facilitó ninguna información sobre la operación Akaitz ese día; hacerlo hubiera

dificultado en gran medida la continuidad del operativo aún pendiente. Ya se encargó el periódico *Egin* del día siguiente de publicar con lujo de detalles —con seguridad facilitados por allegados de los detenidos— la información sobre las detenciones practicadas, anticipándose en un día al resto de los medios de comunicación. Dos de los terroristas pudieron huir gracias a estas informaciones. En ocasiones como esa, las bases sociales proetarras se transformaban en centenares de corresponsales del periódico *Egin* y las emisoras afines: eran sus ojos y sus oídos. De esta forma no pocos terroristas que podrían haber sido encarcelados huían a Francia, alertados por estos medios de comunicación, para seguir con su trayectoria criminal.

Kubati era un asesino múltiple. La más conocida de entre sus víctimas fue, sin duda, María Dolores González Catarain, Yoyes, la antigua dirigente etarra que, como sabemos, decidió regresar a España sin el permiso de la banda. Este sujeto había cometido, sin embargo, otros crímenes; el más escalofriante, tanto por el número de víctimas como por el modo en que se llevó a cabo, el del gobernador militar de Guipúzcoa, su familia, su chófer y una ciudadana que pasaba por allí, perpetrado en pleno centro de San Sebastián.

Este criminal sabía que los coches blindados que se utilizaban entonces carecían de protección en el techo. Y aprovechó esta circunstancia para llevar a cabo la masacre. Su compañero de comando —a quien también se detuvo durante mi etapa como gobernador—, Fermín Latasa, conducía una moto de alta cilindrada. López Ruiz se sentaba detrás portando una bolsa de deporte cargada de explosivos que contaban con un temporizador de seguridad. El atentado estaba meticulosamente preparado.

Tenían identificado el coche blindado en el que se movía el gobernador y habían estudiado los horarios más frecuentes de sus salidas del gobierno militar, ubicado entonces frente a una de las entradas del Ayuntamiento, muy cerca del paseo de la Concha. Aguardaron varias mañanas seguidas hasta ese fatídico 25 de octubre de 1986 en que el vehículo que conducía al general Rafael Garrido, a su esposa, Daniela y a su hijo adolescente, Daniel, salió del gobierno militar.

La moto se pone en marcha y, sin que nadie lo advierta, comienza a seguirles; es sábado a mediodía, el tráfico es denso y las calles están llenas de gente. El coche enfila lentamente el bulevar y se encamina hacia el Kursaal, con la moto siguiéndole a distancia para no despertar las sospechas de los escoltas del gobernador; a cierta altura del bulevar el coche gira y comienza a entrar por la calle Legazpi; López Ruiz decide actuar en ese instante: ordena al terrorista que conduce la moto que acelere y se coloque junto al vehículo, acciona el temporizador de seguridad y, al pasar junto al gobernador, coloca la bolsa en el techo. En ese mismo instante una joven camina por la acera junto al coche; también ella morirá en el atentado. La bolsa tarda apenas dos segundos en explotar: todos murieron instantáneamente, la familia Garrido, el conductor y la mujer portuguesa que pasaba por allí.

*Hijo mío, este crimen espantoso no tiene ninguna justificación. Ninguna. Ninguna. No hay ninguna causa que lo justifique. No puede existir ningún ser humano capaz de disculpar o justificar algo así sin dejar de serlo. Toda una familia y dos personas más, que también la tenían, eliminadas en un instante. Nadie es dueño de la vida de nadie. Nadie. Ningún asesinato tiene nunca ninguna justificación. Ninguno. No hay nada que pueda justificar unos crímenes tan horribles. Nada*.

La operación Akaitz ha pasado justamente a los libros de historia policial como una de las más brillantes realizadas por la Guardia Civil y así es, pero es de justicia destacar que se pudo realizar gracias a la información esencial facilitada por la Policía, que llevaba adelantado un gran trabajo de investigación. La coordinación dio sus frutos. Cuando el interés personal se supedita al interés colectivo los resultados mejoran sustancialmente, aunque no siempre fue así.

*Hoy, hijo mío, las centrales telefónicas son digitales y los teléfonos se intervienen a distancia utilizando ordenadores. La tecnología antiterrorista ha avanzado tanto que se puede conocer al instante la ubicación de cualquier persona sin tener que realizar costosos seguimientos*.

*En la actualidad es muy difícil comunicarse con otra persona sin*

*dejar rastros. Hoy se puede identificar a un terrorista por su voz, reconocida entre millones de voces. En estos tiempos resulta muy difícil realizar un atentado sin ser detenido a los pocos días. A no ser que el terrorista sea un kamikaze al que no le importe morir matando. Pero los terroristas de ETA nunca han sido kamikazes*.

Cuando el teléfono sonó a la una en punto en casa de Ramón, este se había ido. Dejó recado de que dijeran al que llamaba que se encontraba en casa de su tía. Kubati volvió a llamar al nuevo teléfono y es entonces cuando fue detenido. Inmediatamente, Ramón salió huyendo, pero no de su domicilio habitual, sino del de su tía, razón por la cual no pudo ser localizado. Como ya ha quedado dicho huyó no solamente de la Policía, sino también, y puede que sobre todo, de los suyos, no fuera ser que estos creyeran al guardia que, en presencia de Kubati, dio a entender su traición.

* * *

Un día necesité tranquilizar a un amigo mío, empresario de Zarauz, que acababa de recibir una carta amenazadora de ETA. Le ofrecí protección y traté de convencerle de que la organización mostraba síntomas de debilitamiento. Había que mantener la esperanza en la acción policial, que estaba dando sus frutos y era cada día más eficaz.

No debieron de parecerle muy convincentes mis palabras y la verdad es que, viéndolo en perspectiva, este hombre tenía razón al dudar de mi optimismo: la banda terrorista ha tardado desde entonces veinticuatro años en dejar de matar de modo definitivo. Pero en aquel momento se me ocurrió que quizá escuchando la conversación entre Kubati y Ramón el empresario percibiera el importante grado de angustia y las dificultades por las que atravesaban los miembros de la banda. Al terminar de escucharla, su único comentario fue el siguiente: «Estos son marxistas leninistas; se nota por la cantidad de blasfemias que profieren».

Mi amigo, ya fallecido, era muy católico, y lo que realmente le

llamó la atención fueron las blasfemias. Cada vez que oía una, hacía una mueca de horror, como si hubiera recibido una puñalada. Sin embargo, lo que a mí me impresionó al escuchar la cinta por primera vez fue saber que ese terrorista iba a dejar de matar tras ser encarcelado. La detención de un asesino siempre alivia.

Las Gestoras Pro-amnistía y la central sindical LAB hicieron públicos, faltaría más, comunicados de condena, y exigieron la libertad de todos los detenidos.

*Sabes que fui objetivo prioritario de la banda terrorista mientras fui gobernador civil de Guipúzcoa, y que al dejar el cargo tuve que abandonar el País Vasco. De haber logrado asesinarme lo hubieran celebrado como un éxito importante para ellos.*

*Entenderás, entonces, uno de los motivos por los que sentía alivio cada vez que se detenía a un comando, y por qué procuré hacer mi trabajo lo mejor posible. Entenderás, también, por qué nunca me motivaron las medallas: la mejor medalla era saber que no había ningún terrorista paseando libremente por las calles guipuzcoanas. Si todo esto lo sabes, y sé que lo sabes, ¿por qué nunca tuviste una palabra de comprensión hacia mí? Dime, ¿por qué?*

* * *

El 19 de abril de 1985 me casé con mi actual mujer, aunque nuestra relación había comenzado a mediados de 1982. Me había enamorado. La vida tiene más fuerza que cualquier adversidad y continúa siempre, sin detenerse en andenes o apeaderos; por eso lo más importante es vivir, y todo lo demás queda supeditado a ello.

La noticia, lo sé pese a que ellos nunca me lo dijeran, no agradó a mis hijos, que sabían que iniciaba una nueva vida y formaría una nueva familia. Estos recelos iniciales no fueron obstáculo para que la relación entre nosotros se mantuviera en los mismos términos, y con el mismo afecto mutuo y correspondido de siempre.

Mi nuevo hogar estuvo siempre abierto para ellos. Al principio residíamos en el gobierno civil, en la plaza Pío XII, y allí venían

todos, también él, para comer juntos los fines de semana. Más tarde nos trasladamos al palacio de La Cumbre, propiedad del Estado español, cuya segunda planta fue mi residencia y la de todos los que me siguieron en el cargo, una vez finalizadas las obras de rehabilitación. Recuerdo aquellas comidas familiares en el salón, y su largo ventanal con espectaculares vistas a la bahía de la Concha.

También recuerdo las risas durante las prolongadas sobremesas. Recorríamos la amplia arboleda, jugábamos al tenis y nos bañábamos en la piscina. Mi nuevo hijo disfrutaba junto a sus hermanos mayores.

*Un día llegaste con el periódico* Egin *en las manos y te pusiste a leerlo ante mis ojos. Aquello fue muy duro para mí. Traté de no exteriorizarlo, pero sé que notaste mi incomodidad. Intuí que de alguna manera querías desafiarme, y que habías encontrado la forma de hacerlo con ese gesto*.

*Pensé también que pretendías hacerme saber la magnitud de nuestras diferencias, hacerme llegar el mensaje de que tu mundo era muy diferente del mío. No te atreviste o no podías decírmelo claramente, por esa razón utilizaste aquel periódico como medio para marcar tu terreno*.

*Recordarás que no te llamé la atención ni te dije nada pero le di, como comprenderás, muchas vueltas a aquella forma tuya de comportarte. Comprobaba con horror, una vez más, cómo el fantasma de la banda terrorista, que me acosaba desde muy joven, se introducía lenta pero inexorablemente en mi propia carne. Que se apoderaba de lo más querido para mí, de mi hijo*.

*Imaginaba a esa horrible serpiente que figura en el anagrama de ETA reptando sigilosa e invisiblemente por mi casa y enseñoreándose de ella sin que yo pudiera evitarlo. Sin embargo, y a pesar de estos malos augurios, me resistí a aceptar lo que me decía la cabeza y achaqué tu actitud a un deseo juvenil de romper tu cordón umbilical conmigo y dejarme claro, aunque fuera de esa manera tan desabrida, que ya eras mayor de edad. ¡Ay!*

*Cómo recuerdo tus esfuerzos por aparentar que leías aquel maldito periódico mientras me observabas de reojo esperando a que te recriminara por ello. Cuantas páginas de aquel panfleto, luego prohibido, se dedicaron a destruir mi imagen a base de calumnias*.

*Tú conoces bien cuál era uno de sus objetivos: desfigurar y deshumanizar a su próxima víctima, demonizarla para ponérselo más fácil a los asesinos y paliar la reacción social ante el crimen… ¿Hijo mío, te has puesto alguna vez en mi lugar?*

Se aproximaba el momento en el que todo iba a cambiar. La capacidad de adaptación del ser humano parece no tener límites y nos hace en cierto modo inconscientes del peligro que corremos. Estaba a punto de ocurrir algo inconcebible, un acontecimiento que ni en mis peores pesadillas creí que algún día sucedería.

# 4

# DESOLACIÓN

La Guardia Civil adquirió, a finales de los setenta, tres edificios de viviendas en el barrio de Intxaurrondo de San Sebastián para ubicar el cuartel de la 513 comandancia.

En un primer momento varias de las viviendas, donde residían más de cien familias de guardias, se transformaron en oficinas y en los diversos departamentos propios de un cuartel. La galería de tiro, los comedores, el helipuerto, la piscina y los campos de fútbol fueron construyéndose poco a poco conforme los presupuestos lo permitieron. Desde luego no parecía, observando el conjunto, que en aquel batiburrillo disperso de edificios sin apariencia de cuartel se hallara uno de los centros de inteligencia antiterrorista más importantes de Europa. La 513 comandancia estuvo dirigida por el comandante Enrique Rodríguez Galindo desde 1980 hasta 1995, cuando ascendió a general.

Un domingo de verano dos de mis hijos se adelantaron al resto de sus hermanos en venir a visitarme a La Cumbre. Era la primera hora de la mañana, así que, como disponíamos de tiempo, les propuse ir a bañarnos a la piscina del cuartel de Intxaurrondo y mostrarles de paso algunas de sus instalaciones: asintieron, encantados por la novedad de la propuesta, y a mí me agradó poder llevarles.

Un guardia conocido les acompañó durante la visita, rato que aproveché para reunirme con el jefe de la comandancia y comentar algunos detalles de las operaciones antiterroristas en marcha. Luego localicé a mis hijos en la galería de tiro del cuartel acompañados del

guardia-cicerone. Contemplaban cómo varios agentes hacían prácticas de tiro utilizando varios tipos de armas. La mayoría eran muy buenos tiradores, capaces de acertar a un objetivo desde cincuenta metros. Impresionaba ver aquel adiestramiento.

Ambos disfrutaron de aquella experiencia. Durante la comida no se cansaron de comentar lo vivido con el resto de los hermanos, que no pararon hasta hacerme prometer que volvería a llevarles a Intxaurrondo, esta vez a todos. Lo cierto es que no volvimos.

*Supongo que no habrás olvidado esta anécdota. Pasé miedo al imaginar un fallo humano o un accidente, algo siempre posible pese a las fuertes medidas de seguridad. Lógicamente estuve muy pendiente de los dos, sobre todo de tu hermano pequeño. Insistía una y otra vez en que debíais tener mucha precaución y no moveros del lugar seguro donde el guardia nos había colocado. Se cuentan algunos casos de accidentes. Todavía recuerdo el olor de la pólvora, y el humo, que los extractores no lograban disipar. Nunca más volvimos a hablar de ese día; muy pronto dejaríamos de vernos*.

* * *

20 de septiembre de 1989. José Antonio Cardoso, cartero de la localidad de Rentería, era asesinado al explotarle una carta bomba que depositaba en el buzón de Ildefonso Salazar, quien había sido detenido varias veces por presunta relación con ETA. Inmediatamente di instrucciones, tanto a la Policía como a la Guardia Civil, para que dieran prioridad a la investigación del crimen. La banda no reivindicó el atentado, algo que, según la Policía, no significaba que no hubiera sido la autora del asesinato.

En mayo de ese mismo año, Francisco Erdozain, parlamentario de HB en Navarra, había recibido también una carta bomba en su domicilio, que fue desactivada por los artificieros; tampoco esa acción fue nunca reivindicada por ETA. Las primeras pesquisas policiales indicaban que los elementos de la carta bomba encontrados coincidían con los que la banda terrorista había

utilizado en envíos de cartas bomba anteriores. Tasio Erkizia, dirigente de HB, había culpado a la cúpula del PSOE de los envíos en una rueda de prensa celebrada con anterioridad, algo habitual en el discurso batasuno de la época.

Me puse en contacto con la madre del cartero asesinado, que lógicamente estaba destrozada, para expresarle mi profundo pesar, ponerme a su disposición y darle cuenta de las primeras investigaciones. La hipótesis policial más probable apuntaba a ETA como autora del atentado, a pesar de que HB lo negara.

A continuación me trasladé a Rentería. El portal número 23 de la calle Juan de Olazábal, donde hacía una hora había explotado la bomba, había sido precintado por la Policía. Allí se me informó de que dirigentes de HB habían acudido al lugar para hablar con Ildefonso Salazar, titular del buzón reventado, nada más producirse el atentado. Era evidente que el cartero no era el destinatario de aquella carta portadora de muerte.

En principio no tenía lógica que ETA tratara de asesinar a uno de los suyos, aunque tampoco hubiera sido la primera vez. Nada podía descartarse en aquellos tiempos tan convulsos. Lo cierto es que la autoría de estos actos ha quedado en una nebulosa nunca aclarada y que, hoy por hoy, el responsable del asesinato no ha sido detenido.

Los sindicatos y partidos *abertzales* convocaron una huelga general en Rentería para el día siguiente, y HB instó a sus simpatizantes a asistir al funeral del joven cartero asesinado. Se avecinaba uno de los momentos más dramáticos de mi vida, y lo presentía.

Desde Madrid se me informó de la asistencia al funeral, un acto que iba a tener lugar en la parroquia de Nuestra Señora de Fátima de Rentería, del director general de Correos. Por mi parte, telefoneé al ministro para decirle que había estado presente en todos los funerales de asesinados por ETA en Guipúzcoa, y que este no iba a ser menos pese al riesgo al que sabía que me exponía asistiendo. El ministro asintió.

Todos los partidos políticos democráticos condenaron duramente el atentado con frases como «La violencia de ETA alcanza un grado de perversión increíble», y denunciaron su hipocresía con estos

argumentos: «La actitud farisaica de los corifeos de ETA, que se han apresurado a condenar este atentado mientras ante otros de índole similar han callado cuando no jaleado».

La sección del sindicato proetarra LAB en Correos efectuó un llamamiento a secundar la huelga en el que se hablaba de «una guerra sucia que tiene responsables políticos concretos». Uno de mis hermanos, funcionario de Correos, era militante muy activo de este sindicato. El entorno de ETA pedía a los suyos una respuesta contundente ante «el incremento de la violencia institucional contra el pueblo vasco». Las Gestoras Pro-amnistía, por su parte, afirmaron que «la presencia del gobernador en el lugar de los hechos es una provocación, ya que es el organizador de la guerra sucia en esta zona» y animaron a asistir al funeral en recuerdo del joven muerto.

Tasio Erkizia e Iñaki Esnaola no se quedaron atrás e hicieron también declaraciones en las que se me ponía en el punto de mira de las iras de sus partidarios. Se creó, en definitiva, un clima de máxima tensión que preludiaba una encerrona.

Llamé al responsable policial encargado de organizar el dispositivo de seguridad, que llevaba pocos días en el cargo, advirtiéndole de la necesidad de colocar a las fuerzas antidisturbios a escasos metros de la iglesia donde se celebraría el funeral. Le insistí también en que se trataba de una zona sin cobertura para los aparatos de comunicación de que disponía la Policía, lo que hacía necesario colocar un repetidor que garantizara esa cobertura.

El funeral estaba previsto a las 19 horas. Unos minutos antes de salir para el lugar, los escoltas me comunican la imposibilidad de usar el coche blindado en el que habitualmente me desplazo: está averiado. El tiempo apremia, deseo llegar puntualmente a la iglesia y no puedo esperar a que el vehículo blindado de repuesto disponible en el parque móvil llegue al gobierno civil. Por esto, debo desplazarme en un coche «normal» y confiar en que el blindado me aguarde a la salida del acto. Como medida de precaución el número de escoltas que me acompañan es en esta ocasión superior al que normalmente llevaba.

Antes de entrar en la abarrotada iglesia pedí al jefe de los escoltas que averiguara si el coche de repuesto estaba en camino, y que pidiera explicaciones acerca de la ausencia en las

inmediaciones de los antidisturbios que explícitamente había pedido al responsable de la seguridad. Se encontró con que, tal y como yo había advertido, su radiotransmisor portátil no tenía cobertura. Estábamos incomunicados y la unidad antidisturbios no había llegado; se habían producido dos fallos graves en el dispositivo de seguridad.

Desafortunadamente, los teléfonos móviles eran muy escasos entonces. Les recomendé utilizar, como último recurso, una cabina telefónica y entré en el templo. Saludé a los familiares del cartero, ubicados en el primer banco de la derecha y me situé en el primer banco de la izquierda, junto a las autoridades locales y el director de Correos. El segundo de los bancos fue ocupado por los escoltas, que también se colocaron en lugares estratégicos dentro y fuera de la iglesia.

Durante la misa estuve atento a las novedades de lo que ocurría, pero fue imposible establecer comunicación con el responsable de la seguridad. Entre tanto, el oficio estaba a punto de concluir y tenía a un grupo de mil simpatizantes *abertzales* radicales esperando en la calle mi salida. Todos se habían congregado allí al enterarse de que me encontraba en el interior de la iglesia, y se habían preparado convenientemente para la ocasión armándose de piedras, palos y cuchillos. A esas alturas, el coche blindado y los antidisturbios ni estaban ni se les esperaba.

Una vez finalizado el funeral, todos salimos al exterior. La entrada de la iglesia daba a una plataforma de piedra que se elevaba un metro sobre el nivel de la calle Martín Etxeberria y terminaba en una escalinata de acceso a esa calle. Desde esa altura se divisaba, y se escuchaba, al gentío profiriendo gritos a favor de ETA y en contra de la Policía y del gobernador. Permanecí un tiempo en aquella plataforma atendiendo a los medios de comunicación mientras los escoltas analizaban la situación y buscaban la mejor opción para salir de aquella ratonera. En ningún momento perdí la compostura; sabía que, mientras me mantuviera distante de ellos y cerca de las cámaras de televisión, las de los reporteros gráficos o bajo las atentas miradas de los periodistas que llenaban aquel espacio, la turba allí reunida no atacaría.

No era probable que apareciera el coche, que de todas formas ya

no hubiera podido atravesar el tumulto, y no había señal alguna de que los antidisturbios fueran a presentarse. A todo esto, seguíamos incomunicados, por lo que todo dependía de la actuación de los veinte policías de paisano encargados de abrirme paso entre la masa de gente.

Para empeorar aún más las cosas me informaron de que los dos policías de paisano que custodiaban el vehículo no blindado en el que había llegado al acto habían sido reconocidos y agredidos por un grupo de manifestantes, lo que les obligó a huir y a abandonarlo. O sea, que tampoco podíamos regresar en ese coche; hubiera resultado peligroso acercarse a él en aquella situación.

El jefe de los escoltas me advirtió entonces de que debíamos cruzar de un lado a otro la concentración para salir a la avenida de Navarra, situada a una distancia considerable del punto en el que nos encontrábamos. En mi interior, agradecí la eficaz labor de protección dispensada hasta entonces por los medios, me encomendé a todos los santos y comencé a bajar la escalinata.

Puedo recordar con nitidez los detalles de aquella situación insólita: era muy consciente de que no debía añadir ni un error más a las equivocaciones de seguridad acaecidas. Conseguí evitar el pánico y mantener la mente fría. Una masa incontrolada, y aquella lo era, actúa guiada por instintos primarios. Mi forma de andar, mis miradas, todos mis gestos, debían transmitir una sensación de máxima distancia hacia ellos.

Por otra parte, y eso jugaba a nuestro favor, desconocían cuántos policías de paisano se encontraban entre la gente. Un periodista, testigo de aquellos hechos, inició así su descripción: «El gobernador civil, pese al tenso clima, descendió las escalinatas con serenidad […] dispuesto a atender a los informadores»; desconocía el periodista que las verdaderas razones de mi compostura, y las largas declaraciones que realicé a todos los medios, eran más que nada una forma de supervivencia.

Los escoltas que me rodeaban contenían a duras penas la presión de aquellos energúmenos, que pugnaban por agredirme. Sentí un golpe seco en la parte izquierda de la cabeza. Miré hacia ese lado y distinguí a mi hermano, el empleado de Correos: me había lanzado un vaso de cristal. Le vi, pero no le miré. Seguí andando a paso

normal. Al tocarme el lugar del golpe noté algo de sangre en la mano, aunque no recuerdo haber sentido dolor. Escuché un disparo y luego varios más; al oírlos, la mayoría de los agresivos *abertzales* que me rodeaban desaparecieron de forma instantánea, como si hubieran sido arrastrados por la pequeña onda expansiva producida por los tiros.

Los más alocados, los que gritaban con ojos enrojecidos por el odio, los que iban armados de palos, piedras y algún cuchillo dieron un paso atrás, pero no huyeron. Seguían el acoso a una cierta distancia. Uno de los escoltas, que se vio acorralado por ellos, tuvo que efectuar varios disparos al aire para evitar ser linchado. Al comprobar que pese a todo no se alejaban, disparó a las piernas del que tenía más próximo y pudo así salir de aquella encerrona.

Los periodistas, los reporteros gráficos, los cámaras de televisión, observaron atónitos, y supongo que asustados, todo lo que ocurría y gracias a ellos, como luego explicaré, se pudieron reconstruir aquellos hechos, con total fidelidad y libres de cualquier manipulación malintencionada.

Una periodista de *El País* llevó grabado durante varias semanas en su piel aquel episodio en forma de hematoma negruzco. Una pedrada, seguramente dirigida a mi persona, había impactado en su brazo. La pobre sirvió, nunca mejor dicho, como improvisado escudo humano del entrevistado.

A partir de ese instante el jefe de escoltas mandó acelerar el paso y todos empezamos a correr. Hubo un momento en el que no podía más; en aquella época fumaba, supongo que por el estrés, tres paquetes diarios de cigarrillos y llevaba una vida sedentaria, no hacía apenas ejercicio y andaba sobrado de kilos. Aquel día lo lamenté, y mucho. Dos escoltas tiraban de mí. Habíamos recorrido ya trescientos metros y nos quedaban otros doscientos, que se me hicieron eternos. Constantemente me venía a la cabeza el recuerdo del policía que, en Belfast, tropezó y cayó durante una huida similar y fue linchado en el suelo por una masa enfurecida. Esas imágenes horribles me ayudaban a seguir corriendo.

Parecía que por fin los habíamos dejado atrás. Torcimos una bocacalle y salimos a la avenida de Navarra, desde la que se tomaba ya la salida hacia San Sebastián. El jefe de escoltas, que tuvo un

comportamiento ejemplar, paró entonces un coche y le pidió, por favor, que nos condujera al gobierno civil. El conductor, aturdido, accedió. Nunca supe su nombre, no se me ocurrió en ese momento preguntárselo, para agradecerle el gesto. Si alguien de su entorno conocedor de esta historia leyera este libro ruego le transmita mi eterna gratitud.

A los pocos días invité a cenar en La Cumbre a todos aquellos policías, que habían demostrado una sangre fría y una profesionalidad realmente encomiables. Algunos mostraban todavía señales de las agresiones recibidas tras el funeral: once de ellos habían sufrido contusiones y heridas en diversas partes del cuerpo, espaldas, antebrazos, cuellos, lumbares, tobillos, rodillas, región sacra, etc.

Les entregué, a falta de medallas que no estaba en mi mano conceder, una carta de agradecimiento en forma de pergamino, y charlamos de cómo la Policía, asesorada por el equipo de abogados del gobierno civil, trabajaba en la denuncia de los hechos ante el juez aportando como pruebas las fotografías y vídeos que los medios de comunicación amablemente cedieron. La Policía identificó enseguida a la mayoría de los proetarras que, una vez comprobada la contundencia de las evidencias, fueron condenados a varios años de cárcel por delitos de atentado a agentes de la autoridad, unas condenas que serían posteriormente ratificadas por la Audiencia Provincial de Guipúzcoa.

De los hechos probados detallados en la sentencia extraigo los siguientes, y esclarecedores, párrafos: «[…] comenzando a arrojar sobre la comitiva toda suerte de objetos así como a realizar un agresivo acoso […] en el que el propio gobernador civil llegó a ser golpeado por personas que no han podido identificarse […] quedando algunos agentes rezagados, siendo perseguidos y golpeados no solo con las manos, sino igualmente con el empleo de bastones, palos y otras objetos contundentes, resultando como consecuencia con heridas de diversa consideración […] el agente fue golpeado con un tablón de madera que portaba y posteriormente con un palo de grandes dimensiones en la espalda produciéndole contusiones que le afectaban al andar con dolores en la columna […] profiriendo insultos directamente dirigidos al

propio gobernador “hijo de puta, cabrón, asesino, qué valiente eres que vienes rodeado de policías” […] Teniendo en cuenta la gravedad de los incidentes el número de agentes que daban protección al gobernador puede valorarse como insuficiente para ofrecer una eficaz función de custodia».

La actuación de los escoltas quedó como un ejemplo de profesionalidad, hasta el punto de que el vídeo con aquellas imágenes se exhibió en las academias de Policía y sirvió para mostrar a los aspirantes a policías la forma práctica de actuar en situaciones límite. La actuación del policía acorralado fue calificada por los entendidos de sobresaliente.

Sigo convencido de que todos, los escoltas y yo mismo, pasamos miedo en aquellos momentos, aunque ninguno de nosotros lo expresara; pero nadie perdió la calma, tan necesaria para actuar con inteligencia, celeridad y capacidad de improvisación ante un peligro. En eso consiste la valentía, no en no sentir miedo sino en saber sobreponerse a él, y mis escoltas demostraron ser hombres valientes.

*Me gustaría recordarte ahora lo que dijeron los periódicos del día siguiente. Transcribo los titulares del periódico* ABC *que supongo no leíste aquel día: «Grupos radicales intentaron linchar al gobernador civil de Guipúzcoa». Y en su primera página de nacional: «Grupos exaltados próximos a HB agredieron ayer al gobernador civil de Guipúzcoa, José Ramón Goñi, tras el funeral del cartero José Antonio Cardosa […] tuvo que ser protegido por sus escoltas. Uno de los agentes, al verse rodeado, tuvo que hacer uso de su arma en dos ocasiones e hirió en la pierna a un individuo*» (22-9-1989, pág. 15).

*Titulares del* Egin, *el periódico que tú leías: «Herido de bala tras el funeral por el cartero muerto en Orereta». Y en primera página: «Los incidentes comenzaron cuando el gobernador civil de Guipúzcoa, José Ramón Goñi Tirapu, se personó junto con su numerosa escolta a los funerales lo que provocó las iras de las numerosas personas allí congregadas […] Asimismo se produjeron numerosos heridos entre los que se encontraba una niña herida en la cabeza al parecer, por un golpe propinado por otro policía con la culata de una pistola*» (22-9-1989, pág. 1).

*Hijo mío, ¡qué gran diferencia entre lo que unos y otros relatan acerca de lo ocurrido! Yo estuve allí, y sabes que lo que te he contado es cierto. Sabes que la división social que he descrito era, y en buena parte aún es, real y sabes también que algunos albergaban y siguen albergando demasiado odio, tanto como para impedirles decir una sola verdad. Sabes que nunca hubiera consentido los malos tratos, y mucho menos la muerte de nadie y, sin embargo, recordarás que ETA envió cartas bomba que asesinaron o mutilaron a muchas personas.*

*Me conoces, y sabes que en ningún caso hubiera renunciado a acercarme y acompañar en los funerales a aquella familia destrozada por la muerte de su hijo. ¿Cómo puedes creer que mis escoltas pegaran a la gente con las culatas de sus pistolas, y menos a una niña? Conservo decenas de fotos de aquellos momentos. Si quieres te las mostraré para que las veas y compruebes lo que realmente pasó, como las vio el juez que condenó a quienes de verdad tiraron piedras, apalearon e hirieron a los agentes. Viéndolas observarías cómo me echo la mano a la cabeza después de recibir el golpe propinado por mi propio hermano, verías las caras de desprecio de los que tanto me odiaban, comprobarías cómo los que acorralaban al policía llevaban palos y cuchillos, y seguramente también reconocerías algunas de aquellas caras; al fin y al cabo, corresponden a simpatizantes de tu misma causa.*

*En aquellos tiempos enloquecidos, bastaba con que cualquier corifeo, de los muchos que hacían el trabajo sucio de la calumnia, culpara al gobernador de estar detrás de la carta-bomba para que miles de seguidores fanatizados se lo creyeran como si fuera un dogma de fe. No hacían falta pruebas ni argumentos. Aquello era suficiente para condenar a muerte y tú sabes que estuve condenado a muerte, que fui objetivo de ETA, y que intentaron asesinarme.*

*¿Por qué leías el* Egin, *por qué creías sus injurias y sus falsedades, por qué te dejaste contaminar por su odio? Supongo que esa es la razón por la que no me llamaste aquel día, uno de los más tristes de mi vida. No sabes cuánto me gustaría que no hubieran sido esos los motivos de tu silencio.*

*¿Crees que los testigos anónimos, propios de la época más negra de la Inquisición, que las mentiras vomitadas desde el odio y el rencor son suficientes para condenar a alguien a muerte? ¿Te imaginas que la Policía de cualquier país acusara sistemáticamente a la gente sin haber*

*realizado antes una investigación rigurosa y sin celebrar después un juicio donde el acusado pudiera defenderse? No puedes imaginarlo porque ningún policía actúa así en un país democrático, y si lo hace es condenado social y judicialmente. Sin embargo, sí sabrás que los regímenes dictatoriales se caracterizan por eliminar al que disiente, o que la mafia liquida a los que no pagan la extorsión, o que los cárteles de la droga son capaces de asesinar a cincuenta mil mexicanos al año. ¿A cuál de estos grupos crees que se asemeja más la crueldad con la que se han comportado ETA y los que la han apoyado?*

*Hijo, por favor, créeme, todas las ideologías juntas no valen la vida de un solo ser humano*.

Esa fue la primera ocasión en que se realizó una investigación policial exhaustiva acerca de hechos producidos por lo que luego se conocería como *kale borroka*, que hasta ese momento les había salido gratis a sus autores. Y sirvió no solo para condenar a los verdaderos culpables, sino también para transmitir a los policías una seguridad jurídica de la que en muchas ocasiones carecían. Probablemente, de no haberse formulado la denuncia contra los proetarras, el policía acorralado que disparó a las piernas de aquel individuo habría sido condenado por defenderse.

Naturalmente, pedí explicaciones acerca de las causas de aquellos fallos en la seguridad; conservo aún una copia del informe remitido al respecto por el responsable del parque móvil. Sus justificaciones resultaban endebles. Lo que no conseguí fue obtener respuesta alguna del responsable policial, que no se molestó en informarme acerca de cuáles fueron las razones por las que nos encontramos incomunicados, ni me explicó por qué los antidisturbios no estaban junto a la iglesia a mi salida, ni tampoco los motivos por los que llegaron media hora después de que yo y mis escoltas hubiéramos abandonado el lugar perseguidos por aquella turba. Los antidisturbios disponían entonces de medios eficaces, no muy distintos de los actuales, para solventar situaciones como aquella sin verse obligados a utilizar las armas.

El ministro me llamó para interesarse por lo que me había ocurrido. Le di detalles de la magnífica actuación de los escoltas, le detallé los graves fallos de seguridad y le pedí que relevara de su

cargo al policía responsable, que había dado sobradas muestras de su incompetencia para un cargo de esa relevancia. No me hizo caso, seguramente pensó que con buenas palabras me olvidaría del asunto.

Desde mi nombramiento como gobernador había dispuesto de un entorno que, pese a resultar incómodo y hasta agobiante, me permitía actuar libremente, sin necesidad de hacer concesiones con las que «comprar» mi seguridad. Conocía con detalle las diversas formas de actuar de ETA, y sabía que las medidas de protección de que disponía las contrarrestaban. Me sentía protegido en aquellos años tan inseguros; aquella sensación de seguridad se fue difuminando tras los sucesos de Rentería.

* * *

Los efectos del miedo se ocultan en lo más profundo del subconsciente y suelen pasar desapercibidos para quienes los sufren. Pero ese miedo, que está ahí, se manifiesta de diferentes formas. Una de ellas, la más burda, puede ser confraternizar con los terroristas, o al menos no contrariarlos; las hay también más sutiles, estas pasan por una supuesta equidistancia y/o, en último término, por el silencio.

Creo que cada uno es dueño de su miedo y que existe una ley, elemental y universal, a la que todos tenemos derecho: la de la supervivencia. Una ley aplicable a todas las formas de vida existentes. El terrorismo genera un miedo corrosivo que nos impide determinar con claridad el grado de probabilidad de que algo malo nos suceda, ni quién será el terrorista que nos acecha, ni cuándo ocurrirá lo peor. El terrorismo representa para muchos la esencia del mal sin rostro.

Un buen barómetro a la hora de valorar el riesgo es saber si la última víctima pertenecía al grupo social en el que nos movemos. Si se ha tratado de un periodista todos los reporteros pensarán en ello cuando cojan la pluma. Y cuanta más cercanía más miedo, de ahí el

mérito de no pocos periodistas vascos, que han demostrado valor y dignidad a lo largo de estos años. Es obvio que a menos atentados menos miedo personal y colectivo: la relación entre una cosa y otra es directamente proporcional.

* * *

Transcurridos quince días sin que el responsable del desaguisado fuera sustituido volví a solicitar su cese al ministro. Y lo hacía no solo por motivos relacionados con mi propia seguridad. En situaciones de extrema violencia, como la de Guipúzcoa entonces, se hacía necesario, y hasta imprescindible, contar con los mejores profesionales, dotarles de los mejores medios y aplicar controles de calidad como los que ya entonces se realizaban en cualquier empresa importante.

Con anterioridad a mi dedicación a la política había diseñado aparatos destinados a verificar la calidad de la producción para una multinacional de ascensores; era desde luego impensable que el responsable directo de un fallo grave conservara su puesto en la empresa después de cometerlo. Algunos incompetentes atribuían mis supuestas prisas a un mero interés personal o me achacaban los fallos en la seguridad, como si fuera mi responsabilidad organizarla; a sabiendas, además, de que no tenía competencias para nombrar a los cargos policiales, ni siquiera para premiarlos o castigarlos.

Ahora bien, poner de relieve estas consideraciones puede llevar al lector a equívocos que en ningún caso deseo que se produzcan. De los más de tres mil funcionarios que dependían directa o indirectamente de mí durante mis años como gobernador, recuerdo solamente dos casos en los que denoté fallos importantes de profesionalidad. Uno de ellos el que nos ocupa. De no haber sido así la lucha antiterrorista no hubiera avanzado en Guipúzcoa de la manera en que lo hizo en aquella época, como puede comprobarse leyendo *El confidente, la negociación con ETA que sí funcionó*, publicado por Espasa en 2005.

Pasado un mes de lo acontecido reiteré mi petición al ministro y volví a recibir buenas palabras. Todo siguió igual. Entonces pensé que mi presencia en el gobierno civil no era necesaria. Al parecer no había sido suficiente la repercusión política de los hechos publicados por toda la prensa del 22 de septiembre, ni estaba siendo tenida en cuenta mi percepción de lo que ocurría sobre el terreno en Guipúzcoa, pese a que era yo quien vivía pegado a su realidad diaria. Interpreté que había perdido la confianza de mis superiores y que, por razones que ignoraba, aquel funcionario se la había ganado. Esperé todavía un mes más y, como nada había cambiado, llamé al ministro para decirle que deseaba poder irme lo antes posible.

*Como verás hijo, nada sabías de esto que te cuento. Lo oculté entonces porque revelarlo hubiera repercutido negativamente en la imagen de las instituciones a las que yo representaba. Como ocurre en cualquier familia, menos en la nuestra, los trapos sucios suelen lavarse en casa y en silencio.*

*Han pasado más de veinte años. El que ahora se sepa que no todo fue como entonces se dijo carece ya de importancia, ni siquiera para los que pudieran darse por aludidos por mi crítica. Aun así, he procurado tapar sus caras escondiendo sus nombres. No trato de describir a los buenos como muy buenos y a los malos como malísimos; todo tiene sus matices, y más que nada las personas. Solo deseo reflejar una realidad con sus luces y sus sombras confiando en que sea de utilidad en estos momentos de cambios profundos en mi querida tierra guipuzcoana.*

El momento de irme había llegado, lo tenía claro, pero no quería marcharme dando un portazo. Esperé hasta el siguiente Consejo de Ministros y mi cese no se decidió. Volví a llamar al ministro y a esperar otra semana más, así hasta que determiné utilizar otro sistema que resultaría infalible: los medios de comunicación. Filtré a periodistas amigos que en diez días me marchaba, la noticia se publicó y a partir de ahí todo fue muy rápido.

Presidencia del Gobierno (BOE 3/2/1990). Real Decreto 131/1990, de 2 de febrero, por el que se dispone el cese de don José Ramón Goñi Tirapu como gobernador civil de la provincia de

Guipúzcoa.

Dejé para siempre la política activa y me trasladé a Madrid con mi mujer y mis dos hijos pequeños, los dos nacidos en San Sebastián. Una nueva puerta se abría.

* * *

No fue fácil adaptarse de un día para otro a una nueva vida. Estaba acostumbrado al estrés diario de estar pendiente del teléfono, que demasiado a menudo era portador de malas noticias —se produjeron más de cuatrocientos atentados en mi etapa de gobernador— y de buenas algunas veces, sobre todo cuando se lograba detener a miembros de la banda. Aprendí lentamente a vivir sin escolta permanente, sin coche blindado, sin recibir llamadas telefónicas a horas intempestivas. Lo paradójico era que mi organismo, en lugar de disfrutar de aquella tranquilidad, parecía añorar la dosis diaria de adrenalina, y lo cierto es que la ausencia de aquella especie de droga natural provocó un periodo de abstinencia que se prolongaría varios meses.

Fue pasado ese tiempo cuando pude empezar a valorar en toda su dimensión una nueva sensación, la de la libertad. Libertad para entrar y salir, para hacer y decir lo que me diera la gana, una novedad desconocida en el País Vasco, donde habíamos pasado sin solución de continuidad de una dictadura a otra.

Lo más curioso era que mis amigos vascos no parecían comprender del todo las ventajas de mi nueva vida, algo que achaqué a su permanencia en la, por llamarla de alguna manera, burbuja vasca, la misma de la que a mí me había costado tanto salir.

*Abro uno de los álbumes de fotos y te veo sentado junto a una tienda de campaña; jugando en la playa o posando bajo un acueducto romano. Acuden a mi memoria los días felices de aquel viaje. ¿Recuerdas las vacaciones que pasamos todos juntos en Portugal? Antes habíamos parado unos días en un* camping *de Mérida. Eran tiempos en los que*

*había que estirar el dinero, pero aun así, conservo muy gratos recuerdos de aquel viaje.*

*Tendrías unos quince años, aunque aparentabas más. Creo que fue entonces cuando conociste a mi actual mujer. En una de las fotos que conservo se te ve posando en plan estatua romana en uno de los vomitorios del teatro de Mérida.*

*El sol caía a plomo en aquellos días de agosto, apetecía la sombra y bañarse en el pantano de Proserpina que, según nos dijeron, sirvió en su tiempo para abastecer de agua potable a Emerita Augusta. Luego supe que los romanos no bebieron jamás el agua de un pantano, desconocían la existencia y las propiedades del cloro y solo consideraban potables las aguas recién salidas de los manantiales y que no hubieran entrado aún en contacto con la luz. Por esa razón, el gran acueducto emeritense estaba recubierto de losas que mantenían a oscuras el río de agua que lo atravesaba.*

*Recuerdo cómo imaginabas a Proserpina bañándose en aquel pantano junto a nosotros; estabas en la edad de imaginar. También nos parecía estar viendo a los gladiadores luchando en la arena del circo cuando lo visitamos; nos lo figurábamos repleto de espectadores, podían llegar a treinta mil según rezaba el cartel de la entrada. Corrimos por su pista central emulando a las cuadrigas tiradas por espectaculares caballos hispanos; siempre llegabas antes que yo a la meta.*

*Uno de los edificios que más nos impresionaron fue el templo de Diana, muy bien conservado, aunque en realidad no estuvo dedicado a Diana, sino al culto imperial.*

*En Portugal disfrutamos mucho. ¿Te acuerdas de Setúbal? Estuvimos allí varios días. Habíamos plantado las tiendas de campaña muy cerca de la playa. Junto a nosotros acampaban dos chicas de tu edad acompañadas de sus padres; yo observaba cómo aprovechabas para ir a bañarte cuando veías que ellas lo hacían, pero te mostrabas muy tímido: ellas no. Supongo que era la presencia de tus hermanas lo que te intimidaba a la hora de hablar con aquellas muchachas, sobre todo con la mayor, más morena y de pelo más largo.*

*Recuerdo que, ya en los últimos días, charlabas amigablemente con las dos hermanas en la playa. Y no olvido tus enfados cuando te tocaba fregar los platos, ni la música que escuchábamos en el coche mientras viajábamos. ¿Te suena el grupo Mocedades?*

*En la foto que contemplo ahora estás en un café hermoso y antiguo del centro de Lisboa y me sonríes mientras sostienes un refresco en la mano. Siempre has tenido una sonrisa amplia, contagiosa, que muestras en la mayoría de las fotografías tuyas que conservo. ¿Recuerdas la impresión que nos causó cruzar los dos kilómetros del puente 25 de abril sobre el río Tajo? La torre de Belém, los fados, el funicular, aquel barco hundido junto al puerto. Cuántos buenos momentos, cuántos recuerdos y añoranzas conservo de ti.*

*En este punto cierro el álbum de fotos y pienso en lo que vino después. En cuanto recibí la terrible noticia de tu pertenencia a la banda acudí a informarme en las hemerotecas y recurrí a periodistas amigos, y lo hice con idéntico objetivo de buscar información acerca del comando al que te acusaban de pertenecer. Quería saber qué habías hecho exactamente, cuáles eran los delitos de los que se te podría acusar. Fue así como averigüé que estabas integrado en un comando armado de los conocidos como «legales», y que tus compañeros habían asesinado al ciudadano Francisco Gil Mendoza el 7 de agosto de 1991. Desde entonces me he mantenido siempre pendiente de los periódicos por ver si aparecía alguna noticia relacionada contigo*.

* * *

En 1982 la banda terrorista había señalado como objetivo a personas a las que acusaban de traficar con drogas, y ordenado a sus comandos actuar contra ellas. El procedimiento empleado por estos gloriosos *gudaris* para seleccionar a sus víctimas era tan simple como siniestro: cualquier *abertzale* podía «denunciar» a un vecino como traficante, y bastaba su palabra para situarlo en el punto de mira.

A mediados de 1991, ETA había asesinado ya a más de veinte personas acusándolas de distribuir estupefacientes. Paradójicamente bastantes *abertzales*, e incluso miembros de comandos etarras, eran consumidores, y conocían, por tanto, a aquellos que trapicheaban con pequeñas cantidades para pagarse sus propias dosis. Esto

evidencia que ese discurso era no solo hipócrita, sino también cruel y mentiroso. Dejando aparte el hecho de que el asesinato no debe ser nunca la forma de acabar con el narcotráfico, lo cierto es que ETA no asesinó jamás a ningún narco.

Juan Ramón Rojo González e Iñaki Recarte Ibarra, miembros del comando «legal» de Irún, deciden entonces asesinar a dos hermanos que, según ellos, se dedican a la venta de marihuana. El tercer miembro del comando, mi hijo, se encuentra en esas fechas pasando unos días conmigo en Madrid. Ambos terroristas y los hermanos Gil seguramente se conocen. Los dos se reúnen a las diez de la noche del día del crimen y echan a suertes quién de ellos será el encargado de efectuar los disparos; una vez decidido esto se dirigen a la plaza Urdanibia de la localidad irundarra, donde se llevan a cabo los trapicheos con la droga.

Rojo esconde un subfusil bajo el jersey y Recarte conduce el vehículo. Al llegar, dan lentamente una vuelta a la plaza con el coche, son más de las diez de la noche y nadie circula a esas horas por la zona. Localizan a los dos hermanos frente a un bar. Recarte aparca en una bocacalle situada a escasos veinte metros del lugar y espera en el interior del coche con el motor encendido. Rojo se pone la capucha y sale.

La plaza Urdanibia es un cuadrado de cien metros de lado rodeado de viviendas; hay en el centro cinco hileras de árboles frondosos y numerosos bancos cercados por un murete de piedra de un metro de altura con varias entradas. Los dos hermanos, Francisco y Alfredo, están en ese momento sentados en uno de esos bancos. Rojo, encapuchado, se acerca rápidamente a ellos mientras saca del jersey el subfusil. Alfredo lo ve venir y sale corriendo seguido por su hermano. El terrorista dispara una ráfaga de doce disparos y, tras cerciorarse de que ha alcanzado a Francisco, guarda su arma y huye hasta el coche en marcha en el que aguarda el otro etarra.

Son las 22 horas y 40 minutos de la noche: dos disparos han alcanzado a Francisco Gil en la cabeza y en la espalda; intenta caminar, pero no puede, y se desploma en el suelo. Alfredo, que milagrosamente ha salvado la vida, grita al asesino: «¡Así se soluciona el problema de la droga!». Ve que su hermano aún respira

y entra desesperado en el bar pidiendo que llamen urgentemente a una ambulancia.

Ninguno de los sujetos presentes en el establecimiento, pese haber sido testigos de lo sucedido, hace caso de su petición. El joven insiste, alterado y subiendo el tono de voz, mientras contempla impotente como su hermano se desangra tirado en la plaza. Es entonces cuando los bípedos de apariencia humana a los que se dirige, que han seguido tranquilamente atendiendo sus propios asuntos, reaccionan subiendo el volumen de la música. Fuera de sí, Alfredo la emprende a golpes con el aparato de música, a lo que responde una camarera arrojándole un vaso. Llegan al fin, avisados por los vecinos, la policía y una ambulancia que traslada al herido al hospital comarcal del Bidasoa y posteriormente a la residencia sanitaria Nuestra Señora de Aránzazu, donde ingresó cadáver. Estos hechos fueron publicados por la prensa (*ABC*, 9-8-1991, pág. 19).

*¡Cuánta miseria alrededor de ti! ¡Qué profundo es el rechazo que siento por tu mundo! Gente mala y miserable podemos encontrarla en todas partes; entre los terroristas hay, además, muerte y desolación. ¿Qué sentido tiene la vida si se abandona la compasión? ¿Cómo es el corazón de un asesino? ¿Cómo es un corazón capaz de seguir latiendo tranquilo después de cada asesinato? ¡Y pensar que tú has sido amigo de estos miserables, y que quizá sigas siéndolo!*

La familia de Francisco Gil residía en Hendaya, a escasos cuatro kilómetros del lugar donde fue asesinado su hijo. Sabían que era drogadicto, y que trapicheaba para pagarse la droga que consumía. Eran tiempos en los que el consumo de drogas producía verdaderos estragos entre la juventud vasca; ser adicto a ellas implicaba entonces también padecer una clara segregación social provocada por la creencia —errónea— de que un drogadicto era ni más ni menos que un vicioso y en absoluto un enfermo necesitado de ayuda.

Evidentemente, esa creencia se modificaría más tarde, pero era la predominante en aquellos años. A nadie parecía escandalizarle, sin embargo, el alto índice de alcoholismo, mucho más extendido

que la adicción a drogas ilegales, aunque era un hecho que el alcohol mataba mucho más que el cannabis o la heroína. Claro que a ETA jamás se le hubiera ocurrido realizar una campaña de asesinatos para erradicar el consumo de alcohol.

La familia de Francisco Gil sí sabía que su hijo era en realidad un enfermo al que ninguno de los escasos servicios de desintoxicación entonces existentes había logrado curar. Envió a los medios un comunicado en el que reconocían sus actividades, pero negaban tajantemente que fuera narcotraficante. Si obviamos el hecho de que esa familia se viera obligada a negar los cargos ante el «tribunal» de ETA es justo reconocer que se rebelaron contra la banda de la única manera en que era posible hacerlo en esos años en los que una gélida soledad solía ser la única acompañante de las víctimas. Los familiares hicieron también un llamamiento a la sociedad, y sobre todo a los afectados por el problema de la droga, llamándoles a rebelarse contra aquella crueldad y a gritar: «¡Basta ya de asesinatos, de marginación y de desprecio!». El comunicado de la familia fue difundido por la Agencia Efe el 13 de agosto.

Diez días después de este asesinato, la Guardia Civil detectó la presencia de tres terroristas miembros del «comando Donosti» en el barrio de Morlans, de San Sebastián. Al intentar apresarles se inició un violento tiroteo, que se prolongó varias horas, en el que dos guardias resultaron heridos y los tres terroristas muertos. En esta operación fueron detenidos diez colaboradores de la banda y los miembros de otro comando en Rentería. Rojo, Recarte y mi hijo, componentes del comando «legal» que actúa en Irún, huyen.

Según las declaraciones realizadas posteriormente ante la Guardia Civil por Recarte, él y Rojo lograron pasar a Francia y permanecieron un mes escondidos en casa del cura de Expelette. Posteriormente, estuvieron por separado en diversos pisos de Bretaña y París. Cuando los miembros de los comandos «legales» —que se denominaban de ese modo porque estaban formados por terroristas que hacían una vida aparentemente normal en España y no estaban fichados por la Policía— eran descubiertos y huían al país vecino quedaban a disposición del entonces jefe de la organización, Francisco Múgica Garmendia, alias Pakito. Vivían durante un tiempo escondidos hasta que eran asignados a comandos

«ilegales» —es decir, fichados por las fuerzas de seguridad— que volvían a España para matar. A partir de ese momento puede afirmarse que se convertían ya en asesinos profesionales.

*Si tú te integrabas en un comando «ilegal», todo habría cambiado radicalmente. No hubiera podido soportar el hecho de que tuvieras las manos manchadas de sangre. Por esa razón he estado todos estos años tan atento a todas las noticias sobre ETA, pendiente siempre de ti y esperando no encontrarte nunca en ellas*.

*Supe angustiado de la trayectoria criminal de tus amigos Rojo y Recarte, y me ponía enfermo imaginar que pudieras estar con ellos. Los padres observamos siempre de cerca la vida de nuestros hijos, tanto para acudir en su auxilio si nos necesitan como para alegrarnos con ellos de una buena noticia: mi buena noticia tuya ha sido no tener malas noticias tuyas. Respiraba cuando leía acerca de los crímenes cometidos por tus compañeros y no encontraba tu nombre escrito en letras impresas*.

* * *

Francisco Múgica Garmendia, Pakito, planeaba cometer el mayor número de atentados posible durante la celebración de la Exposición Universal de Sevilla, que iba a inaugurarse el 20 de abril de 1992. Para reforzar algunos comandos, crear otros y aumentar la actividad criminal de la banda echó mano de algunos terroristas huidos a Francia, como era el caso de Rojo y Recarte.

Siendo gobernador convertí en confidente a un terrorista, Luis Casares Pardo, quien durante seis años, hasta su muerte, facilitó a la Guardia Civil información valiosísima que, tras meticulosa investigación, sirvió para conseguir la detención de numerosos terroristas, entre ellos los máximos dirigentes de ETA apresados en Bidart.

Los detalles de estas operaciones policiales los relaté ya en *El confidente*. Algunos de los integrantes de la banda a los que se alude en estas páginas fueron detenidos, directa o indirectamente, gracias

a las informaciones facilitadas por este infiltrado, Pakito entre ellos. Fue precisamente este, actualmente expulsado de la organización, uno de los miembros de la cúpula etarra detenidos en Bidart el 29 de marzo de 1992, veintidós días antes de la inauguración de la «Expo» que pretendía arruinar. Múgica Garmendia había ejercido como máximo responsable de ETA desde la caída de Eugenio Etxebeste, Antxón, en 1985.

Una vez convertidos en miembros «ilegales» —o «liberados», como también se les conocía—, de la organización, Rojo y Recarte pasaron a formar parte de sendos comandos que actuarían respectivamente en Vizcaya y Cantabria.

En cuanto a mi hijo, no supe nada de él hasta finales de julio de 1997, cuando un periodista amigo recién regresado de México, donde se había desplazado para escribir un reportaje sobre los etarras residentes en ese país, me llamó para asegurarme de que mi hijo se encontraba entre ellos, aunque su nombre no apareciera en el artículo que más tarde publicó en las páginas de su periódico. Saberlo me produjo un gran alivio.

Pakito se reunió en Bidart con Recarte y otro terrorista apellidado Galarza para ordenarles colocar varios coches bomba dirigidos contra militares y policías y entregarles un millón de pesetas de la época, cantidad equivalente a seis mil euros de hoy. Ambos llegaron a Santander el 18 de enero de 1992; allí les esperaba Dolores López, la tercera componente del «comando Mugarri», que actuaría en Cantabria.

Recarte, ayudado por Galarza, colocó el coche bomba, cargado con setenta kilos de explosivo y setenta de metralla, en una esquina de la calle Abericia de Santander. Eran las 8 horas y 10 minutos de la tarde del 19 de febrero de 1992. Faltaban solamente tres meses para inaugurar la Exposición de Sevilla y ETA necesitaba incrementar su actividad terrorista.

Recarte se encargó de accionar el mando a distancia y de decidir, por tanto, cuándo y quiénes iban a morir. El recorrido era utilizado por la mayoría de las furgonetas de la Policía Nacional que entraban y salían del cuartel, ubicado a trescientos metros. Aguardó hasta que vio acercarse una de ellas. Era una zona muy transitada, lo que hacía posible que, en el momento en que el vehículo policial

se encontrara a la par del coche bomba, pasaran por allí personas ajenas al objetivo marcado por los terroristas. En una entrevista publicada por *El Diario Vasco*, el 31 de diciembre de 2011, Recarte se excusa aduciendo: «A ti te dicen que hagas algo y tú vas y lo haces. Es impersonal».

*Hijo, qué difícil es leer estas frases sin sentir escalofríos. Tú, que conoces a Recarte, ¿crees que si hubiera mirado a los ojos de aquellas tres personas a las que estaba a punto de asesinar habría apretado el botón para hacer estallar la bomba? ¿Crees que si hubiera podido conversar con el joven Antonio Ricondo y este le hubiera contado sus planes de casarse en unos meses habría apretado el botón? ¿Crees que, de haber sabido que Eutimio Gómez Gómez, de veintiocho años, calefactor del hospital de Valdecilla, y Julia Ríos Rioz, empleada en una panadería, formaban un matrimonio unido y enamorado, habría apretado Recarte ese botón? ¿Qué mierda de ideología es esa que te exige apretar el botón sin mirar siquiera a los ojos de la persona que vas a matar? ¿Dónde está el valor de ese supuesto patriota vasco que, sabiendo que va a dejar a padres, hijos y hermanos padeciendo un dolor incurable, es capaz de apretar el botón?*

*Recarte apretó el botón, asesinó a tres personas e hirió a otras veintiuna, algunas de las cuales quedaron con graves secuelas*.

Recarte contempló el estallido del coche bomba y vio cómo la furgoneta saltaba por los aires. Inmediatamente, salió huyendo montado en una motocicleta. Había pulsado el mortífero botón unos instantes antes de que el vehículo policial pasara junto al coche bomba, lo que salvó la vida de los policías ocupantes de la furgoneta. Por desgracia no corrieron la misma suerte los peatones que pasaban casualmente por la zona: la carga explosiva y la metralla, compuesta por setenta kilos de tornillos gruesos, hicieron estragos entre ellos.

Hasta una semana después del atentado, Recarte y Galarza se mantuvieron escondidos en un piso de seguridad de Santander. Luego viajaron a Fuenterrabía, donde vivía la novia del primero, para celebrar los carnavales y cenar con ella, que no accedió a su petición de permitirles dormir en su casa; una decisión prudente por

cuanto, de haberles alojado, esta chica hubiera incurrido en un delito de colaboración con banda armada. Esa misma noche se presentaron en el domicilio de José Ramón Treviño, sacerdote de Irún conocido de Recarte, y le pidieron que les dejara pasar la noche allí. El cura no les hospedó, pero sí les facilitó la llave de la iglesia para que pudieran dormir en una dependencia del recinto. De Irún volvieron a Vizcaya, donde ambos fueron apresados por la policía el 18 de marzo de ese mismo año. Treviño, fue también detenido, condenado, y pasó varios años en la cárcel.

*¿Te das cuenta de a qué conducía esta barbarie? ¡Tu compañero de comando, Recarte, condenado a doscientos tres años de cárcel! Tres familias de Santander y la familia de Francisco Gil de Irún rotas por el dolor*.

*Medio siglo de existencia de ETA que arroja como resultado casi mil personas asesinadas, miles de familiares condenados al sufrimiento y toda una sociedad dañada a causa del terror constante. Las dimensiones de lo ocurrido son demasiado grandes como para que nadie pueda olvidarlo jamás*.

*La historia no tiene prisa y juzgará a los que hayan escrito esta página tan negra. Todas las excusas, todas las justificaciones de la matanza serán anuladas, y quedarán solamente las víctimas frente a los verdugos. Así será, hijo mío*.

En la entrevista concedida a *El Diario Vasco* Recarte declara: «Estuve apenas un año en ETA, pero hice todo el recorrido de manera condensada». Fue condenado por la Audiencia Nacional a doscientos tres años de prisión, de los que ha cumplido veinte años transcurridos en las prisiones de El Puerto de Santa María (Cádiz), Topas (Salamanca), Villabona (Asturias), Nanclares de Oca (Álava) y Martutene, en Guipúzcoa.

Recarte continúa excusándose en la entrevista: «Cuando entré en la cárcel pensé: "¿Qué es lo que has hecho?". Al principio lo niegas, lo haces muy impersonal. Es como el soldado que va a la guerra y dice que él no ha matado, que ha sido el Ejército».

El preso tiene derecho a reinsertarse en la sociedad, tal y como reconoce la Constitución española. Y tiene también la obligación

moral de no olvidar nunca el sufrimiento provocado en sus víctimas. Al igual que ellas, debe llevar esa carga durante toda su vida. De no ser así la injusticia se perpetuaría. Un criminal arrepentido se sentirá seguramente aliviado al recibir el perdón de sus víctimas. Pero ¿dónde está escrito que la viuda o el huérfano deban contribuir a que el antiguo verdugo viva tranquilo y feliz? De todas formas, cada uno administra como quiere, o como puede, su propio dolor y su capacidad para perdonar.

Tras acogerse a las medidas de reinserción, Ignacio Recarte solicitó una entrevista con don Pedro Ricondo, padre de Antonio Ricondo, para pedirle perdón por el asesinato de su hijo. Habían pasado veinte años desde aquel horrible día. En declaraciones recogidas por *El Diario Montañés*, el 3 de enero de este año, don Pedro afirma: «Si le tuviera delante le escupiría a la cara, le llamaría cabrón, hijo de puta y traidor […] Ni olvido ni perdono. Es un canalla, un sinvergüenza, autor de una muerte horrenda […] ¿Cómo me voy a creer nada de ese criminal? No acepto bajo ningún concepto sentarme enfrente de él para escuchar sus disculpas […] Fue él el que quitó la vida a mi hijo, que estaba empezando a vivir, que tenía su novia, que tenía planes de boda».

Recarte reconoce haber deseado limpiar su conciencia obteniendo el perdón de las familias de aquellos a quienes quitó la vida y es, en la actualidad, uno de los pocos etarras que ha hecho público su arrepentimiento. Eso le ha valido el desprecio de los que antes fueron sus compañeros, y ha obligado a su familia a trasladarse a vivir a otra ciudad.

La trayectoria de Rojo, el componente del comando «legal» de Irún que se trasladó más tarde a Vizcaya para seguir matando fue similar a la de Recarte. Formó parte, junto a los terroristas Pedro Urra y Javier Martínez, de un grupo de apoyo al «comando Vizcaya».

Rojo participó en el asesinato del policía nacional José Anseán Castro, tiroteado a las siete y media de la mañana del 14 de enero de 1992 en Basauri, Vizcaya. Estaba casado y tenía un hijo de catorce años.

Dos terroristas del «comando Vizcaya» roban un taxi a punta de pistola e introducen al conductor en el maletero. Recogen a Rojo y

al jefe del comando, Gadafi, para dirigirse a una gasolinera del barrio de Bolueta, en Bilbao, y esperar dentro del taxi la llegada del policía José Anseán Castro. Rojo y Gadafi ven cómo este se encamina con su mujer a la parada del autobús y salen del coche. Gadafi dispara tres tiros al policía, que se desploma herido mientras la mujer le pide a gritos que no le dispare más. Rojo le cubre. Gadafi se acerca y le remata con un tiro en la cabeza.

La madrugada del miércoles 29 de enero de 1992 fueron detenidos en Basauri Juan Ramón Rojo González y Pedro Urra Guridi, pertenecientes a un grupo de apoyo al «comando Vizcaya». Rojo fue condenado por la Audiencia Nacional a treinta años de cárcel por el asesinato del policía nacional y a otros treinta por el asesinato cometido por él en Irún.

En 2004, Idoia López Riaño, conocida como «la tigresa» y condenada a más de mil quinientos años de cárcel, y Juan Ramón Rojo González contrajeron matrimonio en la prisión de Picassent, en Valencia. El matrimonio duró dos horas, el tiempo estipulado en la cárcel para mantener un vis a vis; ambos fueron recluidos en penales diferentes y López Riaño se unió a otro preso no etarra.

En las declaraciones efectuadas tras su detención, Rojo exculpó a mi hijo del asesinato de Francisco Gil, cometido el 7 de agosto de 1991 en Irún.

* * *

Necesito volver al pasado y dejar así de pensar en las angustias del presente. Necesito recordarle en los tiempos felices. Tengo que mirar momentáneamente hacia otro lado para evitar verme arrastrado por la locura de aquel manicomio. Continúo pasando las páginas del álbum que contiene las fotos de nuestros días de vacaciones.

*¿Recuerdas aquel último viaje que hicimos juntos? Yo había vuelto a casarme, tu nuevo hermano tenía apenas cinco meses y acudiste a pasar quince días con nosotros en Galicia. De camino hicimos una visita al*

*santuario de Covadonga. Tengo ahora mismo en la mano dos fotografías tuyas tomadas ese día. En una se te ve serio junto a tu hermano pequeño, que también mira seriamente a la cámara en brazos de su madre. Estás más alto que yo, y muy delgado. Recuerdo que en aquellos años practicabas mucho deporte. En la otra sonríes muy levemente, melena castaña muy bien peinada con raya en el centro, cuello largo, camisa azul de cuadros desabrochada, pantalones vaqueros ajustados, zapatillas de deporte y una pulsera de cuero trenzado en la muñeca derecha. Viéndote, imagino que enamorarías a más de una chica de tu edad.*

*El domingo 24 de agosto se celebra la romería que festeja a San Roque. En esos días buena parte de los vecinos de Vivero, al norte de la provincia de Lugo, se trasladan a una campa a orillas del río Naseiro en la que se instalan para festejar al santo. Montan tiendas de campaña, cocinas portátiles y mesas y bancos que prácticamente solo se abandonan para acudir después de la cena a la verbena, que se celebra en la misma explanada y finaliza a altas horas de la madrugada. Te recuerdo bailando con las chicas del pueblo. Sé que lo pasaste bien. Todos estuvimos allí, invitados a la fiesta por los acogedores padres de una amiga.*

*En Vivero se da el caso de que muchos niños nacen en torno a la última semana de mayo: se les conoce como los «hijos de Naseiro», igual que conocemos ahora a los nacidos en abril de 2011 como los «hijos del mundial».*

*El agua del mar estaba tan fría que no apetecía mucho bañarse, pero sí jugábamos al fútbol. Te estoy oyendo reír cuando me regateabas y quitabas limpiamente el balón. Me agotabas, pese a que en algunas fotos se te ve con un cigarrillo en la mano.*

*En la fotografía siguiente estás sentado en una larga mesa colocada bajo el emparrado de un soleado jardín, rodeado de nuestra familia y la de nuestra amiga y soplando las dieciocho velas de una tarta. Nuestros amigos habían preparado una estupenda comida especial con sabor gallego. Alguien nos fotografió entonces a los dos juntos, es una foto preciosa. Se te ve muy contento, alegre. Yo estoy feliz junto a ti. Es la última foto que nos hicimos juntos. Han pasado veintiséis años. ¡Dios mío, cuánto tiempo ha trascurrido desde entonces!*

* * *

Vivir en Madrid me impedía ver a mis hijos mayores todas las semanas, como ocurría en San Sebastián. Mi hijo tenía ya veintidós años. Aprovechábamos las vacaciones para estar juntos, y en ocasiones alguno pasaba unos días con nosotros en Madrid; fue en esta ciudad donde estuvo conmigo la última vez que lo vi.

Vino a pasar unos días, en los que hablamos de trabajo. Había realizado algunos cursos de informática y le gustaba la programación. Elaboramos entre los dos un programa muy ingenioso para rellenar quinielas con un mayor número de aciertos; aquello le encantaba. Le comenté también la teoría de los biorritmos, que explica cómo todos tenemos ciclos predecibles de mayor o menor fuerza física, capacidad mental y emocional.

Aplicamos aquellas fórmulas a los futbolistas que componían las alineaciones de los diferentes equipos y nos encontramos con que, pese a las predicciones de los biorritmos, los buenos seguían siendo mejores que los no tan buenos. Después estudiamos los partidos de jornadas pasadas y pudimos calibrar la verdadera influencia de nuestros cálculos. Al marcharse, le regalé un ordenador con el que siguió perfeccionando el programa.

* * *

3 de septiembre de 1991. Nadie sabe que estoy pasando unos días de vacaciones en un pueblo de la sierra de Gredos junto a mi mujer y mis dos hijos pequeños. Hace mucho calor, tanto que por las noches vamos con los niños al campo, donde se juntan los vecinos para intentar respirar algo de aire fresco. Estoy angustiado sin motivo aparente. Tengo el presentimiento de que algo malo me acecha. Llevo una semana sin hablar con nadie, dedicado en exclusiva a mi familia.

Los días transcurren lentamente entre juegos con los niños, piscina y paseos nocturnos; recuerdo los detalles más

insignificantes, acuden a mi memoria de forma espontánea y una escena evoca a otra hasta que todo se presenta simultáneamente. Ignoro por qué, pero lo cierto es que presiento la inminencia de una catástrofe inevitable, de la misma manera que los seres vivos, excepto los humanos, notan el lejano terremoto y huyen del desastre. Seguramente, alguna lejana herencia de ese instinto ancestral me acosa durante esa larga semana produciéndome una inexplicable inquietud. Como si alguien cercano emitiera difusos mensajes telepáticos advirtiéndome de la proximidad de una tragedia que me afecta.

Siguiendo una rutina habitual, telefoneo a los hijos de mi primer matrimonio, y son ellos quienes me informan de que el teniente coronel de la Guardia Civil de Guipúzcoa ha llamado preguntando por mí. Intento ponerme en contacto con él, pero no logro localizarle.

Siento que algo grave está pasando, algo que nadie sabe o que nadie se atreve a decirme. Mi inquietud se transforma en desasosiego. Paso las dos horas de espera antes de volver a llamar al teniente coronel haciendo cábalas, pero no acierto con ninguna de las posibles malas noticias que imagino: es peor que todas ellas.

—¿Dónde estás?

—De vacaciones, en Gredos.

—¿Está contigo tu hijo J. R.?

—No. ¿Qué le pasa?

Mi hijo reside junto a su madre y sus hermanos en Irún. Algo le pasa, ¿pero qué? Las malas noticias son las que tienen más prisa por llegar a su destino.

—Le estamos buscando.

—¿Por qué?

—Tenemos una información que le relaciona con un comando de ETA.

A partir de ese momento no recuerdo más de la conversación, ni de lo que hago ni de adónde voy, solo puedo rememorar mi sufrimiento. Todos los padecimientos son distintos, este es insoportable. Me siento invadido y zarandeado por sentimientos contradictorios: no puedo llorar por la muerte de un hijo, porque está vivo, aunque en ese momento sienta que algo de él ha muerto

para mí; no puedo liberarle de un secuestro porque no está secuestrado, se ha ido voluntariamente, y no puedo tampoco sentir compasión de él, porque presumo que es un terrorista. Sin embargo, es mi hijo, el hijo al que he visto nacer y crecer, el mismo por el que daría la vida. Es un dolor imposible de aliviar con el llanto.

La cabeza comienza a darme vueltas; todo el esfuerzo realizado como gobernador de Guipúzcoa para terminar con esa peste ha evitado, sin duda, algunas víctimas, pero no ha podido impedir el contagio de mi hijo. Me siento culpable por no haber estado más atento a sus amistades, por no haberle dedicado más tiempo. Me siento muy culpable por tener un hijo etarra. Desearía poder parar el tiempo y escapar de ese calvario, o que este retrocediera para poder evitar la desgracia. Pero nada puedo hacer. Sé de sobra que entrar en ETA es difícil, pero salir es prácticamente imposible. Algo se rompe y explota en mi interior, como si todo el empeño puesto durante años en construir y ordenar mi vida se viniera abajo, en un instante y con la fuerza de una bomba.

*No creo que llegues nunca a ser consciente del enorme daño que me causaste. ¡La Guardia Civil te buscaba porque tenía indicios de que pertenecías a ETA! De no haber sido antes gobernador no lo hubiera creído, habría pensado que te confundían con otra persona, cualquier cosa. Para mi desgracia y la tuya sabía que la Guardia Civil no solía equivocarse.*

*Cuántos años he pasado preguntándome por qué lo hiciste. En ese momento comprendí lo lejos que estabas de mí, como si yo fuera un extraño. ¿Pero por qué? ¿Es que no sabías que siempre te he querido? Cuando hablábamos, cuando nos reíamos, cuando estábamos juntos y cuando estábamos separados, hasta cuando nos enfadábamos. Siempre te he querido, y creo habértelo demostrado. Dime, ¿qué te hice para que tú actuaras como lo hiciste? Necesito saberlo para dejar de preguntármelo, para poder asumirlo al fin.*

Llegado a este punto me planteo si no debería poner fin aquí a este relato, olvidar la vergüenza, engañar al dolor. Lo medito y concluyo que debo seguir contando, que ahora tengo buenas razones para hacerlo, que han pasado veinte años y no debo

resignarme al silencio.

Tras asimilar a duras penas lo que estaba pasando decidí, sacando fuerzas de flaqueza, investigar hasta donde fuera posible qué sucedió y por qué.

Aún aturdido por el impacto de la noticia regreso de nuestro lugar de vacaciones, en el que teníamos pensado pasar una semana más. Debíamos volver a Madrid cuanto antes. Rápidamente, le explico a mi mujer, que se queda lívida y estupefacta, lo que ocurre, y con la misma rapidez hacemos las maletas, preparamos a los niños —que afortunadamente eran demasiado pequeños para advertir nada raro—, cargamos el coche y en apenas dos horas estamos de vuelta en nuestra casa de Madrid.

Siento desde el primer momento la comprensión de mi mujer, ella es la única persona en la que puedo confiar. Siempre mostró un afecto especial por mi hijo. En trances como ese, de sufrimiento en soledad, resulta muy importante sentir un apoyo cercano en el que poder descansar. Nunca le agradeceré lo suficiente el amor que me demostró en esos días de pesadilla, cuando más lo necesitaba.

A media tarde de ese mismo día, 3 de septiembre, me acerco a una hemeroteca. Llevo varios días sin leer el periódico y seguro que encontraré alguna noticia relacionada con atentados o detenciones. Comienzo consultando las páginas del diario *ABC*; su corresponsal en Guipúzcoa, Carlos Olave, tiene buenos contactos en la Guardia Civil y su información suele ser muy fiable. Voy consultando diversos ejemplares y leo: el 25 de julio a las dos y media de la madrugada explota sin causar víctimas una bomba en un bar frecuentado por jóvenes que cumplen el servicio militar. Apenas cinco minutos después una furgoneta cargada de explosivos explosiona junto al cuartel de la Guardia Civil de Irún hiriendo levemente a dos guardias. El 26 de julio un paquete bomba explota bajo el coche de un ciudadano argentino residente en Fuenterrabía. El 7 de agosto un encapuchado asesina en Irún a un joven vendedor de droga. El 17 de agosto es detenido en San Sebastián el «comando Donosti». Logran huir los tres integrantes de un comando «legal» en Irún.

El día 20 del mismo mes el diario informa de que el grupo etarra de Irún disponía de armamento y munición suficiente para realizar

una campaña de atentados en la comarca del Bidasoa. El día 21, la Guardia Civil detiene a las seis de la mañana a M. A. I., y a las once y media del mismo día a M. L. L., ambas residentes en Irún.

Deduzco por la información publicada en *ABC* que mi hijo pertenece al comando «legal» de Irún, de reciente creación, el mismo que ha cometido el asesinato de Francisco Gil en las fechas en las que se encontraba conmigo en Madrid y que actúa en la zona del Bidasoa. Me tranquiliza sobremanera saber que no tiene delitos de sangre. Los tres integrantes de dicho comando han huido; lo más probable es que mi hijo esté entre ellos.

No sé qué debo hacer. Mi mujer no hace preguntas, aunque intuye que trataré de comunicarme de alguna manera con mi hijo. Nado en un mar de contradicciones; soy su padre y seguramente necesita de mí, pero él huye de la Guardia Civil, y si fuera inocente no lo haría. Tengo que recomponer mis ideas. No puedo relajarme, siento una profunda ansiedad. Deduzco que lo más probable es que trate de ponerse en contacto conmigo. Esa noche no pego ojo. Pienso en todas las posibilidades y diseño un plan por si me llama.

Tengo ante mí una disyuntiva endemoniada: por un lado debiera ayudar a la Guardia Civil a detener a un terrorista, pero también necesito ayudar a mi hijo en el momento más complicado de su vida, necesito que él me explique qué ha pasado. Por lo demás nada ha cambiado, faltaría más; siento una enorme aversión por la banda y por todo lo que representa, pero no puedo evitar sentir amor por mi hijo. Tengo indicios de que no está implicado en ningún delito de sangre, pero aún no lo sé con seguridad, y esto aumenta mi angustia.

Quizá muchos padres, y todas las madres, entenderán mi lucha interior y mis contradicciones de aquellos días. Finalmente, y diría que de forma instintiva, es decir, sin poder remediarlo, el padre se sobrepuso al combativo gobernador, y el perseguido por sospechoso de terrorismo, en mi hijo. Yo, que me había enfrentado con todas mis fuerzas a la banda terrorista, era ahora un padre dispuesto a ayudar, o al menos a escuchar, a un hijo que se encontraba al borde del abismo.

Pensé que debía evitar que lo detuvieran antes de haber hablado conmigo, necesitaba verle, saber de su boca y mirándome a los ojos

qué había o no había hecho. Sabía también que los tribunales no tratan penalmente los apoyos entre familiares directos, y conocía a fondo la forma de investigar de la Guardia Civil y los recursos que podía utilizar para proceder a su detención.

Había confirmado, con enorme alivio, que el comando etarra al que se le acusaba de pertenecer había cometido un solo asesinato, y que este se había producido justo en los días en que mi hijo se encontraba conmigo en Madrid. Era consciente de que mi testimonio no serviría en un juicio, pero el mero hecho de saber a ciencia cierta que no tenía las manos manchadas de sangre me alivió enormemente, me animó y me reafirmó en mi intención de intentar un encuentro con él.

Más tarde supe que en varias ocasiones, tanto en la etapa de la detención como en el posterior proceso judicial, fue exculpado de aquel crimen por sus dos compañeros de comando y, consecuentemente, por los jueces.

Que no hubiera matado era un consuelo, pero insuficiente para aplacar mi dolor; seguía anonadado, aterrado ante la acusación de pertenencia a la banda terrorista. Necesitaba hablar con él cuanto antes.

A primera hora de la mañana del día siguiente entro en una cabina y telefoneo a un amigo de Irún. Le pido que se ponga urgentemente en contacto con mi hija y le facilito un teléfono seguro para que pueda llamarme. No tengo dudas de que tanto mi teléfono particular como el de mi hijo están intervenidos. No obstante, llamo al volver a casa a mi exmujer: la encuentro alterada, cuenta que la Guardia Civil ha registrado la vivienda; conversamos y prometo informarle si tengo alguna novedad. En realidad, lo hago para inducir a los guardias que escuchan mi conversación a creer que utilizaré esos teléfonos para comunicarme con mi hijo si me llamara. Necesito despistarles.

Todo me resulta extraño, ajeno, inverosímil, no puedo creer lo que estoy sufriendo, no es real, debe tratarse de una pesadilla. He de hablar con él y hacerle entrar en razón, que me explique cómo y por qué, tratar de arrancarlo de las garras de la banda, convencerle de que se entregue.

Sé que pueden seguirme en previsión de que mi hijo se ponga en

contacto conmigo, tengo que evitarlo. Salgo de casa temprano. En el trabajo no pueden localizarme, estoy de vacaciones, la única referencia de que dispone la Guardia Civil es mi domicilio. Pienso que lo mejor es que me pierda por Madrid y dedico varias horas a esa tarea. Debo asegurarme de que nadie sepa dónde me encuentro.

En las rotondas doy varias vueltas hasta comprobar que los coches que me siguen las han pasado ya, y las rebaso luego por el carril más transitado; aparco el coche en un punto alejado de la ciudad, y lo coloco de forma que resulte difícil distinguir la matrícula. Después me desplazo en metro: cuando observo que todos los viajeros han entrado ya en los vagones y que el convoy está a punto de arrancar salgo y me dirijo a otra línea. Utilizo para hablar los teléfonos públicos de los bares donde permiten recibir llamadas y dejo un mensaje en un teléfono seguro de Irún para que le transmitan que si quiere encontrarse conmigo le espero cada hora en punto en el último lugar de Madrid donde nos tomamos una cerveza juntos.

A todo esto, el ministro telefonea a casa preguntando por mí; como no estoy es mi mujer quien, al llamarla más tarde, me facilita un número con el que debo contactar cuanto antes. Me desplazo hasta una cabina lejana y mantengo una conversación muy tensa con él, le cuelgo. Su respuesta no se hace esperar. Cuando volvemos a hablar al cabo de un rato mi mujer me dice que un helicóptero de la Guardia Civil sobrevuela nuestra casa; el ruido es ensordecedor. En realidad no nos vigilan, sería absurdo hacerlo de esa manera, creo que lo hacen solo para intimidarnos. Tengo la adrenalina a cien, pero sé que no pueden detenerme. No he hecho nada ilegal, por más que me atribuyan no se sabe qué propósitos. Además, hubiera sido un escándalo hacerlo y a ningún político le gusta meterse en líos de los que ignora cómo saldrá.

Espero en el bar al que podría acudir mi hijo y ocupo la misma mesa en la que no hace mucho tiempo estuvimos tomando una cerveza juntos. Pienso en aquel día y en el giro inexplicable que han dado las cosas, en cómo es posible que él haya sido abducido por ETA y que yo tenga ahora un hijo terrorista. Vivo inmerso en una tormenta emocional, paso en un instante de sentir el cariño más tierno hacia él a repudiarle como al sujeto más despreciable. Doy

vueltas y más vueltas a lo que voy a decirle si le veo; siento unas ganas enormes de reprenderle con la máxima dureza y también de convencerle de que huya de los que para mí son sus verdaderos enemigos, los terroristas.

Entregarse sería lo mejor, recibiría una condena y podría reintegrarse, una vez cumplida esta, en la sociedad. Pero para eso, para lograr convencerle, he de hablar con él, tiene que confesarme su grado de implicación, sea este el que sea. Estoy prácticamente seguro, por los datos de que dispongo, de que no ha matado a nadie, y sé que el delito de pertenencia a banda armada está penado con unos cinco años de cárcel. He de convencerle de que entregarse es lo mejor, pero es él quien tiene que decidir, no puedo obligarle. Yo no soy la Policía, soy su padre, y sé que, si continúa entre ellos, puede llegar el día en que le ordenen cometer un asesinato. Miro con impaciencia el reloj, es fundamental que hable con él cuanto antes.

Comienzan a asaltarme las dudas: ¿y si no viene?, ¿y si siente temor de verme, de encontrarse con un padre que cree que podría rechazarlo? O, lo que sería aún peor, ¿y si me odia? Todos sus correligionarios lo hacen; solo pensarlo me pone enfermo. Intento hacer memoria de cómo han sido nuestros últimos encuentros y no puedo recordar nada que no haya sido afecto mutuo, no creo que ese sentimiento haya podido variar de un día para otro. ¿O sí? Estoy en un mar de dudas.

Van a dar ya las tres de la tarde. Miro constantemente a la puerta; entra un matrimonio, luego unas jóvenes hablando entre ellas. Pasa un minuto de las tres y no aparece, puede retrasarse por la razón que sea o simplemente no llevar reloj. Veo a un joven que pasa en ese momento por la calle y que se parece a él. Me levanto y salgo rápido del bar, le doy una voz y se vuelve, pero no es él. Le pido disculpas y miro a los lados por si le veo. Nada. Son las tres y diez y no ha venido. Entro de nuevo en el bar, me dirijo al mostrador y le digo al camarero si alguien ha llamado preguntando por mí —antes me había asegurado de que podría recibir llamadas allí—; responde negativamente. Vuelvo a sentarme en la mesa, caigo en la cuenta de que llevo mucho tiempo sin comer y pido un bocadillo y un refresco.

Sigo mirando impacientemente hacia la puerta pensando que puede entrar en cualquier momento. Hay bastante gente en el bar y paso desapercibido, nadie parece estar pendiente de nadie. Dan las cuatro de la tarde —le esperaba a las horas en punto— y tampoco aparece. A las cuatro y media entra en el bar una persona de mi edad que mira a los lados buscando a alguien. Me mira de pasada y se va. ¿Y si es un policía que finge? No puedo correr riesgos así que pago la cuenta y salgo del local. En el metro me aseguro de que nadie me sigue, pero hago por si acaso un trayecto corto y regreso al punto de partida haciendo maniobras de despiste.

A las cinco menos diez estoy nuevamente en el bar y el camarero me informa de que nadie ha preguntado por mí. Dan las cinco, la gente sigue entrando y saliendo, pero él sigue sin aparecer. Comienzo a notar los efectos del cansancio y la tensión acumulados, que se presentan combinados con una profunda tristeza; ahora estoy seguro de que ya no vendrá. Repaso mentalmente los malos momentos por los que me ha tocado pasar en la vida. Me siento muy abatido, vienen a mi cabeza los versos tristísimos de un poema —«Hoy me sobra el corazón»— de Miguel Hernández:

*Hoy estoy sin saber yo no sé cómo,*
*hoy estoy para penas solamente,*
*hoy no tengo amistad,*
*hoy solo tengo ansias*
*de arrancarme de cuajo el corazón*
*y ponerlo debajo de un zapato.*
*Hoy reverdece aquella espina seca,*
*hoy es día de llantos en mi reino,*
*hoy descarga en mi pecho el desaliento*
*plomo desalentado.*

Son ahora las seis de la tarde y estoy sentado en la mesa de un bar cercano a la plaza de Oriente, esperando a un hijo que no va a venir. Los ojos se me empañan y no me importa, no conozco a nadie y nadie me importa.

A las seis y unos minutos el camarero se acerca a mi mesa.

—¿Es usted Antonio?

—Sí.

—Le llaman al teléfono.

—¿Dónde está?

—En el pasillo de los servicios.

—Muchas gracias.

Corro hacia allí y escucho al otro lado a una de mis hijas, que llama desde una cabina. Afirma que todo está resuelto y me pide que esté tranquilo; no hago preguntas, no es el momento de hacerlas. Solo le respondo que si necesitara comunicarse conmigo lo haga llamando al teléfono de la centralita de la empresa donde trabajo. Nadie puede controlar un teléfono que recibe centenares de llamadas diarias y que está atendido por dos telefonistas todos los días del año. Ahora sé que puede que nunca vuelva a ver a mi hijo. Pero no puedo pararme a llorar, quedan aún muchas cosas pendientes. Tengo que concentrarme en lo urgente y necesito tener la mente clara y rápida, adelantarme en la medida de lo posible a los acontecimientos haciendo aquello que creo que debo hacer.

Entro en contacto entonces con algunos medios de comunicación. Hablo con el director de *El Mundo* y con periodistas de *ABC* y de *El País*, y me cito con Nieves Herrero para una entrevista al día siguiente en Antena 3. Estoy al tanto de que la noticia acerca de mi hijo se publicará de inmediato, sé que será imposible retenerla, que las noticias tienen sus propias reglas y deseo anticiparme, evitar que aparezca incompleta o incluso deformada; es mejor que sea yo mismo quien la dé.

El ministro trata de impedir que acuda a los medios de comunicación. No le hago caso. En esos momentos no estoy en disposición de acatar sus órdenes, lo que no quiere decir que me sienta al lado de mi hijo, aunque trate instintivamente de protegerlo. Intento ponerme en su pellejo para intuir qué puede estar pasando por su cabeza. Sigo teniendo esperanzas de que quiera entregarse y abandonar a los suyos, pero soy cada vez más consciente de que se deben más a mis deseos que a la realidad. Ya lo pensaré más adelante.

Hablo en Antena 3, la entrevista se realiza sin guion previo. Poco a poco voy soltándome, tengo que decirle públicamente a mi hijo lo que no he podido decirle personalmente. Quizá me esté

viendo, y si no, alguien se lo contará. Miro a la cámara y me dirijo a él: a duras penas logro contener el llanto, evitar que las emociones se desborden. Intento ser persuasivo, que me escuche. Necesito que me escuche. Al terminar de hablar siento clavadas sobre mí las miradas compasivas del público presente en el plató. No se atreven a aplaudir, y están allí para eso. Todos, incluida la presentadora, parecen haberse quedado en suspenso, pensativos. Supongo que su actitud se debe a lo dramático de la situación, a que cada uno de ellos estará preguntándose cómo reaccionaría y qué haría ante una circunstancia similar. Veo a algunos con un pañuelo en la mano, secándose las lágrimas.

Salgo de los estudios de Antena 3 y entro en mi coche. Es entonces cuando al fin me relajo y comienzo a llorar unas lágrimas silenciosas y amargas.

# 5

## ESPERANZA

El jueves 20 de octubre de 2011 escucho la noticia tan largamente esperada: «ETA ha decidido el cese definitivo de su actividad armada […] Es tiempo de mirar al futuro».

Tengo la clara sensación de que el comunicado de la banda terrorista no es como los demás, de que, esta vez, donde dice se acabó quiere decir se acabó. No está escrito con palabras ambiguas ni se añaden exigencias de fondo que cuestionen el final anunciado. Hasta la mayoría de los más escépticos lo creen, aun cuando la inercia de tantos años de terror y el recuerdo de anteriores intentos frustrados produzca algunas divergencias en torno al verdadero alcance del anuncio. Mi mujer y yo nos abrazamos, a los dos se nos saltan las lágrimas.

Hemos sido dos las generaciones obligadas a vivir condicionadas por la barbarie etarra. La juventud vasca —es decir, nuestros hijos y nuestros sobrinos— no ha conocido otra forma de vida; han aprendido a convivir con el terrorismo desarrollando sus propias defensas, *sí*, pero no saben lo que significa vivir en libertad.

De inmediato pienso en las víctimas que, asociadas o no, ven venir seguramente un tiempo tras el que acecha el peligro del olvido. La necesidad colectiva e imperiosa de vivir de una vez en paz y en libertad resuena con tanta fuerza que podría incluso pasar por encima de su sufrimiento silencioso y permanente, y acabar cediendo ante la injusticia de centenares de años de prisión incumplidos. Confío en que no será así, en que los políticos que nos representan cumplirán fielmente su papel y serán capaces de

encontrar soluciones que certifiquen el final. No contar con las víctimas sería un error.

Nos lo dicen las abuelas de la plaza de Mayo y las de otras muchas plazas y foros, pero nos lo demanda sobre todo nuestra propia historia: los últimos doscientos años demuestran que los simulacros de soluciones, adoptadas solo con vistas a resolver intereses inmediatos, sirvieron únicamente para aplazar las crisis, no para resolverlas.

*Querido hijo mío, si de verdad quieres comprenderme necesitaría que leyeras esta carta con la misma emoción sincera con la que yo la he escrito*.

*Ha llegado el momento de reconstruir el País Vasco, y esta va a ser una tarea lenta y difícil. Quizá yo no viviré para ver la nueva sociedad, la que surja desde la libertad de todos para pensar y para ser diferente*.

*Casi toda mi vida, y voy a cumplir los setenta, he visto a mi alrededor familias rotas, pueblos divididos, rencor y odio. Contemplé el nacimiento del monstruo que nos ha destruido y separado. Se tardaron pocos años en reedificar las casas bombardeadas de Guernica, pero setenta y cinco años después el recuerdo del sufrimiento producido todavía perdura. Esta vez los destrozos causados por las bombas se han reparado más rápidamente, pero el dolor de los huérfanos y las viudas permanece y es para siempre*.

*Hemos de empezar entre todos a construir el futuro sobre las ruinas de un pasado inamovible y sería inútil edificar el porvenir sobre los cimientos del olvido. Como te he dicho, llevamos muchas generaciones haciéndolo y fracasando en la tentativa*.

*El futuro depende de todos nosotros. Ninguna ideología puede impedir a nadie gozar de la belleza de la tierra en la que nacimos, de nuestros valles y montañas, de nuestros ríos y costas; y tampoco del gusto de disfrutar de otros muchos paisajes y gentes, porque la belleza es universal. Todos tenemos los mismos derechos e idénticas obligaciones*.

*Tú eres todavía joven, lo sé, pero te pediría que no esperes a mañana para remangarte e iniciar la tarea colectiva de la reconstrucción: habrás malgastado un día, y arrastramos ya demasiados años perdidos. Lo peor de cada uno de nosotros nunca ha servido para el progreso de todos; somos más poderosos de lo que creemos. Cada uno debe reparar lo que*

*ha destruido, y no esperar a que los demás lo hagan por él. Hay muchas víctimas de la sinrazón que esperan su único consuelo, la justicia. El perdón se consigue pidiéndolo, no exigiéndolo, y el sufrimiento no prescribe, como no lo hacen algunos delitos imperdonables*.

*El amor de los padres por los hijos es permanente, desinteresado y sincero. Quédate con lo mejor de ti mismo y con lo mejor que yo puedo darte, mi amor eterno*.

Hace demasiado tiempo que no voy a visitar a mi madre. El distanciamiento se ha producido poco a poco. La ruptura familiar ha sido muy profunda. Vive desde hace años en una extraordinaria residencia de ancianos de Pamplona, dependiente del gobierno de Navarra. En su momento, puse todo mi empeño en conseguirle una plaza.

MADRE.—¡Huy!
JOSÉ RAMÓN.—Hola.
MADRE.—¿Qué tal estás?
JOSÉ RAMÓN.—Estoy bien. ¿Qué tal estás tú?
MADRE.—Bien. No me puedo quejar.

Mi madre se ha emocionado al verme, también yo lo estoy. Me coge y me acaricia las manos, algo que no recuerdo que hubiera hecho antes. Lo mismo les ocurre a los hermanos con los que me trato, tampoco ellos guardan memoria de haber recibido de ella muestras de cariño; quizá se deba simplemente a una cuestión de carácter relacionada con la forma de ser norteña, en general poco dada a la expresión de los sentimientos. Precisamente por eso este es un momento extraordinario para los dos. Después de mirarme sonriente me acaricia también la cara. No puedo creerlo. Sus caricias me agradan, siento su ternura, me relajo y me dejo mimar por mi madre. Paso a mi vez la mano por su cabeza blanca.

JOSÉ RAMÓN.—Estás viejica, ¿eh? Ya me ha contado Josu que has estado en el médico. ¿Qué te ha dicho?
MADRE.—Me han operado.
JOSÉ RAMÓN.—¿Como que te han operado?
MADRE.—Ya van cuatro veces. Aquí, y aquí; dos aquí y otras

dos aquí (*se señala la cara*).

JOSÉ RAMÓN.—Pero son para quitarte algún grano o algo así, ¿no?

MADRE.—Me dijeron que si no los quitaban se podían hacer malos.

JOSÉ RAMÓN.—¿Tú, cómo te encuentras?

MADRE.—Yo bien.

JOSÉ RAMÓN.—Pues entonces no tienes que preocuparte. ¿Dónde te sientas?

MADRE.—Yo aquí.

Mi madre tuvo nueve hijos y tres hijas más que fallecieron al poco de nacer. Actualmente sobrevivimos siete hermanos. Con el sueldo que ganaba mi padre lograba, lo que no era poco, llevarnos dignamente vestidos y darnos de comer a todos, todos los días. Ella, que enviudó muy pronto, demostró siempre gran fortaleza para criar y sacar adelante a tantos hijos en años difíciles y prácticamente sin ninguna ayuda.

MADRE.—¡Qué raro! ¿Tenías cosas que hacer en Pamplona?

JOSÉ RAMÓN.—No. He venido solo a estar contigo. Esta tarde vuelvo a Madrid.

MADRE.—¿Ah, sí? (*la noto emocionada*).

JOSÉ RAMÓN.—Te han dejado la nariz estropeada.

MADRE.—Pues ya ves.

JOSÉ RAMÓN.—Con la nariz tan bonita que tú tienes.

MADRE.—Me han hecho dos operaciones seguidas.

JOSÉ RAMÓN.—¿Qué te han quitado, algún pequeño granito o algún quiste?

MADRE.—Mira. Me sale un grano y cuando crece es malo.

JOSÉ RAMÓN.—Pero los médicos no lo dejan crecer.

MADRE.—Ya.

JOSÉ RAMÓN.—Creo que hace tiempo te quitaron otro por el mismo sitio. Hace diez años.

No recuerdo a mi madre enferma. Se levantaba la primera y se acostaba a las dos de la mañana después de haber cosido y planchado la ropa para el día siguiente. Nunca tuvo un día de

descanso mientras fuimos pequeños.

MADRE.—¡Ay! Lo que me acuerdo de todos vosotros. ¡Cuánto me acuerdo! Cualquier día vendrán por la mañana y me encontrarán muerta.

JOSÉ RAMÓN.—No pienses en eso. Hace diez años te dije que ibas a superar los cien y solo te faltan cinco años para llegar. Me dijiste que no. Hazme caso, yo te encuentro muy bien.

MADRE.—La verdad es que estoy muy bien.

JOSÉ RAMÓN.—Pues entonces. ¿Los análisis qué dicen?

MADRE.—Todo me da bien.

JOSÉ RAMÓN.—Lo que tienes que hacer es caminar todos los días para que no se te oxiden las articulaciones.

MADRE.—Todos los días ando algo. Además, hago gimnasia.

Tengo que hacerle un encargo importante. Se lo pediré antes de marcharme. Me cambio el anillo de dedo para no olvidarlo.

MADRE.—¡Ay! ¿Qué has venido, en el autobús?

JOSÉ RAMÓN.—Sí. Es más sencillo, menos cansado.

MADRE.—¿Y cuántas horas tardas en llegar?

JOSÉ RAMÓN.—Cinco horas.

MADRE.—Jolín.

JOSÉ RAMÓN.—Y otras cinco en volver; diez horas en total. Pero el viaje es muy descansado, suelo leer.

MADRE.—Lo que me acuerdo de todos mis hijos.

JOSÉ RAMÓN.—Yo también me acuerdo de ti. También recuerdo a mis hermanos. Lo que ocurre es que hay cosas buenas y cosas malas.

MADRE.—Yo también me acuerdo, pero lo pasado, pasado está.

JOSÉ RAMÓN.—Así es, no tiene vuelta de hoja.

Noto que no desea hablar de los malos momentos padecidos en la familia; tampoco a mí me apetece: son asuntos para recordar en soledad. Era costumbre no tocar algunas cuestiones en nuestras conversaciones durante las reuniones familiares del pasado. Autocensuras para evitar que saltara la chispa entre los hermanos, aunque con mi madre no mantuve nunca discusiones serias.

JOSÉ RAMÓN.—Pues estás muy guapa, tienes un pelo precioso así, recién peinada. Claro, es San Valentín, el día de los enamorados. He visto a unos músicos abajo, en la entrada principal. ¿Tenéis baile?

MADRE.—Sí.

JOSÉ RAMÓN.—Qué bien os cuidan. ¿Qué planes tienes para hoy?

MADRE.—Ninguno.

JOSÉ RAMÓN.—¿Ninguno?

MADRE.—Me he levantado, me he duchado, me he peinado y ahora iba a charlar con una amiga.

JOSÉ RAMÓN.—¿Comes bien? Me imagino que te cansará comer todos los días parecido.

MADRE.—Qué vas a hacer. Cuando algo no te gusta no lo comes y ya está.

JOSÉ RAMÓN.—Con el poco ejercicio que haces, tampoco te conviene comer mucho.

MADRE.—Como muy poco.

Habla lentamente, haciendo esfuerzos para pronunciar bien y con largos silencios entre frase y frase. Pero se le entiende perfectamente, y en ningún momento pierde el hilo de la conversación. Conserva buena memoria no solo del pasado, sino también del presente; está muy lúcida.

JOSÉ RAMÓN.—Tienes que estar muy atenta a esos granos. En cuanto te salga alguno avisas para que te lo quiten.

MADRE.—Una vez al mes pasamos visita con el médico. Pero si me hace falta voy antes.

JOSÉ RAMÓN.—Ya.

MADRE.—¿Y qué hacéis? ¿Qué tal está la familia, tu mujer y los chicos?

JOSÉ RAMÓN.—Están muy grandes y aún estudiando. El mayor terminó la carrera y ahora está haciendo un máster.

MADRE.—¿Ah, no trabaja?

JOSÉ RAMÓN.—Creo que el próximo año, cuando termine el máster, podrá encontrar un buen trabajo.

MADRE.—¡Qué bien!

Hace años que no ve a mis dos hijos pequeños, que viven conmigo en Madrid, aunque sé que mantiene contacto con sus otros nietos. La próxima vez vendré con mi mujer y mis hijos.

JOSÉ RAMÓN.—Te encuentro bien a pesar de tus noventa y cinco años. Las personas muy mayores suelen decir que la muerte se ha olvidado de ellas, y lo mismo va a pasarte a ti. Tú tienes la cabeza perfecta, y eso es muy importante.

MADRE.—Ya voy para noventa y seis años.

JOSÉ RAMÓN.—Y cuando llegues a los cien tampoco tengas prisa.

MADRE.—No tengo ninguna prisa.

JOSÉ RAMÓN.—Suelen decir que haber tenido muchos hijos agota a las madres. En tu caso es al revés.

MADRE.—Me encuentro bien de todo, al andar, bueno, tengo que ir con el andador. Pero a estas edades todos van con él.

JOSÉ RAMÓN.—Te he traído unas magdalenas y unos bombones. ¿Puedes comer esas cosas?

MADRE.—Sí, como de todo.

Deseo conocer detalles de la familia con la que no mantengo relación. Le saco la conversación.

JOSÉ RAMÓN.—Dices que piensas en todos los hijos, pero ¿por cuál estás más preocupada?

MADRE.—Para mí todos sois iguales.

JOSÉ RAMÓN.—Claro. A mí me pasa lo mismo.

MADRE.—El pequeño. ¡Tanto tiempo que lleva en Francia!

JOSÉ RAMÓN.—Poca cabeza.

MADRE.—No tiene nada de cabeza. Pero voy el día de mi cumpleaños y lo celebramos allá todos. Ya le digo, «¿en qué pensarás?».

El «pequeño» es el exempleado de Correos que me arrojó el vaso a la salida del funeral de Rentería. Por ella confirmo que vive en Francia, adonde huyó por miedo a ser detenido, e intuyo que suele

ver a mi hijo. Entiendo lo que le ocurre a mi madre porque a mí me pasa algo similar: el amor por sus hijos está por encima de todo, incluso de las simpatías de algunos de ellos por la banda terrorista.

Comprendo ahora lo que no pude en su momento aceptar: que lo que yo siento hacia mi hijo lo sintiera también ella hacia los suyos. Me creí discriminado, no sentí su apoyo cuando algunos de mis hermanos intentaron difamarme públicamente y ella, aunque les reprendió y les afeó la conducta, continuó viéndoles; entonces fui incapaz de entenderlo.

Y debo aceptar y comprender que su mayor preocupación se centre hoy en el hijo pequeño, aquel al que ella considera más débil, y que justamente resulta ser el hermano que más odio me ha mostrado.

Ningún afecto se parece a otro. No es igual el amor del hijo hacia el padre que el del padre hacia su hijo, ni el amor de los hermanos entre sí tiene que ver con los anteriores.

JOSÉ RAMÓN.—¿Cuándo vas a Francia ves a mi hijo?

MADRE.—Sí, claro. Está muy bien.

JOSÉ RAMÓN.—En las fotos que tengo de él, está muy guapo.

MADRE.—Solemos comer todos juntos. Es todo un hombre. ¿Cuántos años tiene ya?

JOSÉ RAMÓN.—Va a cumplir cuarenta y cuatro años. ¿Tiene chica?

MADRE.—No sé. Creo que no.

JOSÉ RAMÓN.—¿Pregunta por mí?

MADRE.—Sí. Hablamos de ti.

JOSÉ RAMÓN.—¡Tengo muchas ganas de verle! Espero que esta pesadilla se arregle pronto.

MADRE.—Yo también.

Me entristece hablar de él con mi madre. Ella lo nota, pero no puede hacer nada. Sin embargo, sí tiene acceso a un mundo para mí prohibido: puede ver, abrazar y celebrar las fiestas familiares junto a mi hijo. A esos efectos, yo sigo siendo el exgobernador y él sigue estando en el lado de los verdugos.

MADRE.—Josu se ha jubilado ya.

JOSÉ RAMÓN.—Sí, ya lo sé. Con Josu hablo con mucha frecuencia.

MADRE.—Ya.

JOSÉ RAMÓN.—He estudiado la historia de la familia Tirapu y de los Araya. Encontré documentos sobre tu abuelo Santiago. Era carlista.

MADRE.—Yo no conocí a mi abuelo Santiago.

JOSÉ RAMÓN.—¿No llegaste a conocerlo? ¿Y a tu abuela?

MADRE.—A la abuela Lucía, sí. Tenía por lo menos ochenta años cuando la conocí. Estaba enferma, en la cama. Era muy agarrada. Su habitación estaba junto al granero. Cuando sus hijos cogían algo de trigo para venderlo y poder hacer la compra, les gritaba desde su habitación: «Ya basta, no saques más».

Contaba sin verlas las veces que habían echado grano en el saco. Tenía buen oído. No podían sisarle. Aquel granero era en realidad lo más parecido a la caja fuerte de la familia, el lugar en el que se almacenaban los recursos económicos para todo el año y hasta la siguiente cosecha. Para afrontar cualquier gasto sacaban trigo, lo vendían en el molino y pagaban luego con el dinero obtenido. La abuela era la administradora de hierro que desde su cama, y sin necesidad de anotaciones, sabía el trigo que quedaba y qué cantidad debían vender para realizar cada compra.

JOSÉ RAMÓN.—¿Te escuecen los ojos?

MADRE.—Me lloran mucho. Ayer me puse estas gafas que me compraste cuando me operaron de cataratas. Pero son demasiado oscuras. Fíjate tú. Me operaron dos veces. El primer ojo, muy bien. La segunda vez me operaron el ojo derecho. Pero al pasar los años me doy cuenta de que me dejaron con muy poca vista.

JOSÉ RAMÓN.—Recuerdo cuando te operaron. ¿No ves bien?

MADRE.—Ahora noto que no he visto desde entonces más que con un ojo.

JOSÉ RAMÓN.—¿Tú te cierras un ojo y con el otro no ves?

MADRE.—No. Con este no veo (*señala su ojo derecho*). Veo una sombra. Fui al médico y le dije: «¿Y no se puede hacer algo?». Antes sí. Pero como yo no me había dado cuenta de que no veía no hice

nada. Ya no se puede hacer nada. «Cuando la operaron a usted le pusieron la lentilla sucia». Pero nunca me he fijado en que me faltara la vista… Pues la abuela vivía en Eraul. Yo subía de Zubielqui hasta su casa, tendría seis años. Subía por el camino de las huertas sin pasar por Estella.

De Zubielqui a Eraul distan siete kilómetros, y una niña de seis años podía tardar dos horas en llegar de un lugar a otro. La casa de la abuela se encontraba en la plaza del pueblo.

JOSÉ RAMÓN.—Pero habría alguna carretera.

MADRE.—No. Recuerdo que subía a su habitación a ver a la abuela. «Ay, ay, mira como estoy». Y me enseñaba las piernas, las tenía muy delgadicas. Eso se me quedó grabado.

JOSÉ RAMÓN.—¿Estaba muy delgada?

MADRE.—Consumida.

De esta forma nos mantuvimos un buen rato, haciendo un repaso de la larga familia de mi madre. Hermanos, tías, primos, nombres y lugar de residencia de sus respectivas descendencias, etc. Mi madre es la auténtica biblioteca familiar.

JOSÉ RAMÓN.—¿De qué murió?

MADRE.—De vieja. Vivía con la tía Catalina.

JOSÉ RAMÓN.—¿Quién era la tía Catalina?

MADRE.—Cuñada.

JOSÉ RAMÓN.—Ah, claro. Sería la mujer del hermano mayor de tu padre.

MADRE.—Sí, murió de cáncer. En aquellos tiempos la llevaron a Santander y a un montón de sitios.

Recuerdo bien la casa de nuestros parientes en Eraul, era de las más grandes del pueblo y estaba construida con piedra de sillería.

JOSÉ RAMÓN.—Estoy escribiendo un libro acerca de algunas cosas que me han ocurrido.

MADRE.—Me gustaría leerlo cuando lo termines. ¿Y ganas algo?

JOSÉ RAMÓN.—Escribiendo se gana poco dinero… Ahora se

está terminando el terrorismo. A ver si se acaba de una puñetera vez y para siempre con esta mierda. No te puedes imaginar cuánto dolor ha causado, ni las ganas que tenía de que esto terminara.

MADRE.—Ya sé, ya.

Sigo pensando en el futuro de mi hijo. Su presente no me pertenece y he descrito su pasado con la pasión de un padre, poniendo sobre el papel las verdades del corazón de las que brotan historias con alma. El alma de esta historia es el vínculo inseparable entre un padre y su hijo puesto a prueba en situaciones trágicas, el drama del padre que descubre que su hijo era de ETA.

Me acerco a su bolso, que mantiene sobre una silla, lo abro y guardo un sobre en su interior.

JOSÉ RAMÓN.—Tengo que irme.

MADRE.—¿Ya te vas?

JOSÉ RAMÓN.—No quiero perder el autobús. Volveré otro día.

MADRE.—Te acompaño hasta la puerta.

JOSÉ RAMÓN.—Estás bien así. No salgas.

Sale conmigo hasta la entrada de la residencia para despedirse. La beso; ella vuelve a cogerme las manos y a acariciármelas. Noto en ella, y lo agradezco, el afecto que siempre busqué y que quizá no supe recibir. Me gusta, sé que probablemente quede poco tiempo para disfrutar de un amor que llega como algo nuevo, de un cariño que pertenece todavía al presente pero que se prepara para marchar.

Estoy heredando aquí y ahora lo único que puede darme. Ha entregado a sus hijos todo lo suyo, sin guardarse nada para sí misma, no lo necesita. Tengo la certeza de que los dos sentimos lo mismo y con la misma intensidad. Mientras camino por las calles de la Pamplona de mi infancia aún perdura el calor de sus manos en mis manos, una calidez que quiero conservar para siempre.

Antes de despedirme le he dicho: «He dejado en tu bolso una carta para que se la entregues a mi hijo, no tengo claro que vaya a leer el libro que estoy escribiendo. Dale un beso de mi parte».